

Jazmín

Castigo de amor

Yvonne Whittal

Volverás a mí

Castigo de amor

Yvonne Whittal

2º Amores y vinos

Volverás a mí (1986)
Harmex: Castigo de amor (1985)
Título Original: Echo in the valley (1985)
Serie: 2º Amores y vinos
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 417
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dirk du Bois y Alison Rousseau

Argumento:

Después de cuatro años de separación, Alison se vio obligada a volver con su marido, Dirk du Bois, para no perder a su hijo. Sin embargo, era evidente que Dirk la odiaba y la situación entre ellos todavía era peor que cuando decidió abandonarle. Entonces, ¿por qué insistía en que permaneciera allí? Sobre todo cuando Yvette Paulson, la mujer que había provocado la ruptura, seguía mostrándole su afecto a la menor oportunidad.

Capítulo 1

Alison se encontraba ansiosa y con el corazón palpitándole acelerado cuando el doctor Leonard Samuels terminó de examinar a su hijo, de tres años, quien tenía el torso desnudo. Mientras la enfermera vestía al pequeño, el médico salió junto con la madre hacia su consultorio y cerró la puerta. Alison se preparó para escucharlo. Su largo cabello castaño oscuro era rizado y sedoso y se mantenía alejado de su rostro mediante una peineta. Los ojos cafés brillaban por la preocupación.

—¿Cómo está mi hijo, doctor Samuels? —le preguntó y su voz era apenas un murmullo.

Conocía muy bien al galeno para no darse cuenta de la seriedad de su rostro. Él trajo al mundo a Ferdie y la enfermedad asmática de su hijo, durante los últimos dos años, la había obligado a visitarlo con frecuencia.

—Él no mejora —le confirmó el hombre—. Y no necesita decirme que los ataques de asma se han hecho más frecuentes en los últimos meses.

Un frío estremecimiento sacudió su cansado cuerpo. Él le decía la verdad, pues ella había pasado muchas noches sentada junto a la camita del niño proporcionándole los medicamentos que le habían prescrito para ayudarlo a respirar.

—¿Qué debo hacer?

—Solo hay una cosa según mi opinión —le advirtió él—. Aléjelo de la costa y llévelo tierra adentro.

—¿De vacaciones, quiere decir? —preguntó esperanzada, evadiendo la única solución obvia.

—En definitiva. Ferdie padecerá asma para siempre. De esto estoy seguro, pero lejos de la costa aliviará lo suficiente. No podrá permanecer aquí, en Ciudad del Cabo.

—No puedo renunciar a mi trabajo y cambiarme a otro lugar.

—Comprendo que trabaja usted para sostener a su hijo y que apenas empieza a cosechar los frutos de sus esfuerzos anteriores, pero, si valúa en algo la salud de su hijo, Alison, debe marcharse cuanto antes.

—¿Tan grave es su mal?

Interrumpieron su conversación cuando la puerta se abrió y el pequeño, de cabello oscuro, entró. Una tierna sonrisa apareció en el rostro del infante, al tiempo que su mirada se hacía radiante. Él era el único objetivo de su vida y no podía arriesgarse a perderlo.

—Vamos a casa, Ferdie —tomó con ternura la mano de su hijo entre las de ella.

—Si me necesita, ya sabe que bastará que me llame por teléfono e iré cuanto antes —murmuró el doctor Samuels y les abrió la puerta.

—¡Muchas gracias!

Ferdie charló incansable mientras llegaban a la planta baja y salían al cálido sol de otoño, pero Alison no le ponía la menor atención. Sus pensamientos se agitaban en un torbellino para hallar una solución y solo cuando Ferdie se sentó a su lado en el Renault, comprendió que su hijo se había hundido en profundo silencio para examinar el comportamiento de ella.

—Mamita, ¿por qué estás tan preocupada? —le preguntó con una voz ronca y extraña para su edad.

—No estoy preocupada, cariño.

—A mí me lo pareces —reiteró.

—¡Oh, Ferdie! —Alison suspiró casi a punto de llorar y lo tomó entre sus brazos con fuerza—. Vamos a casa —sugirió por fin, un poco más controlada y añadió—: Te daré un poco de leche caliente y unos pastelillos de los que preparé ayer.

—¿Podré ponerles nueces? —le preguntó desprendiéndose de ella para volver a acomodarse en el asiento.

—Podrás agregarles todo lo que tú quieras.

Le sonrió con gran ternura y puso en marcha el motor: Ninguno de los dos volvió a cruzar palabra mientras se dirigían a su piso, situado en los suburbios del norte de la ciudad.

Alison no dejó de pensar en la solución a su futuro que tendría que ser en beneficio de la salud de Ferdie. Sus pensamientos continuaron en el mismo tema cuando por la noche lo acostó y se quedó a su lado, contemplando su palidez. Ferdie era el vivo retrato de su padre. Nadie que los viera podía dudar de que era hijo de Dirk du Bois. Tenía los ojos grises y el cabello negro, y rizado. Alison estaba segura de que cuando creciera también sería tan

apuesto como su progenitor.

Volvió a suspirar y apagó la luz aunque permaneció sentada escuchando en la oscuridad el agitado respirar de su hijo. Después se puso de pie y de puntillas salió del dormitorio para prepararse una taza de café. Cuando se sentó en un sofá, con su taza en una mesita se encontró con que sus pensamientos se remontaron al pasado en vez de hacerlo en el futuro incierto.

Quedó huérfana cuando tenía apenas siete años por lo que tuvo que pasar de un hogar a otro. A los dieciocho terminó sus estudios y descubrió que sus padres le habían dejado una pequeña herencia que le permitió pagar sus estudios durante dos años en una escuela para secretarias. Se vio obligada a trabajar los fines de semana y los días festivos para tener algún dinero extra para satisfacer otros gastos indispensables. A los veinte años, cuando terminó sus estudios, contaba con una pequeña suma en el banco. Se compró entonces un Austin usado con el que se dedicó a pasear los fines de semana por los encantadores viñedos cercanos a Ciudad del Cabo.

Fue en el valle del río Berg, donde Alison conoció a Dirk du Bois. La banda del motor del Austin se rompió y ella no sabía cómo arreglarla cuando apareció un *jeep* y se detuvo a corta distancia de ella. Un hombre muy alto se le acercó. Desde ese momento su vida cambió. Muy atractivo y servicial, la examinó de arriba abajo, lo que le ocasionó un estremecimiento de pavor.

—Dirk du Bois —fue la forma en que se presentó de forma un tanto brusca.

El saludo fue breve y de inmediato, se volvió a examinar el daño del auto. En seguida, su mirada se dirigió a los delgados tobillos mientras el viento jugaba con la orilla de su falda levantándola, para mostrar gran parte de sus muslos.

—No usa medias.

—Pues… no —respondió ruborizada ante el escrutinio de Dirk.

—¿Tiene algún par disponible?

—Sí, en mi maleta.

—Tráigalo.

Confundida, lo obedeció y quince minutos después, con una banda improvisada con las medias, pudo continuar su viaje a Paarl en tanto que Dirk la seguía de cerca con su *jeep*.

Le consiguió alojamiento en casa de unos amigos. Solo entonces

se dio cuenta de que él se consideraba responsable de ella. Durante las tres semanas siguientes, la cortejó con insistencia hasta que la convenció. Él era un experto en el arte de la seducción y su poderosa masculinidad era, para ella, un influjo mucho más poderoso que el vino que él elaboraba y vendía bajo la marca de *Bordeaux* en su finca. Fue inevitable que ella se enamorara de un hombre así y se casó con él un mes después de haberlo conocido.

Los acontecimientos que se desarrollaron en aquellos breves meses de matrimonio prefería no recordarlos. Debía pensar en su futuro y en el de Ferdie. Necesitaba alejarse de la costa y el único lugar en el que pudo pensar fue en el valle colmado de vegetación donde el aire era todavía puro y fresco. No podía ir a Paarl. ¡Jamás a Paarl! Tenía que encontrar un sitio adecuado para ella y su hijo en Stellenbosch. Estaba bastante alejado del mar y, sin embargo, lo suficientemente cerca de Ciudad del Cabo para llevar a Ferdie con el doctor cuando fuera necesario.

Redactó esa tarde su renuncia. No tenía tiempo que perder, pero le pareció una de las cartas más difíciles de hacer. En los últimos tres años había trabajado como secretaria de uno de los directivos de una empresa de ingeniería. Siempre la trataron con consideración y por eso, lamentaba tener que separarse, pero la salud de su hijo era mucho más importante.

Alison dejó a Ferdie en la escuela, de paso para su trabajo a la mañana siguiente. Llegó a la oficina unos cuantos minutos antes que lo hiciera su jefe lo que le dio el tiempo suficiente para dejarle su renuncia sobre el escritorio.

Arthur Rennie la vio con severidad desde el lado opuesto de su escritorio en tanto que con un dedo golpeaba la renuncia.

—¿Qué significa esto, Alison? ¿No la hemos tratado bien?

—Nada de eso, señor Rennie y de verdad lo siento —empezó a disculparse—. En la renuncia explico que me debo alejar de la región de la costa para beneficio de mi hijo.

—Ya sé que padece asma crónica, mas nunca supuse que fuera algo delicado.

—Es mucho más serio de lo que yo también imaginaba.

El aspecto de Arthur Rennie se suavizó mientras examinaba la

esbelta figura de su secretaria.

—Lamento mucho el perderla.

—He estado muy contenta aquí y no quisiera marcharme, pero… —hizo una breve pausa y agregó—. No tengo otra opción. La salud de Ferdie es lo más importante por el momento.

—¿Ya tiene otro trabajo?

—No, aún no. Yo… —se mordió el labio—, había pensado faltar el resto de la semana para buscar algo.

—En las actuales circunstancias, no tengo el menor inconveniente en concederle el permiso.

—Es usted muy bondadoso.

—Nada tiene que agradecer.

Su jefe le sonrió, comprensivo.

Además de empleo Alison necesitaba rentar un apartamento y contratar a alguien que cuidara del pequeño mientras ella lo hacía. Entonces pensó en Kate Duval, Kate van der Bijl, se corrigió mentalmente de inmediato, porque por amistades mutuas supo los cambios que habían ocurrido en la hacienda *Solitaire*. Kate se casó con Rhyno van der Bijl, gerente y viticultor del rancho. Alison comprendió que en aquella ocasión hubo numerosas especulaciones relativas a ese matrimonio. Entre otras, que ambos se vieron obligados a casarse para que ella pudiera heredar tanto *Solitaire*, como la hacienda contigua. Cualquiera que haya sido la razón para celebrar tal unión, las murmuraciones resultaron, aparentemente, falsas, Kate y Rhyno, de acuerdo con la opinión de quien se lo informó, eran felices con su pequeña hija.

Alison y Kate se demostraron mucho aprecio y cariño. Ambas tenían entonces veinte años y con mucha frecuencia iba a visitarla a *Solitaire*, porque además de la estimación, la revivía la compañía vibrante y alegre, de Kate. Eso fue hacía ya cuatro años; Alison no estaba segura ahora de que fuera bien recibida después del tiempo transcurrido.

Había solo una forma de saberlo y Alison decidió esa tarde, después que acostó a Ferdie, tomar el directorio telefónico para buscar el número de *Solitaire*. Marcó y pasaron varios segundos antes que una voz femenina le contestara.

—¿Kate? —preguntó Alison nerviosa, dudando de la identidad de su interlocutora y en cuanto escuchó la afirmación, un tanto

interrogadora, se identificó—. Soy Alison.

—¿Alison du Bois?

Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba por su nombre de casada y no por el de soltera, Rousseau, aunque todavía se encontraba legalmente unida a su esposo Dirk.

—Sí, soy yo.

—¡Santo cielo! —hubo otro silencio, no muy prolongado—. ¿En dónde has estado todo este tiempo?

—Vivo aquí, en Ciudad del Cabo.

Sus dedos, nerviosos, jugaban con el cable del aparato.

—¿Por qué no me has escrito ni me informaste nada?

—Al principio quise, pero después pensé que era mejor no hacerlo —Alison no quería prolongar demasiado la conversación telefónica y, ansiosa, se decidió a entrar en materia—. Kate, pensarás de mí lo peor, pero, ¿te podría pedir un favor?

—Si puedo ayudarte, hazlo.

—Necesito un sitio para alojarme por unos cuantos días —hizo una pausa y con rapidez agregó—: También para mi hijo.

—¿Tu hijo?…

—Todo te lo explicaré cuando nos veamos —se apresuró a responderle, antes que la mujer pudiera lanzarle una verdadera catarata de preguntas—. Necesito encontrar un trabajo en Stellenbosch o más alejado del mar y requiero de un sitio adecuado en el que pueda dejar a Ferdie mientras yo busco ese trabajo.

Hizo una pausa para tomar aliento, molesta por tener que importunar a Kate, pero, por proteger la salud de su hijo, tenía que hacerlo.

—¿Podrías admitirnos por unos cuantos días?

—Te prepararé una habitación de inmediato. ¿Cuándo vendrás?

—Saldré mañana temprano.

—Muy bien.

—Otra cosa, Kate, confío en tu silencio y discreción.

—Si quieres decir que no vaya corriendo a decírselo a Dirk, tienes mi palabra de que no lo haré.

—¡Gracias!

Se sintió aliviada en cuanto dejó el aparato telefónico en su lugar. Tomó una maleta y empezó a guardar su ropa y la de Ferdie para mantenerse ocupada. Todo habría sido diferente si Dirk le

hubiera hecho sentir una vez, solo una vez, que se interesaba por sus sentimientos, con la misma pasión que lo hacía por su cuerpo. Estaba acostumbrado a tomar todo sin dar nada a cambio.

Se arregló los cabellos que le caían sobre la frente y procuró concentrarse en su tarea. Sin embargo, la voz áspera y cortante de Dirk volvía a surgir de los más remotos confines de su memoria cuando le dijo:

—Si sales de esta casa ahora, no pienses en volver jamás.

Poco le importó a él que lo hubiera pronunciado como un ultimátum definitivo y no intentó siquiera solicitar una explicación cuando ella lo amenazó con abandonarlo. Entonces, guardó sus cosas más indispensables y abandonó *Bordeaux* sin mencionarle a Dirk que esperaba un hijo.

No podía imaginar por qué razón evocaba al pasado después de todo el tiempo transcurrido. Quizá su decisión de regresar a la región de los magníficos viñedos hubiera sido la causa de traerle tan vívidamente esos dolorosos recuerdos pero, cualquiera que fuera la causa, le resultaban casi insoportables. Se preguntó si haría lo correcto al querer buscar un hogar para ella y Ferdie en Stellenbosch. Tal vez estaba demasiado cerca de la zona de Paarl, donde se encontraban los grandes viñedos de Dirk, pero amaba esa región del país con sus escarpadas montañas y no podía pensar en ninguna otra provincia del norte donde pudiera instalarse.

Después de una noche de insomnio, Alison se levantó muy temprano para continuar con los preparativos de último momento y abandonó Ciudad del Cabo poco después del desayuno. A pesar de que el tránsito era muy pesado y complicado a esa hora, en cuanto salió de la ciudad, empezó a disfrutar del paisaje. Ferdie se divertía con su pequeño automóvil de juguete y después de media hora de viaje, se mostró muy inquieto.

—¿Adónde vamos, mamá? —le preguntó por tercera ocasión.

—Ya te lo dije, a *Solitaire*.

—¿Qué es eso?

—Una hacienda vinícola cercana a Stellenbosch.

—¿Qué cosa es una hacienda vinícola?

—Un lugar en cuyos terrenos crecen las uvas con las que se hace el vino.

—¡Oh! —se quedó silencioso y pensativo por unos momentos y

después le preguntó:

—¿Y por qué vamos a Sol… Sol…?

—*Solitaire* —le explicó con paciencia—. Vamos a alojarnos con una amiga mía.

—¿Vamos de paseo?

—Estaremos unos cuantos días.

—¿Está muy lejos todavía?

—No —le respondió y trató de concentrarse en el camino sinuoso, bañado por un sol radiante. Entonces, le sugirió—. ¿Por qué no te duermes un rato?

—No tengo sueño, pero sí hambre.

—Hay unos panecillos cerca de ti.

Se felicitó por haberse acordado poco antes de salir, de preparar algo para que Ferdie comiera, con lo que ya estuvo calmado y tranquilo por el resto del viaje.

Condujo por las calles de Stellenbosch y admiró la arquitectura de los edificios, abandonó la ciudad y después de unos quince minutos más de viaje llegó a la majestuosa entrada de los terrenos de *Solitaire* y se acercó a la mansión de la hacienda, de estilo gótico.

Detuvo su Renault bajo la sombra de un roble y bajó con Ferdie en brazos. Casi de inmediato Kate salió de la casa y con pasos ágiles y rápidos se dirigió hacia ella. Alta y esbelta, con su cabello rubio platinado que le llegaba a los hombros, parecía no haber cambiado en nada en esos cuatro años.

—¡Alison! —exclamó al tiempo que la abrazaba y sonreían mutuamente—. ¡Qué alegría volver a verte!

—Han pasado más de tres años… casi cuatro —replicó Alison. Después la mirada de Kate se dirigió hacia el niño.

—¿Cómo se llama?

—Ferdie —Alison presentó a su hijo—. Saluda a tía Kate.

Muy circunspecto para sus tres años y medio, tendió con un gesto de cortesía su mano hacia la rubia, quien la estrechó con cordialidad.

—Uno de los sirvientes llevará tu equipaje —le comunicó Kate tomándola por un brazo y a Ferdie de la mano y los condujo hacia la casa.

Disfrutaron del té cómodamente sentadas en la espaciosa sala, con sus ventanas altas, y su combinación de muebles antiguos y

modernos. Siempre le había fascinado a Alison esta sala, pero en esta ocasión se encontraba demasiado tensa para examinarla con detenimiento y embelesarse con su decoración. Cuando Ferdie salió para jugar en el jardín, se tranquilizó un poco.

—Es el hijo de Dirk, ¿verdad?

Más que pregunta, su tono fue de afirmación.

—Sí, es él.

—¿Ya lo sabe Dirk?

—No, nunca se lo dije.

—¡Alison!… —hizo una pausa como si se hubiera quedado sin palabras; después agregó—: ¿Pero por qué?

—Sencillamente, no resultó —resumió todo, porque no era capaz de narrarle los sucesos que, a pesar del tiempo transcurrido, le causaban mucho dolor.

—Estabas perdidamente enamorada de él…

—Ese fue uno de los problemas. Yo lo amaba demasiado, mas él a mí, no.

—Siempre creí que él estaba loco de amor por ti.

—Aunque me deseaba, ni una vez me dijo que me amara. Además apareció en escena Yvette Paulson.

—¡Ah sí! La hija de uno de los directivos de Stellenbosch.

—¡Exacto!

En la pequeña mesita que estaba entre ellas, un arreglo de rosas esparcía su aroma y esto era un doloroso recuerdo para Alison porque le evocaba aquellos meses que vivió con Dirk.

—Sabía que Yvette era una visitante asidua de *Bordeaux* y todavía lo sigue siendo, sin embargo supongo que nada hay entre ellos ¿o sí?

—Ella siempre lo acosaba y él nunca hizo algo por alejarla o rechazarla. ¡Oh, Kate! las cosas nunca marcharon bien entre nosotros y Dirk y yo tuvimos un tremendo disgusto la víspera de que yo fuera con el doctor para que me confirmara mis sospechas de que estaba embarazada. Hice muchas cosas esa tarde antes que regresara a casa para darle la noticia a Dirk. Cuando llegué a *Bordeaux* encontré a Dirk en su estudio con Yvette. Como de costumbre, ella coqueteaba con él y no obstante que se dio cuenta de que los observaba, no hizo el menor intento de separarse.

—¿Entonces decidiste marcharte?

—Después de otra discusión muy agria, sí.

—¿No intentó detenerte?

—No —se estremeció ante el recuerdo—. Me dijo que si salía de *Bordeaux*, era para siempre.

—De modo que te fuiste sin informarle que ibas a tener un hijo…

—Si lo hubiera hecho, él habría insistido en que me quedara y yo no estaba dispuesta a continuar nuestro matrimonio en tales circunstancias.

—Mencionaste por teléfono algo de un empleo —Kate cambió el tema de conversación para recibir otra explicación.

—Ferdie padece asma y el doctor me indicó que debería alejarlo de la costa. De inmediato pensé en Stellenbosch, porque recordé que limpio y puro es el aire. El doctor Samuels me aseguró que Ferdie podría superar su enfermedad solo de esa forma.

—¿Qué harías si Dirk se entera de la existencia de Ferdie?

—No sucederá si nos mantenemos alejados el uno del otro. Además, usaré mi apellido de soltera, Rousseau.

—¿Cuándo empezarás a buscar trabajo?

—Esta misma tarde. ¿Podrías atender a Ferdie?

—Por supuesto que sí. Tendrá la compañía de Eloise.

Alison conoció a la niña durante el almuerzo, una criatura de quince meses, quien de inmediato atrajo la atención de Ferdie. Rhyno no era el tipo de hombre que Alison imaginó. Siempre pensó que una mujer tan ardiente y fogosa como Kate debería casarse con alguien que la dominara y controlara y Rhyno no parecía ser así. Alto, moreno y de aspecto serio, casi severo. Sin embargo era muy cariñoso con Kate y Eloise. Le simpatizó de inmediato y sintió que esa simpatía era mutua.

Esa tarde, al regresar a *Solitaire*, después de la búsqueda inútil de trabajo en la ciudad, se encontró con que Rhyno se encontraba preparándose el té en la terraza.

—Me alegro de que podamos estar unos momentos a solas, Alison —le dijo en cuanto ella se le unió y decidió en su interior que la mejor defensa era el ataque.

—No aprueba mi conducta.

—No apruebo lo que hace —declaró con franqueza y casi brusquedad—. ¿Se imagina cómo reaccionará Dirk cuando se entere

después de todo este tiempo de que tiene un hijo de tres años?

—Sí me lo puedo imaginar. ¿Piensa decírselo?

—Eso es asunto suyo, pero si voy a convertirme en parte de este engaño, él va a odiarme también.

Alison nunca pensó en este aspecto de la situación y empezó a surgir en ella una sensación de culpabilidad.

—Ahora comprendo que nunca debí venir aquí.

—Alison, nos da mucho gusto que esté con nosotros, pero debe hablar con Dirk respecto a Ferdie.

—Ahora ya es demasiado tarde —sintió que estaba a punto de llorar y trató de contener las lágrimas.

—Nunca es demasiado tarde —Rhyno argumentó con calma.

—Cuando tomé mi ropa para marcharme, hace ya casi cuatro años, me dijo con claridad que si salía, nunca pensara en volver.

—Pero tiene derecho a saber que es padre de un niño.

—¿Por qué? Podría intentar quitármelo.

—Dirk no haría eso.

—¿No lo haría? ¿Qué tanto lo conoce?

—Lo conozco bastante.

—No es así. De lo contrario sabría que me quitaría a Ferdie sin tomar en cuenta mis sentimientos —su voz casi se ahogaba cuando continuó—. No se preocupaba por mí en lo absoluto, pero sé muy bien cuánto deseaba un hijo.

Durante el profundo silencio que siguió, ni Alison ni Rhyno escucharon los pasos de Kate que se acercaba. Después de una rápida mirada a la cara de Alison, preguntó molesta:

—¿Estuviste torturando a Alison?

—Me temo que sí. Pero creo que lo hice por su bien y solo espero que ella lo haya comprendido así.

—Desde luego. Estoy de acuerdo con que Dirk debe saber de la existencia de Ferdie, pero también pienso que ya es demasiado tarde y considero que si lo ignora, no le afectará mucho, en tanto que si se llega a enterar, la única que sufrirá, seré yo.

Rhyno hizo un ligero movimiento de cabeza y en cuanto terminó su té, se disculpó para retirarse.

—¿Tuviste suerte y encontraste trabajo? —le preguntó Kate en cuanto quedaron solas y se sirvió su respectivo té.

—Me temo que no. Las vacantes que encontré tenían un sueldo

tan raquítico que no podría sostenerme ni siquiera a mí. Fui a varias compañías con la esperanza de que tuvieran alguna oportunidad y aunque el salario era aceptable, la posibilidad de ingresar sería hasta dentro de uno o dos meses y no puedo esperar tanto tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—Creo que tendré que olvidarme de Stellenbosch y marcharme a Worcester —había en su voz una nota de desesperación cuando agregó—: Tal vez allá sí pueda encontrar algo que me convenga.

Un *jeep* cubierto de polvo entró en el camino de *Solitaire* pero ninguna de las dos mujeres lo notó sino hasta que se detuvo bajo la sombra del roble.

—¡Caramba! —exclamó Kate cuando vio que la enorme silueta de Dirk descendió del vehículo—. Debí anticiparte que él tiene la costumbre de venir inesperadamente para hablar con Rhyno y ahora creo que es demasiado tarde para retirarnos sin que nos vea.

Alison no pudo moverse aunque hubiera querido hacerlo. Sus piernas se quedaron rígidas, cuando él se dirigió hacia ellas. Los movimientos de Dirk eran de gran agilidad, suaves como los de una fiera en acecho. Alison conocía muy bien la fuerza de aquellas grandes manos que él oprimió brevemente a sus lados cuando, por fin, se vieron frente a frente. La miró fríamente, sin interés ni emoción y ella se aterró con fuerza a los brazos de su sillón.

Capítulo 2

—¡Qué amable eres al visitarnos, Dirk! —exclamó entusiasta Kate, para romper el molesto silencio que se creó.

—¡Hola, Alison! Hace mucho tiempo ya…

—Sí —apenas pudo pronunciar con voz ronca en tanto que lo veía impresionada.

No había cambiado mucho, decidió la joven mientras lo examinaba detenidamente, sin que él se diera cuenta. Tenía unas cuantas canas prematuras en las sienes y, después de un examen más detenido, se percató de que había disminuido de peso.

—¿Quieres un té, Dirk? —intentó Kate romper otra vez el tenso silencio.

—No ahora, gracias —declinó la invitación sin apartar la vista de Alison quien oprimía repetidamente los brazos de su sillón en un intento de ocultar su nerviosismo.

—¿Qué haces en *Solitaire*, Alison?

El estremecimiento que la sacudió, quedó fuera de su control y el único pensamiento que tuvo en ese momento fue que debía mantener a Ferdie fuera de esta situación para que no se enterara de su existencia.

—Vino a pasar unos días conmigo mientras arregla unos asuntos en Stellenbosch —intervino Kate para darle tiempo a su amiga de que recuperara el control.

—Creo que Alison es capaz de explicarlo por ella misma —Dirk le contestó en tono muy mordaz. Kate se disponía a responderle de la misma forma cuando la aludida decidió intervenir:

—Está bien, Kate —dijo apresuradamente con una súplica silenciosa en sus ojos cuando el sonido cercano de una risa infantil llegó.

Kate comprendió la situación, pero antes que pudiera reaccionar, el niño llegó corriendo a la terraza.

—¡Mamita, mamita, mira lo que tengo! —exclamó Ferdie, muy excitado.

Alison rápidamente se levantó con el inútil deseo de tomar a su hijo y huir, pero demasiado tarde porque Dirk se volvió hacia el

niño en el instante en que apareció en la terraza.

—Sí, cariño, es encantador —la joven intentó aparentar naturalidad cuando se inclinó para examinar el polluelo que Ferdie sostenía en sus manos—. Ahora ve a dejarlo donde lo tomaste.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó con tristeza.

—Sí, tienes que hacerlo.

—¡Oh… está bien! —aceptó desolado y Kate lo condujo para alejarlo de ambos, quienes se quedaron frente a frente.

Alison sintió frío a pesar del sol de la tarde. Dirk por su parte estaba muy pálido.

—¡Es mío! —la áspera y violenta voz, masculina rompió por fin el electrizante silencio que se había establecido entre ambos—. ¡Dios! Todo este tiempo has tenido un hijo mío y nunca lo supe.

—¿Por qué supones que es tuyo? —le preguntó, temerosa y desesperada.

—¡Es mío! —gritó Dirk, sacudiéndola por los hombros—. ¡Con mil demonios! No estoy ciego, no trates de engañarme.

—¡Quita tus manos de mí! —le dijo en cuanto tuvo la oportunidad de hablar pero, en vez de dejarla libre, deslizó sus manos hacia su cuello y se lo oprimió con tanta fuerza como si quisiera ahogarla.

—Puedo matarte por esto.

—¡Dirk… por favor! —pudo decirle por fin con gran dificultad mientras forcejeaba por liberarse.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó mientras ella respiraba con dificultad—. ¿Por qué te marchaste a sabiendas de que iba a ser padre?

—Nuestro matrimonio ya estaba roto —respondió buscando el apoyo de una silla para normalizar su respiración—. Además, no pensaba permanecer a tu lado solo por el bienestar de Ferdie.

—¿Ferdie? ¿Se llama Ferdinand? —le preguntó acercándose otra vez hacia ella.

Todavía sentía en su cuello la terrible opresión que le causaron las manos de Dirk.

—Le puse por nombre Dirk Ferdinand, en honor a ti.

—Me extraña darme cuenta de que lo llamaste así y sin embargo, no me comunicaste que soy su padre. ¿En dónde has vivido todo este tiempo?

—En Ciudad del Cabo.

—¿Y qué haces en *Solitaire*? —volvió a preguntarle sin apartar la vista de ella—. Quiero saber la verdad.

—Busco trabajo —le confesó casi en un murmullo, comprendiendo la inutilidad de jactarse de otra cosa—. Ferdie padece asma y el doctor me aconsejó que lo alejara del mar.

El hecho de saber que su hijo estaba enfermo no suavizó su actitud cuando le hizo la siguiente pregunta:

—¿Ya encontraste algún empleo?

—No.

—Tengo una vacante que debo cubrir cuanto antes en *Bordeaux* —dijo después de un prolongado y agotador silencio.

—¿Qué te hace suponer que deseo regresar contigo?

—No te estoy pidiendo eso —la corrigió con crueldad y ella se sonrojó—. Necesito una persona que se encargue de atender al público como recepcionista y guía mientras yo frecuento a mis amistades y socios. Mi ayudante se casó y se acaban de cambiar a la casa que yo les construí. Desde hace varios meses el apartamento en la casa vieja está vacío. Te puedes cambiar allí de inmediato.

Se sintió acobardada y reacia al simple pensamiento de trabajar para él, por lo que le respondió:

—No, muchas gracias.

—Yo en tu lugar no me precipitaría al rechazar esta oferta.

—Regresaré a Ciudad del Cabo mañana temprano y ya pensaré en otra solución.

—Te daré una semana para que estudies mi proposición.

—Puedo darte mi respuesta desde ahora y es la misma que antes. ¡No, gracias!

—Sería prudente que recapacitaras, Alison —le advirtió Dirk al mismo tiempo que avanzaba un paso hacia ella—. Ahora que sé que tengo un hijo, quiero tenerlo de verdad. Si rechazas mi oferta sin pensarlo bien, puedo tomar a Ferdie ahora mismo y despacharte a ti.

La chica de inmediato palideció y lo miró como si fuera la primera vez que lo hacía. Lo había amado antes por su gentileza y por su carácter fuerte. Nunca imaginó que también podía ser tan cruel.

—¡Tú no harías eso! —le respondió impulsiva. Sentía que se

ahogaba y estaba a punto de llorar.

—Nunca hago amenazas en vano.

La cólera que embargaba a Alison solo podía expresarla con lágrimas ante el simple pensamiento de perder a Ferdie.

—¡Eres un loco despiadado!

—Podrás decirme lo que quieras pero deseo a mi hijo en *Bordeaux* que es donde pertenece. Voy a ser más razonable que tú. Te doy la oportunidad de escoger y tienes una semana para que decidas. Puedes tener el trabajo que te ofrezco, lo cual significa que te puedes quedar con el niño o puedes rechazar el empleo y nunca lo volverás a ver.

Alison siempre presintió que esto sucedería si Dirk llegaba a enterarse de la existencia de Ferdie. Le arrebataría a su hijo sin que le importara su dolor ni sus sentimientos.

—¡Ferdie es mío! —clamó angustiada.

—También es mi hijo y no voy a renunciar a mi derecho sobre él —respondió con odiosa calma. En seguida le extendió su libreta y una pluma—: Anota tu dirección en Ciudad del Cabo.

—¡No! —le gritó al comprender que así se cerraba la única vía de escape que le quedaba.

—¡Escríbela! —él se detuvo frente a ella en forma amenazante. En cuanto escribió los datos él le arrebató la libreta y leyó con atención.

—Es mejor que sea la dirección correcta, Alison. Antes que salga de aquí hoy, voy a anotar, como medida de seguridad, todos los datos del registro de tu automóvil y te localizaré de cualquier forma si es que diste una información falsa.

La tomó con fuerza por la muñeca y la obligó a que se acercara más hacia él.

—Trata de escapar de mí, querida Alison y te encontrarás sin posibilidad de escoger alguna opción, ni siquiera la oportunidad que te he dado.

—¡Eres detestable Dirk du Bois! —lo insultó tratando de liberarse de la férrea mano que la oprimía.

—Espero tener noticias tuyas antes de una semana —fue todo lo que le dijo y guardó la libreta en uno de sus bolsillos.

Ella, en su afán de huir de él hacia el interior de la casa casi chocó con Kate en el espacioso vestíbulo.

—¿Qué sucedió? —le preguntó Kate, conduciéndola hacia la sala.

—Dirk me ofreció trabajo en su hacienda.

La rubia casi la obligó a sentarse en el sofá y ella lo hizo a su lado.

—Hay un apartamento en la casa vieja que se encuentra vacío y quiere que Ferdie y yo lo ocupemos.

—¿Piensas aceptar ese ofrecimiento?

—Si me niego, me quitará a mi hijo —en sus ojos se reflejaba la desesperación.

—¿Quieres decir que él quiere quitártelo de verdad? —preguntó incrédula.

—Me ha dado una semana para que decida.

—¡Qué noble! —gritó furiosa.

—¡No sé qué voy a hacer!

—Pero tú no puedes permitir que te quite a Ferdie —la vehemencia con la que se expresó Kate era sincera y real.

—No puedo permitirle que me quite a mi hijo, pero tampoco soporto el pensamiento de regresar a *Bordeaux*.

—Supongo que tendrás que hacerlo.

—¿Te imaginas el infierno que será mi vida si acepto?

—De verdad quisiera ayudarte.

Había algún consuelo al saber que Kate se preocupaba por el problema que la agobiaba, no obstante, sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—Es mejor que vaya a ver qué hace Ferdie antes que guarde todo, pues pienso salir temprano en la mañana.

La vida tuvo características de pesadilla para Alison durante, la semana siguiente. Ya había decidido aceptar la proposición que le hizo Dirk pues, de lo contrario, perdería a Ferdie y esto último ni siquiera podía pensarse. Y cuando al final de la semana su hijo sufrió una recaída, sintió que su situación era más desesperada. Veía con angustia la lucha de Ferdie para respirar y acudió presurosa a buscar el auxilio médico.

El doctor llegó pocos minutos después de las nueve de esa noche y, después de aplicarle la inyección indispensable, le pidió a Alison

que saliera de la habitación de su hijo.

—No quiero que piense que la regaño, pero debo preguntarle ¿qué tan pronto puede llevarse a Ferdie y alejarlo de este clima que tanto le perjudica?

Sintió de inmediato una gran opresión en su garganta y con un gran esfuerzo le respondió:

—Sí pudiera, me lo llevaría mañana, pero tengo que esperar todavía una semana.

—Es demasiado tiempo para el niño y sé bien lo que le digo —mientras lo acompañaba hasta la puerta, añadió—: No dude en volverme a llamar en caso de que no observe alguna mejoría en el transcurso de una hora.

Asintió en silencio y trató de sonreír al darle las gracias, pero las lágrimas se lo impidieron.

Se sentó junto al lecho de Ferdie y sostuvo entre las suyas una de sus manitas. Fue para ella una larga y dolorosa agonía permanecer sentada a su lado, observando el esfuerzo que hacía para tratar de llevar aire a sus pulmones. Sabía ya que por la salud de su hijo no podía pensar en su conveniencia. Su felicidad no tenía la menor importancia ante la salud de su amado hijo. Por esa consideración decidió aceptar el inevitable sendero, el único, que se le presentaba en el futuro.

Ferdie se quedó, por fin, dormido con un sueño en el que su respiración empezó a hacerse menos difícil. Después de quitarle de la frente un rizo rebelde, su madre se alejó silenciosamente de su lado para hacer la llamada telefónica que sellaría su destino.

—Du Bois… —una voz de hombre le respondió.

—¿Dirk? Soy… soy Alison.

Hubo una breve pausa.

—Me imagino que aceptaste mi proposición.

—No me dejaste mucho dónde escoger.

—Tú no me diste ninguna oportunidad —le reprochó, brusco—. Me quitaste el derecho de estar presente cuando naciera mi hijo; me negaste el privilegio de verlo crecer y me dejaste al margen de todo. Por ese simple hecho puedo quitártelo sin el menor remordimiento.

—¿Me lo arrebatarías si me niego a trabajar para ti?

—¿Hay algo que quieras alegar en tu defensa y que me haga reconsiderar tus sentimientos cuando tú nunca te detuviste a tomar

en cuenta los míos?

—Tuve razones poderosas para actuar así.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo vendrás?

—Tengo que trabajar una semana —su mano temblaba en el aparato y unas cuantas gotas de sudor perlaron su frente. Era el momento que más había temido, pero estaba obligada a continuar —: Dirk, estoy… muy preocupada por… por Ferdie.

—¿Qué tiene? —le preguntó cuando ella no pudo continuar presa de angustia y temor.

—Tuve que llamar al doctor esta noche para que lo atendiera y… la situación se ha tornado un tanto urgente.

—¿Tienes que permanecer en tu trabajo otra semana?

—No puedo abandonarlo intempestivamente.

—¿Desde cuándo te diste cuenta de estas condiciones? —le preguntó irónico y agregó—: Si quieres que vaya por él y me lo traiga, dímelo.

—¿Podrías hacerlo? ¿Podrías venir por él cuanto antes y llevártelo a *Bordeaux*? —inquirió mediante un gran esfuerzo.

Estaba sorprendida de ella misma. Un mes antes, por nada del mundo hubiera permitido que su hijo estuviera cerca del hombre que lo engendró.

—Estaré allá mañana, a las diez horas —con esa promesa Dirk interrumpió los pensamientos tristes y angustiosos de Alison, pero siguió agitada y nerviosa—. ¿Hay algo más?

—No, eso es todo.

—Estaré allá mañana, ¡Buenas noches! —exclamó para dar por terminada la conversación.

Dejó el teléfono y permaneció sentada unos instantes con la cabeza entre sus manos. Trató de decirse que había actuado en la forma más adecuada para el bien de su hijo, pero su instinto maternal le reprochaba su acción y graves dudas la asaltaron.

Se puso de pie y, lentamente, se dirigió hacia la habitación donde reposaba Ferdie. La noche apenas había empezado para ella. Se sentó junto a la cama de su hijo y se dispuso a permanecer despierta hasta el amanecer. Dormitó por unos momentos en varias ocasiones, pero siempre estuvo atenta para comprobarle el pulso y el ritmo de su respiración.

A la mañana siguiente, no tuvo tiempo de recuperar el sueño

perdido. Llamó por teléfono a su trabajo para informar que llegaría tarde y, después de tomar su desayuno, guardó la ropa de Ferdie en una maleta.

—¿Adónde vamos a ir? —demandó el niño. Sus facciones mostraban las huellas de su reciente padecimiento.

—Yo no voy a ninguna parte, querido, pero tú sí —le respondió mientras le arreglaba el cuello de la camisa y le abotonaba la chaqueta.

—¿Y yo?

Alison titubeó momentáneamente. Solo en una ocasión le había preguntado acerca de su padre y le tuvo que contestar que él había decidido no vivir con ellos. Aceptó entonces tal explicación sin hacer comentario alguno; ahora se preguntaba cómo tomaría la explicación que debería darle.

—Tu padre va a venir a buscarte.

—Yo no tengo papá.

—Sí, sí lo tienes —le insistió gentil—. ¿Te acuerdas que cuando estuvimos en la casa de tía Kate, fue un hombre?

—Creo que sí, ¿él es mi padre?

—Sí.

Su barbilla tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué tengo que ir con él? ¿Por qué no puedo quedarme aquí contigo?

—Ferdie querido, ¡escúchame! —lo atrajo hacia ella y amorosamente le acarició el cabello mientras él reclinaba su cabeza en el hombro de su madre—: No te encuentras bien de salud y el doctor Samuels dijo que te aliviarás pronto si sales de Ciudad del Cabo.

—Entonces ¿tú irás también conmigo? —le preguntó ansioso.

—Sí, cariño. Pero yo no puedo salir todavía porque tengo que trabajar una semana más. Mientras tanto será lo mejor para ti que te marches y te quedes con tu padre en su hacienda.

Ferdie era muy comprensivo para su edad, pero en esta ocasión se sentía muy desconsolado por tener que separarse de su madre:

—No quiero irme sin ti.

—Será solo por ocho días. Después volveremos a estar juntos.

Ferdie se quedó pensativo un momento.

—¿Me lo prometes?

—¡Sí, te lo prometo! —le contestó con sinceridad pero, detrás de su risa, había lágrimas. Lo acarició y lo estrechó en sus brazos.

—¿Por qué nunca ha estado mi padre con nosotros? —le preguntó cuando ella terminó de guardar la ropa que debería llevarse.

Era demasiado pequeño para que pudiera comprender la tormenta emocional y todas las angustias a las que tuvo que enfrentarse para separarse de su esposo. No comprendería la necesidad que tiene una mujer de saber que es amada y no únicamente deseada; tampoco podría explicarle sus sentimientos de inseguridad cuando Dirk parecía estar tan decidido a destruir la confianza que tenía en él en vez de procurar reconstruirla y fortalecerla.

—Es una historia muy larga y complicada, Ferdie —sonrió triste —. Tal vez algún día te la pueda narrar.

Era ya casi el tiempo en el que Dirk debería llegar y Alison necesitaba hacer algunas cosas antes de su arribo. Su rostro se reflejaba en el espejo mostrándole su gran palidez y la falta de sueño le dejó unas sombras violáceas alrededor de sus ojos que no pudo disimular con el maquillaje, aunque sí logró poner un poco de color en sus mejillas. Cepilló con esmero su cabello y lo arregló en un moño. No pudo hacer más porque escuchó que llamaron a la puerta.

Ferdie se mantenía rígido como estatua en el centro de la sala, cuando vio que su madre se dirigía hacia la puerta. Ambos se sentían tensos y nerviosos. Esta condición se denotaba en Alison por la trémula inquietud de sus manos al arreglarse innecesariamente los pliegues de su falda. Por fin, calmada en apariencia, se volvió para sonreírle a su hijo e infundirle ánimos, suspiró y abrió la puerta.

Dirk vestía un pantalón y una chaqueta café que Alison recordó de inmediato puesto que eran los mismos que llevaba cuando lo conoció.

—Pasa, por favor —le dijo con falsa frialdad.

—¡De modo que aquí te ocultaste todos estos años! —exclamó burlón en el momento de entrar. Ella prefirió ignorar el sarcasmo al cerrar la puerta.

Con rápida mirada Dirk abarcó el sencillo y modesto mobiliario

y, al final, detuvo su vista en el niño quien, a su vez, lo observaba fijamente desde el lado opuesto de la habitación. Durante unos segundos que parecieron interminables, ninguno de ellos habló. Después Dirk esbozó una leve sonrisa y le ofreció su mano en señal de saludo.

—¡Hola, Ferdie!

Este volvió la vista hacia su madre y, al darse cuenta de que lo animaba, también tendió su mano para corresponder al saludo y con voz grave contestó:

—¡Hola!

—¿Ya te explicó tu madre quién soy?

—Me dijo que eres mi papá.

—Ven aquí —al decirlo, lo condujo hacia el sofá, de modo que pudieran sentarse juntos.

—¿Quieres venir conmigo unos días?

El pequeño miró otra vez a su madre como si quisiera asegurarse de la promesa que le hizo antes. Ella se la confirmó con una firme inclinación de la cabeza.

—Me ayudarás un poco a arreglar todo, de modo que cuando llegue tu madre lo encuentre muy agradable —le sugirió con una comprensión que Alison no esperaba y pudo comprobar que la duda y la inseguridad se desvanecieron de la carita de su hijo.

—¡Está bien, iré!

—¡Magnífico!

—¿Deseas una taza de café? —Alison hizo la oferta en un intento de demorar un poco el momento de la separación.

—Tengo que regresar de inmediato —respondió y se puso de pie —. ¿Hay algo que deba saber? Por ejemplo, las medicinas que toma en caso necesario.

—Encontrarás aquí todo lo necesario —le respondió entregándole una pequeña maleta—. El uso de cada medicamento está claramente detallado.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Ferdie en cuanto vio que Dirk tomó la maleta.

—No hay razón para desperdiciar un tiempo valioso —dijo Dirk y todos los sentimientos se le anudaron en la garganta cuando tomó de la mano a Ferdie y ambos siguieron al padre fuera del apartamento. En el reducido espacio del ascensor pudo observarlo

con detenimiento. Le resultaba difícil creer que todavía estuviese casada con ese hombre de rostro duro y que, en algunos aspectos le resultaba tan familiar y en otros, como si fuera un completo extraño.

Durante casi tres años y medio Alison había ocultado a su hijo la existencia de su padre y ahora se veía obligada a ponerlo en sus manos. Había algo que le anunciaba que éste sería el primero de una serie de sacrificios que tendría que hacer en el futuro.

Un auto deportivo blanco se encontraba en la solitaria calle, frente al edificio. Dirk dejó en el portaequipajes la maleta y hubo un gesto de desagrado en cuanto se volvió y miró a Ferdie asido con fuerza de la mano de su madre.

—Despídete de tu mamá —su tono era autoritario.

Las palabras de él le parecieron como si anunciaran un terrible final para ella. Levantó a Ferdie para estrecharlo amorosamente entre sus brazos mientras luchaba por controlar su emoción.

—¡No lo olvides! —le susurró el niño al oído, pero habló lo suficientemente fuerte para que Dirk lo oyera—. Me lo prometiste.

—¡No lo podré olvidar! —le respondió sin preocuparse por ver a Dirk cuando cruzó frente a ellos para abrir la puerta y que Ferdie ocupara el asiento de adelante.

Alison le ajustó el cinturón de seguridad y retrocedió para que Dirk cerrara la puerta. Se asombró entonces de la gran facilidad que puede tener un niño para adaptarse a las circunstancias. Mientras ella se encontraba angustiada por la separación, Ferdie estaba fascinado con el complicado tablero del auto.

—¿Qué promesa le hiciste al niño?

—Le aseguré que dentro de ocho días estaré con él.

—También a mí me hiciste una promesa en cierta ocasión y nunca la consideraste como un compromiso.

El reproche la hirió en lo más profundo de su ser por lo que su voz, siempre suave y cálida, se hizo gélida al replicarle:

—¿Debemos remover el pasado?

—El pasado es parte integrante del presente y del futuro, del mismo modo que Ferdie es parte tuya y mía —le recriminó con brusquedad y añadió—: No puedes negar el pasado como no puedes negar la existencia de Ferdie, por lo tanto te sugiero que lo aceptes y no trates de ignorarlo.

A grandes zancadas se alejó de ella. Momentos después, el automóvil se alejó a gran velocidad llevándose a la persona que más amaba.

Capítulo 3

Densos nubarrones se acumulaban en el cielo el día que Ferdie se dirigía, en compañía de su padre hacia *Bordeaux*. La tormenta estalló con violencia en toda la península durante el fin de semana.

Alison se encontraba casi inconsolable en su apartamento que le parecía inhóspito sin la presencia de su hijo. Sin embargo, el sentido común le dijo que había hecho bien en alejar a su hijo de esas condiciones climáticas aun cuando alimentaba ciertas dudas acerca de la conveniencia de dejarlo con Dirk todos esos días.

—Siempre le aseguré que hacía mal en no informarle a su esposo que tenía un hijo —le reprochó el doctor Samuels cuando le habló por teléfono para informarle que había enviado a Ferdie con él. Esta opinión hizo que el sentimiento de culpabilidad que la agobió en todos esos años se acentuara—. La decisión de haberlo enviado con su padre a su hacienda no únicamente facilitará que supere su enfermedad, sino que le dará la oportunidad de que se conozcan.

Sintió un gran estremecimiento ante estos pensamientos que la agobiaron sin piedad en los días siguientes.

Alison estaba muy deprimida el martes por la mañana cuando Kate le telefoneó a la oficina para invitarla a almorzar. Aunque con recelo, ella aceptó. Ver a Kate otra vez sería como un alivio al tenebroso mundo de angustia en el que se encontraba desde la partida de su hijo, pues tal vez podría traerle noticias de Ferdie. Más tarde, cuando se dirigía para encontrarse con su amiga, recordó que no le informó, por la misma urgencia de los acontecimientos, de los últimos sucesos.

—Creo que Ferdie se encuentra en *Bordeaux* con Dirk —dijo Kate, en cuanto se sentaron a la mesa.

—Sí, es cierto —le confirmó nerviosa—. Tuve que dejar que se marchara antes que yo porque el doctor insistió en que debía alejarlo de aquí cuanto antes.

—¿Ya aceptaste la propuesta de Dirk?

—Sabes tan bien como yo que no me quedaba otra posibilidad. Voy a irme a *Bordeaux* el sábado próximo.

Cruzó sus dedos mentalmente al decir esto último y comieron en

silencio.

—No es que quiera presionarte, Alison —reanudó Kate la conversación una vez que les sirvieron el café—, pero, ¿qué sientes respecto a Dirk?

—Si lo que quieres preguntarme es si todavía lo amo, la respuesta es «no» —le contestó con tanta calma que hasta ella misma se sorprendió—. Mi amor por él murió hace mucho tiempo.

La expresión de su amiga no reflejó sus pensamientos. Entonces recordó que Kate siempre se caracterizó por no manifestar con facilidad sus pensamientos cuando no quería hacerlo…

—Si en alguna ocasión necesitas cualquier clase de ayuda o si quieres hablar con alguien, no dudes en llamarme de inmediato.

—Eres muy bondadosa, Kate. ¡Gracias!

—También yo viví tiempos difíciles —le confesó y en sus ojos hubo un fugaz destello—. Sin embargo, tuve en mi tía Edwina una buena confidente y consejera. En cambio tú no tienes a nadie y yo consideraré un honor si confías en mí.

—Otra vez ¡muchas gracias, Kate! —sonrió Alison tratando de contener las lágrimas que, en los últimos días querían brotarle con suma facilidad por lo que cambió de tema—: ¿Vive tu tía todavía?

—Afortunadamente, sí —apartó la taza vacía y se llevó la servilleta a los labios—. Tía Edwina pasa la mayor parte del tiempo viajando, visitando parientes y como turista por todo el país, pero siempre regresa a *Solitaire* para la Navidad y permanece con nosotros hasta después de la vendimia.

—Espero que mi viaje a tu casa no haya ocasionado disgustos innecesarios entre Rhyno y Dirk.

—Por supuesto que no —le aseguró de inmediato—. En realidad, esa noche estábamos invitados a cenar en *Bordeaux*.

Charlaron un poco más. Alison consultó su reloj y dijo:

—Debo regresar a la oficina.

—Y yo tengo que Volver a *Solitaire*.

Se levantaron. Kate pagó rechazando el ofrecimiento de Alison para liquidar su parte. Cuando salieron, la rubia puso una mano en el hombro de su amiga.

—Me dio mucho gusto que pudieras acompañarme a almorzar y espero que nos podamos reunir con mayor frecuencia en el futuro.

Con una sonrisa se despidió y se dirigió a su elegante Mercedes

blanco. Alison pensó que sería magnífico que pudiera reanudar la amistad con Kate van der Bijl.

El resto del día transcurrió lentamente para Alison y comprendió que ya no podía reprimir el deseo de hablar por teléfono a *Bordeaux* para tener noticias de su hijo por lo que, después de cenar tomó el aparato.

—¿Cómo está Ferdie? —preguntó sin mayor preámbulo en cuanto escuchó la voz de Dirk.

—Está bien, pero no es conveniente que hables con él, no quiero que se inquiete.

—¿Quieres decirle que hablé?

—Se lo diré —hubo un extraño silencio y después preguntó—: ¿Algún mensaje?

—Nada más dile que lo quiero mucho y que estoy ansiosa para que pasen pronto los días y me pueda reunir con él.

—Espero que no supondrás que tu permanencia en *Bordeaux* será de vacaciones o como días de fiesta.

—Me ofreciste un trabajo y espero desempeñarlo lo mejor que pueda —le replicó molesta.

—¿Cuándo vendrás?

—Saldré de aquí el sábado en la mañana.

—El apartamento estará listo cuando llegues —le informó y después de agradecerle la llamada, la dio por terminada.

Sus manos temblaban y su boca estaba seca cuando dejó el aparato. Se sentía turbada pero, además, excitada.

Tomó un libro para leer en la cama y lo hizo hasta tarde, pero, cuando se dispuso a dormir, se dio cuenta de que no podía hacerlo. Su mente regresaba a tiempos pasados, incómoda, decidió alejar de su memoria esas ideas, mas fue inútil.

—¡Eres adorable! ¡Completamente adorable! —evocó la voz de Dirk que le murmuraba y vio otra vez que sus ojos brillaban de deseo mientras ambos disfrutaban de sus caricias.

El terror de la noche de bodas apareció tan real que su respiración se aceleró y su frente se perló con sudor. Recordó el miedo que la invadió ante la terrible pasión que sabía que Dirk apenas había podido contener. Pero sentía más miedo por la pasión que él había despertado en ella. Al principio, se mostró muy gentil, mas después llegó a excitarla a tal grado que olvidaba por completo

su timidez y su pudor. Recordó cuando la desnudó en medio de caricias sensuales y devoró con la mirada su virginal cuerpo, repitiéndole a media voz:

—Eres adorable, completamente adorable, Alison.

Lo que siguió después fue como una pesadilla. Su deseo, incontrolado ya, se desató salvaje y no terminó hasta que logró despertar en ella todos sus instintos que estaban latentes, de tal forma, que la hizo enjugar unas cuantas lágrimas una vez que quedó profundamente dormido a su lado.

Se sentó en su cama, su respiración estaba entrecortada y transpiraba copiosamente. Este aspecto de su matrimonio con Dirk era algo que en muy raras ocasiones se permitía evocar y siempre procuraba alejarlo de su mente. Pero en esta ocasión, no pudo. ¿Por qué? Ocultó su cara entre las manos, pero no podía alejar esta obsesión. Aquellas imágenes continuaban brillando ante ella sin que pudiera evitarlo.

Tal vez entonces era demasiado joven e inexperta. La intensa llama de la pasión con la que la deseaba, despertó un deseo igualmente fuerte en ella. Ella era virgen de cuerpo y alma y esas emociones la habían asustado más allá de todo lo razonable.

«¡Dios mío!», murmuró dejándose caer en la almohada. «No permitas que lo vuelva a amar. ¡Por favor! No me dejes caer otra vez en la misma trampa».

Por fin, el sueño la venció. Al día siguiente la continuaron asaltando esos tortuosos pensamientos aunque trataba de concentrarse en su trabajo. Tampoco se pudo librar de ellos por la noche, mientras ordenaba y guardaba todas sus pertenencias personales para desocupar el apartamento amueblado.

Cuando sonó el teléfono, poco después de las ocho de la noche, pensó de inmediato que Ferdie había recaído, pero al contestar, escuchó la voz de Kate.

—Pensé que te gustaría saberlo. Vimos a Ferdie la otra noche y está muy bien.

—¿Parece feliz con Dirk?

—Sí —le aseguró Kate—. Lo sigue por todas partes, como una sombra y su padre parece disfrutar al llevarlo consigo.

—Me… me alegra mucho —murmuró, tratando de ocultar los celos.

—Pudimos ver el apartamento en el que te instalarás —comentó Kate—. Está muy bien amueblado y Ferdie me dijo que ayudó a Salomé a lavar las paredes y a limpiar las alacenas.

—¿Todavía está Salomé en *Bordeaux*?

—Dudo mucho que se marche. Su familia trabaja allí desde hace tres generaciones y ella ni conoce ni quiere conocer otra clase de vida.

—Me hace feliz saber que por lo menos encontraré un rostro familiar en la finca.

—Encontrarás muchos rostros familiares. El ayudante de Dirk, Mike Petzer, ¿te acuerdas de él? Está casado, pero todavía trabaja allá. El personal de la oficina ha cambiado, en cambio la servidumbre de la casa es la misma y me dijeron que están muy contentos por tu regreso.

Alison no respondió a esto y cuando terminaron de conversar deseó que el personal negro que trabajaba en *Bordeaux* no se decepcionara al saber que no regresaba para ocupar su antiguo sitio.

Se sintió al mismo tiempo agotada y consolada cuando devolvió las llaves del apartamento, el sábado en la mañana y acomodó su equipaje en el Renault. Por fin, se dirigía hacia *Bordeaux* para reunirse con Ferdie y puso en marcha el motor. Se dirigió hacia la carretera que la llevaría a Paarl y se volvió a ver de prisa la montaña Table, rodeada de esas acostumbradas nubes cargadas de humedad.

El viaje a Paarl requería poco más de una hora por una carretera en uno de cuyos lados había tres enormes rocas de granito características e inconfundibles que, en ocasiones, parecían enormes perlas: las rocas Paarl, Britannia y Gordon. Cuando las vio, Alison sintió una extraña tensión. Ese fue el sitio en el que conoció a Dirk. Pero en esta ocasión no quería pensar en el pasado, quería concentrarse en la conducción de su automóvil y en el futuro.

Bordeaux se localizaba al sureste de Paarl, entre esta población y las montañas de Klein Drakestein y cuando dio la vuelta en los alrededores de la población para dirigirse hacia la hacienda, le temblaban las manos. En menos de diez minutos se aproximó a la

majestuosa entrada de la propiedad: un enorme arco de piedra. Más allá se extendían los viñedos, las vides se encontraban desprovistas de hojas, excepto por unas pocas que continuaban adheridas a las ramas. Se sintió sofocada cuando entró por la conocida senda bordeada de árboles, hacia los edificios de techos de teja, con grandes aleros.

La casa solariega no tenía más de veinte años de uso, excepto la parte que ocupaban las oficinas y la sección para el almacenaje. También incluía el apartamento que habitaría Alison durante su permanencia. Condujo el Renault hacia la entrada principal.

Viejos robles proporcionaban una agradable sombra, muy apreciada como refugio contra el sol. Cuando detuvo su coche bajo la sombra de uno de ellos, dio un vistazo involuntario hacia la sólida puerta de madera tallada. Sintió una pesada opresión en el pecho que le dificultaba la respiración y cuando descendió del vehículo, tuvo la impresión de que regresaba al pasado. Antes pensaba que esta casa sería su propio hogar; en ese jardín disfrutó de muchas horas tranquilas, con sus cuidados prados bordeados de fragantes flores multicolores y de pequeños arbustos. Pero eso fue hacía ya varios años; ahora le parecía que el tiempo se había detenido y que la víspera hubiera partido. Todo esto, la impresionó demasiado.

—¡Mamita, mamita…!

De inmediato olvidó todos sus pensamientos ante la rápida llegada de su hijo. Abrió los brazos para recibir en ellos a Ferdie y estrecharlo junto a su corazón. Esta vez no pudo contener las lágrimas de felicidad.

—¡Oh, Ferdie, te extrañé mucho! —su voz era un murmullo entrecortado. Lo retiró un poco para verlo mejor—. Te veo muy bien —añadió sonriendo en medio de sus lágrimas.

—Ni una vez me he enfermado —le dijo con orgullo y alegría que consideró como un triunfo personal y rodeó con sus brazos el cuello de su madre, quien volvió a abrazarlo con ternura.

Sobre la negra cabellera de Ferdie pudo observar que Dirk los miraba a corta distancia con una expresión indescifrable.

—¡Bienvenida a *Bordeaux*! —le dijo. Se dio cuenta de que su corazón empezaba a latir con violencia cuando se desprendió del abrazo de su hijo y se puso de pie.

—¿De verdad soy bienvenida?

—Siempre hago todo lo que puedo para que mis empleados se sientan bien aquí.

Su respuesta cortante fue como si le hubiera dado un bofetón. No quiso que su pregunta tuviera intención personal, pero Dirk la interpretó, obviamente, de esa manera. Una amarga sonrisa se dibujó en su rostro cuando comprendió que, de inmediato, él le recordó el sitio que iba a ocupar en la casa: Sería empleada, nada más.

—¡Ven, mamita! —le urgió Ferdie—. Deja que te enseñe dónde vamos a vivir.

Dirk se apartó y empezó a caminar junto a ellos. Mientras se dirigían a la casa, Ferdie no cesó de hablar lo cual suavizó el silencio en el que Alison y Dirk se mantenían.

El apartamento estaba como ella lo recordaba cuando Mike Petzer vivió allí. Las habitaciones eran amplias, de techos altos, con las mismas vigas, sólidas y de estilo antiguo. La habían modernizado un poco para hacerla más confortable. El conjunto era amplio y cómodo, con dos dormitorios, un baño, una sala, el comedor y la cocina. Tenía pocos muebles pero estaban dispuestos en forma adecuada con una original mezcla de muebles antiguos y modernos, algunos de los cuales habían pertenecido a la casa principal.

Ferdie, muy entusiasmado, arrastraba a su madre de una habitación a otra, explicándole en detalle todo lo que él y Salomé habían hecho, lavando las paredes y limpiando los pisos antes de encerarlos.

—¿Te gusta? —quiso saber el niño, lanzándose hacia un sillón acojinado, frente a la chimenea.

Dirk permanecía apoyado en el escritorio.

—Se ve encantador —su respuesta fue sincera y precavida, consciente de que Dirk la observaba con suma atención. También satisfizo a su hijo, cuyos ojos brillaban por la excitación.

—Papito dijo que cuando hiciera mucho frío podríamos encender el fuego y sentarnos aquí para mantenernos calientes.

—Eso será magnífico.

—Si me das las llaves de tu coche, haré que lo pongan en el lugar que le corresponde —le dijo Dirk en cuanto ella volvió de su

asombro ocasionado por la naturalidad con que su hijo pronunciaba la palabra ¡papito!

Le entregó las llaves solicitadas y él agregó con brusquedad:

—Tienes el resto del día para que arregles todo lo que necesites, pero debes estar en mi estudio esta tarde, a las cinco y media en punto.

No esperó la respuesta, sino que salió de inmediato, dejándola a solas con Ferdie para que pudiera examinar otra vez el apartamento.

En este segundo recorrido descubrió que toda la ropa del niño se encontraba muy limpia y acomodada en el sitio conveniente en el dormitorio que le correspondía. Cuando regresó a la sala, comprobó que alguien había dejado las maletas y las cajas que ella llevó en su coche. Extendió su recorrido de exploración hasta la cocina antes de guardar su ropa y pudo comprobar que tanto la despensa como el refrigerador estaban colmados con todo lo que pudiera necesitar en los próximos días.

—Papito envió a Salomé a la ciudad para que hiciera todas las compras para ti —comentó Ferdie a la pregunta que no hizo Alison y, como si al mencionar su nombre la hubieran llamado, se presentó la sirvienta, entrando en la cocina por la puerta posterior.

—Buenos días, señora.

—¡Salomé! —exclamó con alegría al ver a la sonriente mujer ataviada con el uniforme color rosa y una pañoleta del mismo tono cubriéndole la cabeza—. ¡Oh, Salomé, qué gusto verla otra vez!

Ésta estrechó la mano que le tendía Alison y le hizo una ligera reverencia de respeto y cortesía.

—Yo también estoy muy feliz de que la señora haya regresado a *Bordeaux*, pero no me gusta que vaya a vivir en este apartamento, en vez de hacerlo en la casa principal con el amo Dirk.

—Nada más vengo a trabajar y porque espero que el clima de este valle le haga bien a mi hijo.

La mirada de la sirvienta se posó primero en Ferdie y después en Alison. Se mostraba confusa, pero no intentó ahondar más. Ella era la esposa de Dirk y Ferdie el hijo de ambos, para su criterio, significaba que constituían una familia que debería estar bajo el mismo techo.

—¿Le puedo preparar una taza de té, señora?

El ofrecimiento de la mujer le recordó que la bienvenida de Dirk no incluyó ningún tipo de refrigerio y sabía que lo necesitaba.

—Estaría muy bien, Salomé, pero… ¿no descuidarás tus obligaciones?

—Este es mi trabajo, señora —le informó Salomé con una sonrisa amplia—. Desde hoy cocinaré para usted, asearé la casa y cuidaré de Ferdie. El amo Dirk me lo ordenó.

Las palabras de la fiel sirvienta resonaban en sus oídos cuando poco después regresó a la sala: *El amo Dirk me lo ordenó*. Era definitivo y no admitía duda alguna. Cuando Dirk daba una orden se cumplía de inmediato y no había discusión posible.

Salomé llevó poco después el té y unos panecillos distrayéndola de sus sombríos pensamientos. Ferdie tomó asiento en una silla con numerosos pastelillos a su alcance. Alison no necesitó presionarlo para que le diera informaciones amplias de *Bordeaux*. Se había ganado el cariño de Dirk, pero no sabía si debería sentirse contenta o celosa.

Y con una renovada energía que era nueva para Alison, Ferdie salió a jugar, mientras ella, ayudada por Salomé, acomodó sus cosas. El tiempo transcurrió con gran rapidez y, aunque tomó un ligero descanso para comer, a las cuatro de la tarde apenas recordaba lo que había tomado.

Deseaba bañarse por lo que dejó que Salomé terminara los últimos detalles.

Tenía una extraña sensación al saberse otra vez en *Bordeaux*. Hacía casi cuatro años que se marchó decidida a no regresar nunca, pero en aquel tiempo no podía imaginar que el hijo que ya llevaba, un día la obligaría a enfrentar una situación en la que estaría a merced de Dirk.

Se vistió con más cuidado que de costumbre. Escogió un vestido de mangas largas con un cuello discreto; las brillantes manchas de verde y azul hacían perfecto contraste y resaltaban su figura. Se puso un ligero maquillaje y cepilló con vigor el cabello que recogió detrás del cuello. Le daba un aspecto de profesionalismo que tanto necesitaba en esa ocasión. Se calzó unas zapatillas de tacón alto y, detrás de las orejas, se aplicó unas gotas de perfume.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ferdie cuando lo encontró sentado ante la mesa de la cocina; estaba radiante y sonrosado

después del baño que le dio Salomé. Ya no tenía el aspecto enfermizo de una semana antes.

—Voy a ver a tu padre.

—¿Puedo ir contigo? —le preguntó ansioso.

—Tengo que verlo a solas —le acarició la cara con las manos y lo besó en la frente—. Pórtate como un niño bueno y permanece aquí con Salomé.

—¿Tardarás mucho?

—Regresaré tan pronto como pueda —le respondió con una sonrisa.

Salió y se dirigió de prisa hacia la casa principal, en la que durante un tiempo vivió con Dirk. Sus tacones se hundían suavemente en el prado y su corazón latía de prisa. Como ya conocía bien la casa, entró por la puerta lateral e hizo un pequeño paréntesis en el pasillo inmediato, para recordar mejor todas las cosas con las que estuvo familiarizada:

Bertrand du Bois todavía la miraba con reproche, y su esposa Lucille, la examinaba con fijeza. La alfombra persa amortiguó el ruido de sus pasos a lo largo del pasillo. Al avanzar evocaba el tiempo que vivió allí. No era el momento oportuno para detenerse a recordar el pasado porque Dirk la esperaba en su estudio y cuando llegó al enorme vestíbulo con sus grandes candelabros y tapices antiguos, dio vuelta hacia la primera puerta de la derecha.

—¡Adelante! —contestó Dirk a sus ligeros golpes en la puerta.

El aspecto general era austero a pesar de los muebles cómodos; pero el hombre que estaba sentado detrás del escritorio, fue quien captó de inmediato su atención. Tenía una chaqueta de piel negra que cubría sus anchos hombros, camisa de seda azul desabotonada hasta la mitad del pecho, pero su actitud irónica, la hizo ponerse a la defensiva.

—Puntual, como siempre.

—Y como siempre, lo haces que parezca un delito.

—Me interpretas mal —le replicó apoyándose en su sillón en tanto la observaba con fijeza—. Yo aprecio esa virtud.

—Tienes una manera extraña de reconocerlo.

—No deseo discutir contigo —se puso de pie y caminó alrededor del escritorio, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Te pedí que vinieras para que habláramos de trabajo, pues no te informé

cuánto ganarías.

Se acercó más hacia ella y le mencionó una suma muy superior a los salarios que había recibido en trabajos anteriores. Aceptó con un movimiento de cabeza, procurando ocultar su sorpresa y esperó a que continuara hablando.

—Tu rutina se inicia a las ocho y media de la mañana. Te darás cuenta de que tendrás que hacer muchos preparativos antes que el primer grupo de visitantes llegue a las diez y media. Dispondrás una hora para comer de la una a las dos de la tarde y tus labores terminarán a las cinco y media. Los fines de semana y las noches las tendrás libres, excepto cuando haya invitados. En esas ocasiones habrá que supervisar el menú y atender a mis visitantes.

—La última parte puedo desempeñarla bien —le contestó en tono seco—, pero ya sabes que soy neófita en la información de vinos.

—No soy ajeno a tu ignorancia en este tema —le replicó en un tono que la impresionó. Después tomó varios libros y se los dio—. Tienes hoy y mañana para estudiar y lo que no te aprendas, lo harás en el desempeño de tu trabajo.

—¿Quieres que empiece el lunes por la mañana?

—Por supuesto, ¿hay alguna objeción?

—Ninguna, solo preguntaba.

—Hay otro aspecto que quiero aclarar —añadió cuando Alison se dirigía hacia la puerta—. Legalmente, todavía eres mi esposa, mas te advierto que no gozarás ningún privilegio.

Volvía a repetirle que sería tratada como empleada, ¿no se lo había dicho al llegar por la mañana?

—No he venido aquí con la intención de buscar un trato diferente y no quiero recibir nada de ti que no me lo haya ganado con mi trabajo.

Dirk la miró con frialdad. En seguida le dijo:

—Ahora que ya estamos de acuerdo en todo, te puedes marchar.

Dio media vuelta y, con la cabeza en alto, se dispuso a salir. Al llegar a la puerta, se detuvo y se volvió porque pensó que por elemental educación debería hacerlo y con fingida cortesía le dijo:

—Muchas gracias por abastecer el refrigerador y las alacenas.

—Nada tienes qué agradecer. Lo descontaré del primer pago de tu sueldo.

Sus palabras tuvieron el efecto de un bofetón. Fue ingenuidad de su parte suponer que era un acto de cortesía. Salió del estudio con los libros en la mano.

Capítulo 4

Alison permaneció en su cama, hasta muy tarde, estudiando aquellos libros que le prestó Dirk. Era comprensible, supuso, para quienes tuvieran un conocimiento de la producción vinícola, pero para ella, le resultaba un enigma. Hacia la media noche sus ojos casi se le cerraban por la fatiga; dejó los libros a un lado; bostezó, apagó la luz y se durmió de inmediato.

Al despertar en una habitación extraña tuvo una sensación inquietante. La cama era demasiado grande, incluso para dos personas, pero ella la compartió con numerosos libros y, al verlos, despertó por completo. Salió de la cama y se vistió con rapidez. Ferdie se encontraba ya en el comedor, frente a un plato con cereales. Para asombro de Salomé, la joven nada más le pidió pan tostado y café. Mientras su hijo salió para jugar, Alison se acomodó en la sala para estudiar esos libros casi incomprensibles. Tenía la sospecha de que esto formaba parte de la venganza de Dirk, pero se resolvió a no darle la satisfacción de que comprobara su fracaso.

Después del almuerzo dominical volvió a sentarse frente a los libros. Durante cierto tiempo, Ferdie permaneció sentado, pero después se aburrió y murmuró que iría a buscar a su padre. Lo dejó salir sin la menor protesta; a las tres de la tarde escuchó una agradable voz que interrumpió sus agotadores esfuerzos:

—¿Puedo entrar?

—¡Kate, eres un ángel! ¡No podías haber llegado en momento más oportuno!

—¿Para qué necesitas todo esto? —preguntó Kate y señaló los libros dispersos. Se inclinó para leer los títulos y entonces le preguntó—: ¿Estás tomando un curso intensivo de vinicultura?

—Solo he podido darme cuenta de que la elaboración de vinos es un proceso muy complicado; no tenía la menor idea de lo que voy a explicar a los visitantes. Lo que me preocupa es ¿cómo voy a retener en la memoria todos estos datos para mañana?

—Me parece que necesitas ayuda.

—Podría entenderlo mejor si conociera un poco el tema.

—¿No te explicó algo Dirk?

—No, no lo hizo. Solo me dio estos libros y me dijo que los estudiara —se puso de pie para tratar de eliminar el dolor en la espalda.

—Ven conmigo —le dijo su amiga después de una pausa—. Trae un cuaderno de notas y un lápiz.

—¿Adónde vamos?

—A las cavas.

—¡No… no podemos…!

—¡Por supuesto que podemos! —la interrumpió tomándola por el brazo. Pasaron frente a la casa principal y siguieron su camino hacia las cavas—. Dirk y Rhyno están enfrascados en una larga discusión respecto a unos nuevos métodos de cultivo, así que ni se darán cuenta.

Le pareció como si participara en una conspiración contra Dirk, pero esto no menguó la decisión de Alison.

—¿Qué te propones? —le preguntó a Kate.

—Haremos un recorrido y yo seré la guía y cuando hayamos terminado, tú me llevarás. Por lo tanto, tienes que ir tomando notas. Te servirá como práctica para tu trabajo de mañana.

—Es una idea alocada, pero me gusta.

En un salón oscuro, próximo a la entrada encontraron un aparato de video conectado con un televisor y en la videocasetera estaba una cinta que contenía un documental de quince minutos de duración que narraba gráficamente todo el proceso de la elaboración del vino, desde la cosecha hasta el embotellado. Era muy ilustrador, pero también hizo comprender a Alison a lo que tendría que enfrentarse. Dirk le ofreció un trabajo para el que sabía que no estaba capacitada y era obvio que él no movería un dedo para ayudarla. Desde luego que no estaba dispuesta a fracasar, y siguió a Kate con su lápiz y cuaderno de notas.

—Te aconsejo que muestres a los visitantes este programa grabado antes que los conduzcas a las cavas —le dijo Kate—. Así tu trabajo te resultará más fácil.

Alison asintió y después empezó la gira educativa. La rubia le explicó la forma en la que llevaban los racimos al triturador: una espiral de acero que les quitaba los peciolos y prensaba las uvas a medida que las introducían. El mosto caía libremente para ser conducido a unos toneles de acero para su fermentación.

—El zumo de las uvas blancas corre libremente, como el de las variedades Riesling, Columbard y Steen, que se emplea para los vinos más finos y de mejor calidad. De la cáscara también se extrae el jugo y se prueba para determinar su calidad. Si no cumple con las normas establecidas, se destina a vinos más baratos, pero si resulta adecuada, el experto decidirá si se le agrega al mosto que ya se extrajo.

Descubrió que el procedimiento para producir el vino rojo era más complejo. La de las uvas se lleva junto con el mosto a los tanques de fermentación. Durante unos cuatro días se mantienen a una temperatura entre dieciocho y veinte grados centígrados; esto se logra haciendo correr agua fría sobre los recipientes. El conjunto de los hollejos de las uvas prensadas sube a la superficie. Esta capa se mezcla y tritura de vez en cuando para que se desprenda el pigmento que le da su color característico. Los vinos blancos se mantienen a temperaturas ligeramente más bajas durante algunos días antes que sean embotellados y se les deje madurar. Los rojos se traspasan a barricas de roble y allí se dejan dos años antes que estén listos para enviarse al mercado.

Tomó notas y se asombró de la forma tan sencilla y comprensible como el explicó Kate todo el proceso.

—Ahora es tu turno para que me lleves en una visita guiada —le ordenó Kate con un brillo pleno de malicia en sus ojos.

Empezó el recorrido y la narración de todo el procedimiento.

—Me siento como una tonta —le confesó Alison.

—Mañana de verdad lo parecerás, si no practicas un poco ahora —le aseguró—. Recuerda que la mayoría de los visitantes no conoce nada de la elaboración de vinos y por lo tanto creerán todo lo que les digas.

Revisó sus anotaciones y trató de recordar todo lo aprendido. Al mismo tiempo, intentó olvidar que iba a hablarle a una de las mujeres más conocedoras de la vinicultura. Al principio titubeo en sus palabras pero, poco a poco, adquirió confianza y al final del recorrido estuvo mejor. La gira terminó en la cava de las enormes barricas de roble importado de los bosques de Limousin, en el centro de Francia.

—Después de un principio incierto terminaste como una experta —la opinión de Kate fue sincera y animadora.

—Nunca me había sentido tan nerviosa.

La risa de la rubia fue tan contagiosa que Alison también rio, pero ambas callaron súbitamente cuando la airada, casi colérica, voz de Dirk resonó en el húmedo aire de la cava.

—¿Qué sucede aquí?

Alison enmudeció al ver a Dirk y Rhyno de pie en la entrada.

—Era una broma —dijo Kate, alegre para dar tiempo a que Alison se pudiera controlar, pero Dirk la ignoró.

—No recuerdo haberte pedido que esta tarde atendieras a mis invitados.

La humillación la dejó sin habla y sus mejillas enrojecieron.

—Mira, Dirk, yo…

—¡Kate! —Rhyno interrumpió a su esposa—. Es tiempo de que nos vayamos a casa.

El silencio se hizo más tenso cuando abandonaron la cava con su penetrante olor del vino y la miraba de reproche y disgusto de Dirk.

Con prisa por alejarse cuanto antes, Alison murmuró al oído de su amiga:

—Gracias… por todo.

—Buena suerte.

—Encantado de volverte a ver, Alison —le dijo Rhyno cuando daba media vuelta para marcharse.

Alison asintió, incapaz de pronunciar alguna palabra después de la humillación que sufrió. En seguida se alejó a toda prisa hacia su apartamento antes que Dirk tuviera otro arranque de cólera.

Estaba sentada en la sala, repasando sus anotaciones, cuando entró Salomé, una media hora después de la escena anterior, para darle el aviso que ella ya intuía.

—El amo Dirk quiere verla en su estudio, señora.

Alison inclinó su mirada hacia donde Ferdie jugaba tranquilamente, sobre la alfombra y murmuró:

—¡Muchas gracias!

La sirvienta movió la cabeza, sin preocuparse por ocultar su confusión, pero Alison no se detuvo a explicarle la situación cuando dejó a su hijo y se dirigió a enfrentarse con Dirk.

La puerta del estudio estaba abierta y él se encontraba de pie en frente de la chimenea. Le preguntó:

—¿Querías verme?

—Cierra la puerta —ordenó sin molestarse en verla. Solo cuando lo hizo, se volvió—. Hay una cosa que debemos aclarar antes de seguir. No quiero que trates con mis invitados, a menos que yo lo ordene.

—¡Eso es ridículo! —protestó, incapaz de creer que había escuchado bien—. Kate y yo somos amigas y es absurdo que un día le ignore y al siguiente la colme de atenciones.

—No me interesa lo que piensas, pero quiero que tengas presente que aquí eres una empleada y espero que te conduzcas de acuerdo con tu puesto.

Sus palabras fueron como latigazos, pero no quiso darle la satisfacción de que la viera flaquear o llorar.

—¿Quieres que desprecie a las personas que conozco?

—Nada más sugiero que recuerdes el puesto que ocupas o de lo contrario, prescindiré de tus servicios.

—No puedes amenazarme.

—¿No puedo? —su sonrisa fue gélida y con estudiada calma añadió—: Durante tres años y medio me ocultaste que tenía un hijo. Esto es imperdonable y me deja en libertad de tratarte como me plazca.

—Supongo que quieres decir que me despedirás y no volveré a ver a Ferdie.

—¡Exacto!

—¡No podrías ser tan cruel!

—¿No puedo? —disminuyó la distancia; su rostro estaba contraído con gran cólera—. Una acción cruel merece otra igual ¿no crees?

—Tenía razones —murmuró con voz ronca—. En cambio tú actúas solo por venganza.

—¿Y te sorprende? —tuvo una sonrisa satánica.

Lo observó en silencio por un momento.

—¿Acaso crees que nunca me sentí culpable por lo que tuve que hacer?

—¿Culpable? —de súbito levantó una mano y asiéndola por la barbilla la obligó a que levantara su cabeza y lo viera directamente a los ojos—. ¿Piensas que porque sufriste algún remordimiento ocasional, es suficiente para compensar lo que me hiciste?

—Me estás… me estás lastimando.

—Me he pasado estas noches sin poder dormir, pensando en lo que debía hacer contigo y siempre terminé con un deseo y ha sido poner mis manos en tu cuello… así… —de las palabras pasó a la acción—. Y empezar a oprimirlo hasta que te quite el último aliento de tu cuerpo.

Nunca había sufrido un terror como el que sintió en esta ocasión. Sufría la tremenda presión en su cuello y veía la expresión diabólica en la cara de Dirk. Un momento antes que ya no pudiera respirar, empezó a sentir que la vista se le nublaba. Y comprendió que podía matarla con la mayor facilidad. Lo comprendió mejor en el momento en el que la visión se le oscureció por completo.

—¡Dirk!… ¡Por amor de Dios! —le suplicó con voz casi inaudible. Entonces, la soltó un poco.

—Verte morir a mis pies no sería la mejor venganza. ¡No! Tengo que encontrar la forma de hacerte sufrir hasta que me supliques que tenga clemencia de ti.

Sin poder pensar bien por el terror que sentía y con ansias de escapar de ese martirio, le preguntó:

—¿Si me vieras sufrir mucho y pedirte piedad, satisfarías tu insano deseo de venganza?

—Sería posible —sus manos se deslizaron hacia los hombros, pero los pulgares se mantuvieron en el cuello—. Aunque tal vez no sería suficiente.

Los ojos de Dirk centellaban con furia. En ese momento intentó liberarse, pero la mano izquierda la detuvo de los cabellos. La mano derecha descendió hasta su cintura y acercó a la joven contra él. Gritó y sus ojos estaban colmados de lágrimas, pero la boca de Dirk se posó en la de ella con una fuerza salvaje, con la intención de herirla y castigarla.

Su cabeza giraba en tanto que trataba desesperadamente de separarse. De súbito los dos descubrieron que el afán de castigo y venganza se había desviado y que el color de sus cuerpos, despertó involuntarios deseos. Ella sintió la dureza de sus piernas y el latir acelerado del corazón. De pronto él la alejó con tanta brusquedad que la hizo tambalear.

Su respiración era agitada e irregular, pero no pudo darse cuenta de que la de él se encontraba igual de alterada. Se despreció a sí misma y cuando bajó su mirada pudo darse cuenta de que Dirk

tenía los puños cerrados.

—¡Márchate! —le ordenó con aspereza. Salió con toda la rapidez que le permitieron sus inseguras piernas.

Llegó a su apartamento y se sentía enferma. Nunca se había enfrentado a nadie que la detestara a ese grado. Sin embargo, Dirk la deseaba con desesperación. Esto en lugar de halagarla, hizo que se hundiera en un torbellino de pensamientos y sensaciones que la dejaron confusa. De improviso dudó que sus sentimientos hacia Dirk hubieran muerto.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Ferdie, quien todavía jugaba en la alfombra de la sala.

—Nada malo —le mintió—. ¿Por qué me lo preguntas?

Inclinó su cabeza y la miró con intensidad:

—Te veo distinta.

—Tal vez se deba al cansancio.

—No pareces cansada, parece como… —hizo una repentina pausa para examinarla mejor— si hubieras llorado.

—Ya oíste a la señora, *kleinbaas* Ferdie —intervino Salomé en el momento crítico de la conversación entre madre e hijo, al darse cuenta de la situación incómoda de Alison—. La señora está fatigada y es hora de tu baño.

—Está bien —dejó que Salomé lo llevara de la mano, pero al llegar al puerta se volvió para verla—. No debes llorar, mami, papito cuidará de nosotros.

Su fe en Dirk hizo que Alison se sintiera muy afectada y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para controlarse. En cuanto quedó sola, se desplomó en una silla, hundió su cara entre las manos para suavizar sus sollozos. *Papito cuidará de nosotros.* «¡Oh, Dios, si Ferdie pudiera comprender!». Incierta e insegura, se puso de pie para refugiarse en su dormitorio, donde nadie la turbaría.

Tornó un baño y se puso ropa más abrigadora antes de cenar, pero hiciera lo que hiciera, no podía olvidar el rostro de Dirk, cuando intentó ahorcarla; tampoco podía borrar de su mente la salvaje forma en la que la besó.

Fue un descanso desagradable el que hubo hasta la cena esa noche y un molesto esfuerzo el que tuvo que hacer para parecer natural hasta la hora en que se retiró a su dormitorio. Solo entonces pudo estudiar las notas que tomó por la tarde, pero no lograba

concentrarse, así que decidió ir a la cocina. Se preparó un café y se sentó en la mesa de la cocina en tanto que Salomé terminaba de lavar la vajilla. Le interrogó acerca de su familia. Su interés era sincero, pero también era un intento de mantenerse ocupada.

—Señora —le dijo la sirvienta cuando ya se disponía a retirarse a su casa—, no es cosa que me interesa, pero le ruego que no vuelva a abandonar al amo Dirk.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió cuando me fui?

—*Die duiwel was los op Bordeaux* —respondió en *afrikaans*[1]—. Solo hasta después que el amo Dirk dejó de buscarla, las cosas en la hacienda regresaron a la normalidad, aunque ya no fueron como antes.

Alison, contra su voluntad, la miró atentamente.

—¿Trató de encontrarme?

Salomé asintió mientras limpiaba con excesiva fuerza las puertas de la alacena.

—La buscó durante casi un año.

Parecía extraño que Dirk actuara así ya que no hizo el menor intento para impedirle que se marchara de *Bordeaux*. ¿Qué motivó ese cambio de actitud? No podía ser que ella le importara mucho. «No», se respondió en el acto. Sin embargo, le intrigaba la verdadera razón de esa prolongada búsqueda.

Se dio cuenta de que Salomé la observaba y le respondió con toda calma:

—No puedo prometer que no volveré a abandonar *Bordeaux*, pero sí puedo prometer que lo haré solo si el amo Dirk quiere que me marche de aquí.

Salomé asintió, dio las buenas noches y salió.

Die duiwel was los op Bordeaux… las palabras de Salomé martilleaban repetidamente en su cabeza mientras siguió en la cocina. *El demonio estuvo desenfrenado en Bordeaux*. Una amarga sonrisa asomó a su rostro. Dirk había actuado como el mismo demonio y la furia que mostró el día que ella se marchó debió ser algo de verdad terrible que aterró al personal de la hacienda. Pero la razón por la que volcó toda su cólera contra sus empleados era algo que Alison no comprendía ni justificaba.

Esa noche no pudo descansar bien. Kate significó para ella una gran ayuda, pero sabía que tendría que aprender todavía mucho. Sus caóticos pensamientos le ahuyentaron el sueño y, en consecuencia, el lunes se levantó muy temprano. Tomó una taza de café mucho antes que amaneciera.

Nerviosa aunque en apariencia calmada y tranquila, dejó a su hijo al cuidado de Salomé después del desayuno y se marchó a las oficinas en las que se ubicaba su apartamento. No conocía a nadie del personal y se presentó ella misma a las dos empleadas que despachaban los pedidos. Connie Hayward y Myrna Cawley se mostraron un tanto reservadas. Al parecer ya sabían de su llegada y la esperaban. La condujeron a una pequeña oficina que sería la suya.

La ayuda que le brindaron le resultó de gran utilidad desde las primeras labores del día. Para ellas era «la esposa del jefe» y en esa categoría la trataron. También se percató de que se preguntaba cuál era la situación de la pareja. Después de todo, repentinamente apareció salida casi de la nada y por lo tanto decidió tomar las cosas de la mejor manera posible.

El primer grupo de turistas llegó en un autobús poco después de las diez y media. El nerviosismo inicial se evaporó en cuanto los visitantes acogieron con interés sus primeras explicaciones. En silencio bendijo a Kate por su valiosa ayuda y hábiles consejos del día anterior, y más aún cuando descubrió que Dirk la observaba en las cavas. Su presencia la alteró por breves momentos, pero estaba resuelta a no fracasar. Cuando volvió a buscarlo, él había desaparecido.

Una vez que terminaron el recorrido por las bodegas, Alison condujo al grupo a la sala de degustación, donde Connie y Myrna la auxiliaron para que cada uno de los visitantes pudiera probar los vinos de *Bordeaux*. Esto se hacía con el propósito de ganar clientes.

Después de su primer día de trabajo, estaba agotada, pero satisfecha con la labor que desempeñó. Varias cosas sucedieron en las que Dirk pudo encontrar fallas, mas no decayó su entusiasmo ni su decisión. Todavía tendría que aprender una gran cantidad de detalles y características respecto a los diferentes vinos que se elaboraran allí y lo lograría.

Su segundo día de labores le resultó más fácil. En el tercero,

cuando regresaba de un almuerzo rápido, se encontró con Mike Petzer. Alto y delgado, de alegres ojos azules y cabello maltratado por el sol, le tendió con gran cordialidad su mano para darle la bienvenida.

—Encantado de tu regreso, Alison.

—Gracias, Mike —le sonrió afectuosa al saludarlo—. ¿Cómo estás?

—Casado…

—Sí, me enteré de eso.

—Estuve fuera unos cuantos días, si no hubiera sido por eso, te habría hablado antes. Espero que en alguna ocasión puedas ir a la casa para presentarte a Erika, mi esposa.

Su actitud era franca, sencilla y agradable, como si ella no se hubiera alejado por tantos años.

—Tendré mucho gusto en conocer a tu esposa.

—Aquí viene el jefe —así terminó su conversación en forma brusca—. Ya nos veremos en otra ocasión.

Caminó con rapidez hacia los viñedos y solo cuando se perdió de vista a lo lejos, se volvió lentamente para enfrentarse con Dirk. Llegó junto a ella, la tomó por un brazo con fuerza y la condujo a la sombra del edificio. Myrna y Connie los siguieron con mirada curiosa hasta la oficina de Alison, donde él cerró la puerta.

Era la primera ocasión en la que se encontraban frente a frente desde la terrible escena del domingo en la tarde. No importaba cuánto trató de borrar aquel momento en el que la estrujó entre sus brazos, no podía olvidarlo y pensaba que ahora, en el reducido espacio de su oficina, se repetiría aquella situación. Bronceado y muy varonil, todavía tenía el poder de alterarla peligrosamente. Puso entre ellos el pequeño espacio que ocupaba su escritorio y esperó a que él hablara.

—Supongo que ya sabes que Mike está casado —rompió así el pesado silencio inicial y se sintió ofendida por la velada acusación.

—Supones correctamente.

—Erika se encuentra en los últimos meses del embarazo y no quiero que sufra ningún disgusto.

Hablaba con voz baja, pero como el murmullo que preludia una tormenta.

—Tu preocupación por Erika Petzer es digna de elogio, debo

decirlo, mas no tendrás nada que temer respecto a mi actitud y no merezco ningún reproche por tener amistad con Mike.

—No habrá necesidad de que te reproche nada si mantienes esa relación en el terreno amistoso… y nada más.

Con esfuerzo, Alison contuvo las airadas palabras que iba a decirle porque pensó que era más prudente cambiar el tema.

—Estoy segura de que ésta es la única razón por la que me quisiste ver.

Su actitud amenazante se suavizó un poco, pero su mirada seguía fría cuando examinó el vestido de lana verde que lucía Alison y que compró el invierno anterior. Después le informó:

—He invitado a comer a siete personas para el viernes próximo, vendrán por la noche. Deberás supervisar los platillos que ofreceré y actuarás como anfitriona.

—Estoy en lo cierto al deducir que al ser anfitriona no implica que deba sentarme a la mesa ¿verdad? —le preguntó para estar más segura de la actitud que debería asumir.

—Tu deducción es correcta.

Confirmó sus sospechas de que no tendría ese consuelo que se imaginó; se sintió profundamente decepcionada y su furia la desahogó con la única arma de que disponía, la ironía:

—¿Tendré que actuar como una sirvienta especial?

—Para eso te pago —le contestó con brusquedad.

Se observaron en silencio.

—¿Puedo conocer los nombres de tus invitados para saber en qué orden debo sentarlos a la mesa? —preguntó con calma, con un tono de voz completamente profesional que hasta a ella misma la sorprendió y, tomando papel y lápiz, esperó a que se los diera.

—Invité al matrimonio Anderson y al De Wit, de las haciendas vecinas y también a los Basson, de Paarl.

Alison conocía a Ivy y Fred Basson porque vivió con ellos durante las semanas anteriores a su matrimonio con Dirk.

—Esto hace que sean seis personas —le recordó.

—Yvette Paulson será la séptima.

—Debí suponer que ella sería —comentó con una amargura apenas disimulada, manteniendo sus ojos bajos, fijos en sus apuntes para ocultar su dolor—. Por supuesto que Yvette no podía faltar a ningún festejo de *Bordeaux*. Es una situación que todavía subsiste.

—¿Y por qué habría de cambiar?

—Ninguna razón especial podría haber, solo pensé con voz alta. ¿Hay alguna preferencia en lo referente a los platillos?

—No, ninguna, excepto que deben tener la calidad tradicional que ofrecemos en *Bordeaux*.

Brotó otra vez la amenaza velada cuando agregó:

—Si haces cualquier tontería, quedarás despedida.

Ya lo suponía, pero lo confirmó con plenitud: Dirk intentaba hacerle la vida insoportable.

—Haré lo mejor que pueda.

—No aceptaré nada inferior a lo mejor.

Después que él se marchó y se quedó sola en su oficina, aún sentía la presencia de Dirk. No comprendía bien la razón por la cual le permitía que la ofendiera y humillara de tal modo. Ya no era la joven inexperta que él conoció, sino una mujer de veinticuatro años acostumbrada a resolver sus problemas. Entonces ¿por qué dejaba que la hiciera en tal forma? ¿Por qué todavía ejercía tanto poder sobre ella?

Capítulo 5

La cena de la noche del viernes fue un éxito. Discutió los platillos con el personal de la cocina y seleccionó los mejores vinos de la casa. La preparación de los alimentos se hizo bajo su supervisión. Esto, aunado a su actividad rutinaria la ayudó a mantenerse distraída. Cuando al fin tuvo tiempo para mirarse en el espejo, se preguntó si quedaría todo a satisfacción de Dirk.

El vestido negro que escogió para esa noche acentuaba el tono de su piel. Por razones prácticas, su pelo estaba recogido atrás de la cabeza. Al examinarse, comprobó que su aspecto era tranquilo y refinado, a pesar de su nerviosismo.

Ferdie estaba ya bañado cuando Alison entró en la cocina. Salomé se volvió para verla con detenimiento.

—Deja mi cena en la estufa, yo la tomaré después.

—No lo entiendo, ¿por qué no va a cenar con el amo Dirk?

—Ya te lo expliqué, no estoy invitada.

—Pero, señora…

—Y por favor, procura que mi hijo se acueste a la hora de costumbre —así cortó la protesta que hacía la sirvienta.

—¿No puedo desvelarme un poco esta noche?

—Quiero que te vayas a la cama a las siete. Es una orden.

—Mamita…

—Sin discusión —le dio un ligero beso en la frente y salió a cumplir con sus obligaciones.

Era una noche fría por lo que agradeció la tibieza que se sentía en el interior de la casa cuando llegó al comedor. Con ojo crítico revisó la disposición de la mesa, el servicio de plata, ya colocado sobre el blanco mantel de damasco y las servilletas. Las velas estaban en los candelabros, también de plata, listas para encenderlas antes que se iniciara la cena y el arreglo floral de crisantemos amarillos, en el centro de la mesa, le daban un toque refinado.

Se preguntó dónde estaría Dirk, pero tenía muchas cosas qué atender por lo que terminó de examinar el comedor y se dirigió a la cocina para comprobar que todo estuviera en orden y bien

dispuesto. Los entremeses de camarones se encontraban en el refrigerador, listos para servirse. El personal de servicio le aseguró que el cordero asado quedó suculento y que estaría a tiempo cuando se sacara del horno. Las verduras frescas para la ensalada, relucían para mezclarse a la hora oportuna. El postre de manzanas rellenas se encontraba en el hornillo especial para mantenerlo caliente, con su aderezo de canela. Los vinos tintos fueron decantados temprano para que se tonificaran y tuvieran mejor *bouquet* y que tomaran la consistencia suave que acentúa su calidad.

El timbre de la puerta se escuchó. Alison miró el reloj de la cocina. Las seis y media marcaba ya, los primeros invitados llegaban. Salió con prontitud del vestíbulo para recibirlos.

Dirk llegó al vestíbulo en el momento en que ella tomaba los abrigos del matrimonio De Wit, lo mismo que los de los esposos Anderson. Sus miradas curiosas la incomodaron, pero la presencia de Dirk la turbó más aún. Alison lo contempló furtivamente, como una adolescente admira a su artista favorito, pero por fortuna, él no lo notó por saludar a sus invitados, a quienes condujo a la sala para tomar un aperitivo antes de cenar.

«¡Domínate!», se dijo cuando se disponía a dejar los abrigos en el mueble adecuado, que se encontraba dispuesto en el propio vestíbulo. No bien terminó de hacerlo, cuando se escuchó otra vez el timbre.

En esta ocasión fueron Ivy y Fred Basson. De mediana edad, efusivos y amistosos, obviamente sabían que ella se encontraba allí y le demostraron sincera alegría y gran afecto al poder reanudar su amistad. Pero la alegría se trocó en sorpresa, cuando tomó sus abrigos y les indicó que pasaran a la sala.

—¿No se va a reunir con nosotros? —cuestionó Ivy.

—Trabajo aquí en beneficio de la salud de mi hijo.

—Pero…

—¡Ah! Llegaron ustedes —la voz de Dirk interrumpió la protesta de la señora Basson y Alison casi se sintió aliviada en cuanto la tomó por el brazo para conducirla a ella y a su esposo con el resto de los invitados.

La única que no había llegado era Yvette, pero Alison ya sabía que jamás era puntual. Diez minutos más tarde, el timbre anunció la llegada triunfal de Yvette.

Estaba más hermosa de como Alison la recordaba. Bajo un abrigo de pieles, de color blanco, un elegante vestido acentuaba las curvas de su cuerpo alto y proporcionado y oscurecía el color de sus ojos grises. Había recogido su cabello negro en un peinado de última moda que hacía destacar aún más la esbeltez de su largo cuello sobre el que un ostentoso zafiro, rodeado de brillantes, lanzaba destellos luminosos. Tenía un aspecto de gran inocencia y unos labios muy atractivos que, como siempre, lanzaban veneno cuando se dirigían a Alison.

—¡De modo que regresaste! Me pregunto por cuánto tiempo.

Con gran dificultad se contuvo para no lanzarle una réplica dura y con una agradable sonrisa le preguntó:

—¿Puedo tomar tu abrigo?

La atención de Yvette se encontraba dispersa por todas partes cuando dejó caer descuidadamente la prenda en las manos de Alison.

—¡Dirk, querido! —exclamó con voz melosa y con rapidez cruzó el vestíbulo para ir a su encuentro con ambos brazos abiertos. Alison inclinó la cabeza, quedándose helada, cuando Dirk la recibió con un abrazo y la besó ligeramente en la mejilla.

Fue como si le volvieran a exhibir en una película lo que antes sucedió. Yvette estaba de pie rodeada por los brazos de Dirk que le sonreía cariñoso.

—Me alegro que hayas venido —le dijo él mientras, todavía rodeándola por la cintura con un brazo, la condujo hacia la sala.

—Tú sabes bien que no puedo rechazar una invitación tuya, querido —le respondió provocativa, reclinando su cabeza en el hombro de Dirk, quien aprovechó la oportunidad para lanzar una mirada furtiva a Alison, viéndola burlón.

Poco después, ya sola en el vestíbulo, se dio cuenta de que oprimía el abrigo de Yvette con tal fuerza, que sus dedos le dolieron; se dirigió a colgarlo. El perfume que emanaba de las pieles, le clavó un dardo en el corazón con los recuerdos de aquella tarde después que el médico le confirmara su embarazo, cuando llegó al estudio para encontrar a su esposo abrazando a Yvette. Por la impresión, no pudo retirarse y permaneció paralizada en un estado de anonadamiento e inseguridad.

Resurgió el recuerdo de aquella escena en forma tan vivida

como si hubiera ocurrido el día anterior. Se mantuvo con la esperanza de que hubiera algún tipo de explicación, pero no hubo ninguna, salió del estudio dejándolos que continuaran, presumiblemente, uno en brazos del otro. Más tarde, cuando se decidió a pedir una explicación, Dirk estalló en un acceso de furia que no solucionó nada y que, al final, propició que ella abandonara *Bordeaux*. Ahora no era tiempo de recordar las angustiantes situaciones del pasado, lo sabía muy bien.

Tardó en recuperarse, pero se sentía como si hubiera transcurrido una eternidad antes que pudiera controlarse por completo y regresar a la cocina para hacerse cargo de los preparativos hasta que fuera el momento oportuno de encender las velas en el comedor y anunciar que la cena estaba lista.

Desde el punto de vista culinario, la noche fue todo un éxito pero para Alison fue una situación de constante agonía. Le afectó no nada más cuando se vio impedida de responder a los esposos Basson cuando trataron de entablar conversación con ella al servirles los platillos, sino también en cada ocasión en la que se encontró con la franca hostilidad del anfitrión, pero de algún modo pudo mantenerse, en apariencia, tranquila y natural.

La conversación entre los invitados, durante la cena, fue agradable y vivaz, pero el ambiente tuvo algo de tensión. Alison no conocía al matrimonio De Wit ni al de los Anderson. Ambos se mostraron un tanto intrigados por la presencia de ella, pero los esposos Basson se encontraban también intrigados por razones diferentes puesto que ellos sí sabían que era la esposa de Dirk.

—Eres una sirvienta encantadora —le dijo Yvette cuando llevó el café; su voz fue melosa pero muy fingida y sarcástica—. Espero que no te molestes, Alison, pero no sabía que tenías tantas cualidades.

La conversación general se paralizó y por unos segundos que parecieron interminables, los invitados estuvieron en absoluto silencio mientras sus expresiones variaban desde gran curiosidad hasta asombro. Todas las miradas se concentraron en ella en espera de su reacción que supusieron violenta.

Con la misma calma que aparentó toda la noche, tomó la jarrita de plata de la leche del carrito del servicio y un plato, para preguntarle:

—Tú prefieres tu leche, ¿verdad? —le daba a entender que actuaba como una gata consentida.

La alusión hizo su efecto, y con ojos centelleantes, Yvette se levantó de un salto en medio de las risas difícilmente contenidas de todos los comensales, excepto de Dirk.

—¡Cómo te atreves! —exclamó colérica y se volvió hacia Dirk—. ¿Vas a permitir que me insulte de esta manera?

La furia contenida de Dirk casi la incendió cuando pasó junto a ella al acariciar gentilmente el hombro de Yvette diciéndole:

—Hablaré con ella después. ¡Toma asiento otra vez y cálmate!

Nadie habló mientras Alison sirvió el café, pero pudo observar que Fred Basson le guiñó un ojo animándola. Después la conversación se reanudó poco a poco.

Alison no se sentía orgullosa de su conducta y el resto de la velada fue un verdadero tormento. Cuando los invitados empezaron a marcharse, después de las diez de la noche. Tuvo que estar presente para entregarles sus respectivos abrigos y darles las buenas noches, pero Yvette continuaba aún en la sala. Pensó que Dirk podía atenderla y decidió hacer un último recorrido de supervisión a la cocina. Después salió por la puerta posterior y se dirigió de prisa a su apartamento. La luz encendida en la sala le sirvió de guía.

Salomé se levantó en cuanto Alison entró en la cocina. Sus ojos la interrogaban al notarle su expresión preocupada pero, respetuosamente, no hizo comentario alguno, nada más sacó su cena y se la puso sobre la mesa de la cocina antes de darle las buenas noches y marcharse a su casa.

Apoyó los codos sobre la mesa y miró los alimentos. El guiso tenía aspecto y aroma apetitosos, pero se encontraba muy tensa para probar un bocado. Los acontecimientos de las últimas horas era algo que jamás hubiera deseado ni a su peor enemiga. Las venenosas frases de Yvette la continuaron torturando.

—Eres una sirvienta encantadora. Espero que no te molestes Alison, pero no sabía que tenías tantas cualidades.

En vez de reprimir a Yvette por herir así a Alison, Dirk procuró calmar a la agresora con sorprendente gentileza.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué razón permitió que Yvette arruinara su matrimonio y por qué todavía permitía que la insultara?

La puerta de la cocina se abrió de improviso y apareció Dirk, todavía ataviado con su impecable traje. Después cerró la puerta y se aproximó a la mesa. La observó fríamente y en seguida a la cena.

Le invadió un gran nerviosismo como si fuera una colegiala enfrentada a la directora, pero su voz era fría y con un sarcasmo desacostumbrado cuando se anticipó y le preguntó:

—¿Resultó todo a tu satisfacción?

—Todo, excepto la forma como te comportaste con Yvette.

—¿Pretendías que ignorara su comportamiento conmigo?

—Era mi invitada.

—¿Y yo qué soy?

—Una sirvienta a quien se le paga. Yvette lo precisó con claridad.

Ya se lo había dicho antes, pero en esta ocasión se lo dijo con tal acritud que se acobardó por completo.

—Pudiste divorciarte de mí para casarte con Yvette. ¿Por qué no lo hiciste, Dirk?

—Tenía y tengo todos los derechos para obtener el divorcio, pero me convenía continuar casado contigo.

—Quieres decir, supongo, que podías obtener todo lo que quisieras sin preocuparte por tu estado civil.

—Cuida tu lengua, de lo contrario olvidaré que eres la madre de mi hijo y te sacaré de aquí —esta amenaza la impresionó y comprendió que había ido demasiado lejos.

—Te agradezco que me concedas esa categoría que, por lo menos, está por encima de tus demás sirvientes.

El silencio que reinó entre ambos se prolongó.

—Te lo advierto por primera y única vez —amenazó Dirk—. Debes ser muy cuidadosa en tu trato con Yvette o te arrepentirás durante toda tu vida.

—¿Tan importante es para ti?

—Sí.

No hubo la menor duda, fue una afirmación rotunda.

—Ya comprendo —murmuró con tono ronco y grave, con la mirada baja para disimular su angustia.

—¿Papito? —la infantil voz de Ferdie se escuchó detrás de la puerta de la cocina y poco después, se abrió para que apareciera con su pijama y el cabello despeinado.

—¡Hola, hijo! —exclamó Dirk cambiando con gran facilidad su actitud—. ¿Por qué no te has dormido?

—Sí lo hice, pero desperté al oírte hablar con mamita.

—¿Quieres un vaso de leche? —le preguntó Alison.

—No, mami, gracias.

—Entonces tienes que regresar a acostarte, muchacho mío —ordenó su padre. Lo tomó de la mano y lo condujo hacia la puerta.

—Mamita, ¿vienes tú también? —le preguntó volviendo el rostro.

—Sí, por supuesto —se unió a su hijo.

Siguió a Dirk por el pasillo escasamente iluminado y en cuanto llegaron al dormitorio, los dos acostaron al pequeño. Le pareció extraña esta escena familiar, pero comprendió con tristeza que no había tal familia. Ella no tendría sitio en la vida de Dirk y lo peor de todo era que todavía amaba a ese hombre sin corazón.

—Debemos tener más cuidado en el futuro con lo que nos digamos cuando Ferdie pueda encontrarse cerca —le dijo él una vez que ambos regresaron a la cocina un poco más tarde.

—Dirk, lo siento… en realidad yo…

Endureció su mandíbula y crispó a ambos lados sus puños como si la incipiente disculpa lo hubiera violentado más. En seguida salió con rapidez del apartamento dejándola frente a su cena, ya fría y una frialdad mayor en su corazón.

Sabiendo cuáles eran sus sentimientos hacia Dirk, vivir en *Bordeaux* le resultaría mucho más difícil. Recibía un salario astronómico, pero a medida que pasaron las semanas comprendió que Dirk la hacía trabajar como una esclava. Su jornada diaria la mantenía ocupada con los visitantes, sin importar el clima imperante. El autobús llegaba colmado de turistas todos los días, a la hora programada, para que recorrieran la hacienda y se enteraran de los complicados procedimientos que requiere la elaboración de los vinos.

Alison no se sorprendió de que aprendiera más acerca de la industria vinícola a medida que el tiempo transcurría. También su trabajo se fue ampliando, pues intervino en conferencias y subastas vinícolas, se entrevistó con algunos posibles clientes, además de

hacerse cargo de la publicidad. Tenía una gran cantidad de trabajo pero Connie y Myrna le significaban una valiosa ayuda después que el recelo inicial fue superado. Cuando Dirk no la requería como anfitriona para sus numerosas amistades y socios, se pasaba las noches preparando su trabajo para el día siguiente por lo que era muy frecuente que se retirara a descansar hasta la media noche.

Había una sola razón por la que encontraba que tanto trabajo valía la pena: Ferdie mejoraba con rapidez en este clima. Desde su llegada a *Bordeaux* solo había tenido un ligero ataque de asma como consecuencia de un día lluvioso, frío y húmedo. Alison escuchó entonces el ya conocido estertor ronco en su pecho cuando se sentaron a almorzar y de inmediato le dio las medicinas que el doctor Samuels le había recetado. Se mantuvo atenta, con mayor empeño, desde esa vez, pero no volvió a padecerlo ni siquiera en invierno.

Tenía poca oportunidad de llevar vida social. Había conocido a la esposa de Mike Petzer, Erika, fue durante una breve visita poco después del nacimiento de su hija. A Kate y a Rhyno solo podía verlos cuando llegaban a la hacienda.

—¡Es ridículo! —explotó en una ocasión Kate cuando se separó de la reunión para encontrarse con Alison en la cocina—. Tu sitio está allá adentro, con nosotros. No me explico cómo puedes tolerar la descarada actitud de Yvette.

—¡Por favor Kate! —la contuvo con voz suave, lanzando una mirada nerviosa hacia la puerta ante el temor de que Dirk se presentara y alcanzara a escuchar la charla—. Te agradezco mucho tu interés, pero para hacer este trabajo me paga y lo desempeñaré aunque me cueste la vida.

Los ojos de Kate lanzaron destellos de cólera.

—Nunca imaginé que Dirk se pudiera comportar de esta forma.

—También yo lo herí cuando lo abandoné y no le dije que esperaba a Ferdie.

—¿Y qué hay respecto a tus propias heridas sentimentales? ¿No tienen ninguna importancia?

—Hay muchas cosas que no comprendes, Kate.

—¡Y que me lo digas tú! —le respondió con sequedad—. He visto a Yvette insultarte y humillarte en presencia de Dirk y te he visto aceptar eso sin una queja. ¿Por qué, Alison? ¿Por qué permites

que lo haga y por qué Dirk lo permite?

Alison evitó la mirada inquisitiva de su amiga; mantuvo su vista fija en su plato y agregó:

—La felicidad de Yvette es vital para Dirk.

—¿Le interesa a tal grado que puede permanecer impasible viendo que en su misma presencia te humille? ¡Por amor de Dios, Alison, tú eres su esposa!

—Cuando me fui, perdí el derecho de que él me prefiriera.

—¡No lo puedo creer!

—¿Por qué?

Dirk había entrado silenciosamente en la cocina. Miedo y amor brotaron de inmediato en el pecho de Alison a su simple presencia, pero Kate impávida, se volvió resuelta y le dijo furiosa:

—No creo que esté correcto que trates a tu esposa de esta forma abominable frente a todas tus amistades y socios —fue tan repentina su acción que Alison no pudo impedirle que hablara. Continuó—: La forma como aprovechas la humillación de Alison me subleva y ya es tiempo de que alguien tenga el valor de reprochártelo.

Un silencio impresionante siguió a la declaración de Kate.

—Te agradeceré que no interfieras en las cosas que no te interesan, Kate.

—Tienen que interesarme porque se trata de una amiga a la que aprecio —le replicó con resolución sin sentirse intimidada y volviéndose a Alison, añadió—: Creo que es tiempo de que Rhyno y yo nos marchemos, por lo tanto, te damos las buenas noches.

Sin más que una mirada superficial hacia él, se marchó Kate de la cocina.

—¡Lo lamento, Dirk! Kate no entiende algunas cosas y debes disculparla.

—Supongo que te quejaste con ella del trato que recibes aquí.

—No, no hice nada de eso.

—¿Qué propició la escena que acabamos de tener?

—Ya te lo dije, Dirk, ella… ella no entiende.

De repente, se acercó y con las dos manos la tomó por el cuello, obligándola con los pulgares a que levantara la cara hacia él para decirle, amenazante:

—A veces no entiendo mi propia moderación. Me podía haber

ahorrado mucha cólera y frustración quitándote a Ferdie y mandándote a ti al infierno, que es a donde perteneces.

Había mucho odio en sus palabras y Alison sintió deseos incontenibles de llorar.

—¡Oh, aquí estás, querido! —la melosa voz de Yvette hizo que Dirk se retirara con rapidez de Alison—. Todos nos preguntábamos qué habría sucedido contigo.

—Surgió un pequeño problema que había que corregir de inmediato —le contestó con suavidad en tanto que Yvette le deslizó su brazo a su alrededor.

—Fallaste en tu trabajo, ¿verdad, Alison? —comentó Yvette con una sonrisa que destilaba veneno.

La risa corta de Dirk mientras se alejaba con Yvette, solo sirvió para agregar insulto a la injuria y, colérica en grado extremo, Alison tomó la fuente de los postres con el deseo de estrellarlo contra la pared como un desahogo a sus sentimientos, pero se contuvo de inmediato y, con hondo suspiro llevó los postres a la sala.

Kate y Rhyno se despedían cuando entró Alison en la sala. Los hombres se estrechaban las manos como si nada hubiera sucedido, pero Kate solo clavó su mirada en él a lo que Dirk contestó con simple alzamiento de cejas. Por lo menos, no quedaron como enemigos declarados.

La fiesta continuó hasta las primeras horas del sábado, pero Alison se retiró después de las once de la noche, cuando Dirk le informó que ya no necesitarían sus servicios.

Demasiado tensa para dormir, se cambió de ropa y se puso su pijama y se arrellanó en un sillón frente al fuego. Tomó un libro con la intención de leer, pero lo dejó sobre la mesita que había junto al sillón. Dirk le dijo que deseaba enviarla al infierno, mas no había necesidad de mandarla allá porque ya ella estaba cautiva en su propia hoguera. Se encontraba en un infierno constituido por dolor, desolación y desesperación que nunca disminuía y mientras recordó cada uno de los errores que había cometido en el pasado, se encontró menos inclinada a culpar a Dirk por el fracaso de su matrimonio. Ella era demasiado joven y tal vez esperaba mucho más del matrimonio.

Cerró sus irritados ojos, suspiró en silencio y se reclinó en el respaldo del sillón. Lo que le resultaba incomprensible era la

relación que tenía Dirk con Yvette Paulson. ¿Era amor lo que los lanzaba a estar constantemente uno en brazos del otro? ¿Por qué entonces no se había casado con Yvette?

Las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos cerrados, pero en esta ocasión no trató de impedirlas y dejó que cayeran libremente por sus mejillas. Hubiera dado cualquier cosa por quedarse en Ciudad del Cabo. Tuvo allí una vida apacible y sin los sufrimientos y las angustias que ahora padecía, pero era inútil volver la vista al pasado. Era mejor enfrentar el futuro, aunque se le presentaba oscuro y sombrío, como el cielo sin estrellas de esa noche.

Ya era mucho más de la media noche cuando dejó la tibieza de la sala para irse a la cama.

Capítulo 6

El sol apenas se había elevado sobre las montañas Klein Drakenstein cuando Alison se despertó al escuchar que alguien entraba en su dormitorio. Abrió con dificultad los ojos para ver que Ferdie se aproximaba a su cama. Se encontraba ya vestido con sus favoritos jeans y una camisa a cuadros, caminaba de puntillas para no hacer demasiado ruido, pero cuando se dio cuenta de que Alison estaba despierta, saltó de inmediato a la cama.

—¿No vas a levantarte esta mañana? —le preguntó con disgusto infantil.

—Es la primera vez en muchas semanas, que puedo permanecer en la cama un poco más.

—Salomé ya está preparando la *omelette* de queso.

—Supongo que eso quiere decir que debo levantarme.

—Sí —le respondió excitado—. ¡Levántate… levántate… levántate…!

—¡Oh, qué he hecho para merecer esto! ¿Qué he hecho? —preguntó de buen humor. Después lo levantó para ponerlo de pie en la alfombra y simuló luchar con él.

—¡Te quiero mucho, mamita! —exclamó de improviso en cuanto cesaron las risas de ambos y la abrazó con todas sus fuerzas por el cuello.

—Yo también te quiero mucho —le respondió con ternura, acariciándolo en su cabellera.

—También quiero mucho a papito —añadió, retirándose un poco para observarla con cierta cautela.

—Me da mucho gusto que lo quieras —murmuró.

—¿Tú también quieres a papito?

Tal pregunta la tomó por sorpresa y se quedó sin habla por un momento.

—Mis sentimientos hacia tu padre no quiero discutirlos ahora; ¿por qué no te vas y esperas en la cocina mientras me visto y así podemos desayunar juntos?

—Está bien —se desprendió de sus brazos y cuando llegaba a la puerta, se volvió para verla y decirle—: Me gusta mucho estar aquí

en la hacienda.

Después que el niño se marchó, se quedó sentada, preguntándose qué propiciaría que Ferdie le hiciera esa pregunta. ¿Sería posible que él se hubiera adaptado tan fácilmente a su nuevo estilo de vida y que el medio que lo rodeaba le gustara tanto que temiera que lo alejaran de allí y de su padre a quien había aprendido a querer? ¿Su hijo se sentiría feliz al permanecer en la hacienda aun sin ella?

Procuró alejar estos pensamientos depresivos de su mente y, media hora más tarde, cuando entró en la cocina para desayunar con Ferdie, estaba vestida con pantalones y suéter. Disfrutó plenamente esos momentos que estuvo con su hijo a solas, aunque tales oportunidades se volvían menos frecuentes a medida que el tiempo transcurría debido a su exagerada carga de trabajo.

Este era el primer sábado que tendría libre desde que llegó a *Bordeaux* y cuando Ferdie salió a jugar, tomó su cuaderno de apuntes y formuló la lista de todo lo que debería buscar en la ciudad. Ya casi la terminaba cuando sonó el teléfono que Dirk mandó instalar en la sala, desde hacía algunas semanas.

«¡Oh, no!», pensó desalentada. «No me digan que Dirk encontró que debo hacer algo en éste que iba a ser mi primer fin de semana libre.»

Contestó disgustada y por ello cuestionó Kate:

—¿Interrumpo algo importante?

—Por supuesto que no —contestó aliviada—. Creí que era Dirk y me preparaba para darle la batalla.

—Hablando de él, la otra noche me excedí y debo disculparme. Quise ayudarte y empeoré la situación, yo…

—¡Kate, por favor! Lo que hiciste fue porque eres mi amiga y te lo agradezco.

—Quisiera perdonarme yo tan fácilmente —dijo casi con un gemido y en seguida cambió el tema—: ¿Estás libre esta tarde?

—Hasta ahora, sí.

—¿Te gustaría venir a tomar el té conmigo y charlar un poco? Dios sabe que te veo muy rara vez.

—¡Gracias, me encantará!

—¡Magnífico!

Alison regresó a la cocina para terminar la relación de las

compras que debería hacer, pero ahora se encontraba de mucho mejor humor y cuando se dirigía a Paarl con Ferdie a su lado, estaba muy animada.

Era una mañana tibia y con sol, en el cielo ni una nube empañaba el azul radiante. Le compró ropa al niño, quien había crecido durante los últimos meses. Terminaron la mañana en un salón de té, donde contempló con deleite a su hijo que se tomó varios pastelillos de crema. Resultaba difícil creer que su hijo fuera el mismo que ella tuvo que cuidar con tanto esmero cuando luchaba angustiosamente para respirar. Ya no estaba pálido, débil ni apático sino que se había convertido en un muchachito bronceado, de aspecto sano, con ojos vivaces y mejillas sonrosadas. A pesar de las circunstancias de su llegada a *Bordeaux*, le agradecía a Dirk el que hubiera propiciado el cambio tan notable en la salud del hijo de ambos.

El hijo de ambos. Esta frase que, por lo regular muestra la unidad familiar, no podía aplicarse en su caso.

Regresaron a *Bordeaux* poco antes de la hora del almuerzo. Salomé salió para ayudarle a bajar los paquetes con las compras. Los pastelillos y el té le quitaron el apetito, pero Ferdie lo tomó todo a pesar de lo que había comido antes.

—Lávate la cara y las manos y ponte una camisa limpia —le ordenó cuando terminó su almuerzo—. Vamos a visitar a tía Kate.

—No puedo ir —le respondió cuando la seguía hacia la sala.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a recorrer los viñedos con papito esta tarde.

—¡Oh!

—Tú también puedes venir con nosotros.

—No, no lo pienso así, pero de todos modos, debes asearte y cambiarte esa camisa por otra limpia —procuró ocultar su disgusto.

—¿Tengo que hacerlo?

—Obedece a tu madre —ordenó Dirk desde la puerta que Alison dejó abierta para permitir que entrara aire fresco.

—Sí, papito —y sin mayores protestas se marchó.

—Vamos a supervisar los trabajos de poda de las vides y a prepararlas para la hueva cosecha; también examinaremos los nuevos injertos —le explicó Dirk—. Ferdie estará seguro conmigo en el camión.

—Lo sé muy bien, él te ha tomado mucho cariño.

Hubiera querido no decir lo anterior cuando vio el destello de ironía con la que contestó:

—Supongo que eso no te disgusta.

—No, en absoluto —volvió el rostro para que no pudiera darse cuenta de su disgusto, pero agregó—: Todo niño necesita un padre a quien querer y respetar.

Dirk se acercó a ella por su espalda. Apoyó sus toscas manos en los hombros de la chica, cuyo pulso se aceleró.

—Un niño también necesita a su madre —aseguró con tono grave y severo, haciéndola volver el rostro hacia él.

—Estoy listo, papito —anunció Ferdie en tanto que su mirada iba alternadamente de uno a la otra. Dirk retiró sus manos de los hombros de Alison.

—Vamos entonces —lo sujetó de una mano.

—Voy a ir a *Solitaire* esta tarde —le anunció Alison como si esperara que Dirk tuviera algo qué comentar a ese respecto; pero él solo respondió con simple asentimiento breve de su cabeza.

Ella los siguió con la vista hasta el camión que había quedado afuera. Pocos momentos después se quedó sola contemplando las nubecillas de polvo que levantaban las ruedas.

Bordeaux era una hacienda hermosa, pero la tensión que en ella había era mucho mayor que en *Solitaire*, por lo que ésta parecía un oasis de tranquilidad y paz cuando las amigas tomaron el té en la terraza. Eloise jugaba sentada sobre una manta, rodeada por sus juguetes, feliz bajo el tibio sol de la tarde invernal.

La conversación de Kate variaba, con naturalidad, acerca de las actividades en la hacienda. Tenía un activo interés en todo lo que se relacionaba con *Solitaire* y Alison se dio cuenta de que estaba aprendiendo mucho más respecto a la vinicultura de lo que se pudo imaginar. La poda de las vides era una operación muy delicada y se necesitaba que se le pusiera mucha atención, pues de esa labor dependía en gran parte el éxito de la siguiente cosecha.

La charla derivó, inevitablemente hacia Dirk cuando Kate dijo:

—Ya sé que no es cosa que me importe, Alison, pero ¿cuánto tiempo vas a trabajar bajo las actuales condiciones?

—Para siempre, si es necesario —le respondió con determinación—. No quiero perder a Ferdie.

—Dirk me recuerda en muchos aspectos, a mi padre —precisó Kate—. Él nunca aceptó que se discutieran sus decisiones y muy rara vez se decidía a dar explicaciones de sus actos. No nada más esperaba, sino que exigía plena confianza y obediencia de quienes estaban a su alrededor. Esto hizo que los extraños no pudieran comprenderlo —sonrió maliciosa—. Hubo ocasiones en que ni yo misma lograba entenderlo.

—Esa podía ser una descripción de Dirk. Ni siquiera cuando nuestro matrimonio estaba en juego olvidó sus rígidos principios para dar una explicación.

—¿No confías en él?

—Sí, al principio, pero… —suspiró, hizo un gesto de desconsuelo—, pero la confianza necesita que la cultiven, como todo en este mundo y la mía empezó a desvanecerse cuando constantemente me encontraba a Yvette adherida a él. Al preguntarle la causa, no me satisfizo su respuesta y mis sospechas empezaron a construir una barrera entre nosotros que llegó a ser demasiado sólida para derribarla.

—Debe haber algún motivo para esto.

—La hay. Él se ha preocupado siempre más por Yvette que por mí.

—No quiero ni puedo creer eso.

—No hay otra explicación, según mi modo de pensar —encogió los hombros y sutilmente cambió la conversación—. Eloise ha crecido muchísimo desde la primera vez que la vi.

—Y es el delirio de su padre —sonrió al tiempo que subía a su hija en su regazo y le quitaba de las manos un pastelillo, limpiándoselas después con una servilleta—. Rhyno dice que tiene mi detestable temperamento y su férrea determinación, lo que hace una combinación electrizante.

—¿Eres feliz en tu matrimonio, Kate?

—Sí, desde luego —le contestó sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas?

Se sintió de repente muy incómoda bajo la mirada de su amiga y, para ocultarlo, aparentó sacudir una mancha inexistente en su falda.

—Hay rumores, creo que son simples rumores, de que te viste forzada a casarte con Rhyno.

Durante el silencio que siguió, Alison observó los destellos de ira en los ojos de Kate, pero pronto se esfumaron para dar paso a una expresión triste y extraña en ella.

—Sí, es cierto. Mi padre insistió en este matrimonio si es que quería heredar la hacienda. Lo odié por eso, casi tanto, como pensé que odiaba a Rhyno en aquel tiempo.

—¿De veras?

—En realidad era resentimiento —le explicó, mientras colocaba a Eloise en la manta en la que se encontraban sus juguetes. En seguida se sirvió una segunda taza de té y otra para Alison antes de reanudar su explicación—. Siempre pensé que algún día me haría cargo de la administración de la hacienda, pero mi padre tenía una opinión diferente y contrató a Rhyno para que dirigiera *Solitaire* además de *La Reine*. Desde el primer momento me gustó Rhyno, pero mi resentimiento fue mayor. Entonces, en el testamento de mi padre se descubrió que *La Raine* perteneció a la madre de Rhyno.

—No era una buena base para iniciar un matrimonio —destacó Alison con un sentimiento de horror.

—No, no lo era. Resentimiento y sospechas difícilmente pueden constituir una cimentación adecuada para un matrimonio, pero Rhyno tuvo extraordinaria paciencia conmigo.

—Pienso que tú también contribuiste para superar las barreras que surgieron entre ambos.

—Solo hasta que recapacité lo suficiente para admitir que mi resentimiento destruiría la felicidad, que no era nada más mía, sino también la de Rhyno —los ojos de Kate se llenaron de lágrimas ante los dolorosos recuerdos—. Nunca podré olvidar cómo me sentí cuando mi irritabilidad hizo que una noche, él me gritó que yo no poseía ninguna de las cualidades que él admiraba en una mujer.

—Lo siento, Kate.

—Por favor, no te disculpes. Me hace bien desenterrar, en ocasiones, las cosas del pasado, pues así puedo corregir mis errores.

Estas palabras permanecieron en la mente de Alison cuando regresó a *Bordeaux*, ya avanzada la tarde. Quizá si ella también analizara su pasado, descubriría los errores que cometió y aprender de ellos. ¿No era eso exactamente lo que intentaba hacer desde que Dirk volvió a entrar en su vida?

Los cipreses y los robles lanzaban prolongadas sombras sobre el

césped cuando se aproximaba a la casa principal de la hacienda. Había luz en la sala de su apartamento y salía humo de la chimenea. Era un aspecto agradable para darle la bienvenida. Cerró mejor su abrigo para protegerse del frío que ya se sentía al aproximarse la noche y caminó de prisa por el sendero pavimentado. Entró en su apartamento pero se detuvo al darse cuenta de que Dirk y Ferdie estaban tendidos en la alfombra, enfrente de la chimenea con un tren de juguete.

—¡Mamita… mamita… mira! —exclamó con júbilo el niño. Tiró de la manga de su abrigo, para que observara a Dirk que en ese momento le daba cuerda a la locomotora—. Papito me arregló el tren —le explicó, al tiempo que veía a su padre con admiración.

—¡Es muy bonito! —cerró la puerta para evitar que entrara más frío.

—¿Se quedará a cenar, amo Dirk? —preguntó Salomé, quien llegó a la sala.

—¡Por favor, papito!

Sus ojos se fijaron en los de su esposa, quien no huyó del reto y, un tanto nerviosa, le confirmó:

—Serás bienvenido a la cena, si deseas quedarte.

Los esposos se sostuvieron la mirada por un largo momento, después él se puso de pie y, dirigiéndose hacia Salomé, que esperaba en la puerta, le dijo:

—Gracias, sí me quedaré a cenar.

La respuesta fue sorpresiva. Retó primero a Alison para que lo invitara a cenar, pero ella supuso que no aceptaría. Sus manos temblaban cuando se quitó el abrigo.

—La cena estará lista dentro de media hora —dijo Salomé con una amplia sonrisa y salió para preparar los alimentos.

—Guarda tu tren y báñate antes de cenar —ordenó Dirk y, para sorpresa de Alison, Ferdie obedeció sin la menor protesta.

—Lamento no poder ofrecerte un vaso de vino antes de la cena —se disculpó nerviosa, pero Dirk solucionó el problema.

—Tú prepara los vasos y yo traeré el vino de las cavas de la casa.

De inmediato salió a grandes zancadas. Alison se sentó por un momento e intentó calmarse. A continuación fue por dos vasos que limpió cuidadosamente. Terminó de asearlos poco antes que él

regresara con una botella de Steen.

Alison se sentía tan tensa y perturbada como una adolescente ante su primera cita y sus intentos de llevar una conversación cortés casi resultaron trágicos. El vino que tomó antes de cenar la relajó un poco, pero la presencia de Dirk era para ella, intensa y perturbadora, hasta que condujo la charla hacia los planes que tenía para exportar sus vinos por medio de la empresa Stellenbosch.

Lo observó muy atenta durante el transcurso de la cena y escuchó con atención sus explicaciones de todos los aspectos de la vinicultura, pero se distraía de vez en cuando. Ferdie también lo miraba con fijeza, la admiración le brillaba en los ojos, desmesuradamente abiertos y también se mantenía cautivo por el sonido de la voz de Dirk. Al comparar el parecido de ambos, padre e hijo, sintió un «nudo en la garganta».

«¡Oh, Dios mío!», se dijo. «¿Cuánto tiempo podré ocultar mis sentimientos?».

Salomé se llevó al niño para acostarlo poco después que terminó su cena. Alison y Dirk pasaron a la sala para tomar el café. Dirk se reclinó contra el respaldo de su asiento, frente al fuego de la chimenea. Esto despertó recuerdos en Alison, cuando se pasaba las noches sentada en el suelo y con la cabeza cómodamente reclinada en las rodillas de él. En cambio, ahora, se mantenía rígida, sentada en una silla.

—¿Más café? —le preguntó en un intento de romper el silencio que reinaba entre ellos. Él la miró con fijeza.

—No, gracias —sus ojos brillaron burlones; el reflejo de las llamas acentuaba los rasgos de su rostro austero; el corazón de ella latía apresuradamente cuando la mirada de Dirk recorrió muy despacio toda su figura—. Esta situación se parece a la de los viejos tiempos, sentados frente al fuego, tú y yo, pero estamos ante otra chimenea y en otro tiempo.

La mano de Alison temblaba cuando dejó su taza vacía en la mesita que tenía junto a su asiento.

—Nuestro matrimonio fue un error.

Dirk se puso de pie con brusquedad.

—¿Insinúas que quieres divorciarte?

—¿No es preferible el divorcio a vivir así? —siguió de espalda para que él no notara la desolación que la agobiaba.

—El día que puse este anillo en tu dedo sellé nuestro destino para siempre —le aseguró tomándole la mano izquierda para jugar con la sortija de compromiso—. Serás mi esposa para el resto de tu vida.

—Es absurdo ya que vivimos como enemigos —replicó con la vista fija en sus manos que descansaban en una de él.

—Tú lo quisiste así, Alison; tú decidiste abandonar el que tuvimos juntos.

—No lo niego, pero…

—Continúa —la impulsó cuando ella hizo esa pausa para evocar el pasado.

—Nunca me diste motivos para que yo creyera que nuestro matrimonio sería estable y duradero —le confesó, encontrando cada vez más dificultad para pensar con coherencia mientras él se mantenía de pie junto a ella.

—Nuestro matrimonio tuvo las mismas oportunidades que cualquier otro, pero se perdieron por tus absurdos y exagerados celos —le recriminó en tono brusco y tomándola con fuerza por uno de sus hombros la obligó a enfrentarlo.

—Lo único que yo necesitaba era una explicación, pero tú te negaste a dármela. Era lógico que en tales condiciones las sospechas y los celos surgieran.

—Sospechas y celos nunca han sido buenos ingredientes para conservar feliz a una pareja.

—Ya lo sé, pero tú esperabas demasiado, Dirk —su mirada descendió antes que la de él para quedarse fija en los vellos de su pecho que salían por la abertura de su camisa azul. El deseo de oprimir sus labios contra ese pecho musculoso fue tan intenso que se sintió estremecer y, para ocultarlo, continuó hablando—. Tú querías que confiara en ti, que tuviera la certeza de que tu relación con Yvette era solo amistosa. ¿Puedes culparme por pensar lo peor cuando te negaste a dar los motivos por los que estaban abrazados cuando entré en tu estudio? ¿Esperabas que me mantuviera ecuánime en tanto que ella te adulaba y te controlaba como si le pertenecieras?

—Te dije que podías pensar lo que quisieras.

—Y lo mismo se puede decir ahora, ¿verdad?

—Exactamente.

Surgió una gran amargura en su ser pero cuando levantó su mirada hacia él, se sintió atrapada en un vacío del que no tenía escapatoria. El temblor de sus manos cuando la tomó por los hombros y su mirada sombría le dijeron que, a pesar de todo, aún la deseaba.

—Creo que es mejor que te vayas —le murmuró con voz ronca, intentando separarse, pero él la aprisionó con fuerza.

No hubo tiempo para protestar pues sus labios descendieron sobre los de ella. Su beso fue un insulto, una mezcla de ira y deseo; la forma como sus manos exploraron el trémulo cuerpo fue degradante más que apasionada. Alison luchó contra él, pero no tenía forma de escapar de la prisión de esos brazos poderosos hasta que él quiso liberarla y, cuando lo hizo, ella se sintió demasiado débil y trastornada para hacer cualquier cosa, excepto permanecer inmóvil.

—Gracias por la cena —le dijo con una sonrisa que no era sino un gesto satánico de sus labios y cuyo recuerdo permaneció con ella mucho tiempo después que se marchó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó dejándose caer en una silla, con la cara entre las manos—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Era una pregunta ingenua. Sabía muy bien lo que había hecho. Había puesto en duda su integridad y lesionado su orgullo, pero sobre todo, le había robado la dicha de ver crecer a Ferdie desde su nacimiento. Lo peor de todo era comprender que nada podía hacer; nada, excepto seguir trabajando y aceptar en silencio todo lo que llegara.

Durante las semanas que siguieron trabajó con mayor empeño. Se levantaba cada mañana antes del amanecer y rara vez se iba a dormir antes de la media noche. El gran comedor de la antigua casa solariega se había usado como almacén, pero Alison, con el consentimiento de Dirk, sacó todo. Después aseó paredes y pisos; éstos recobraron pronto el antiguo color amarillento de la madera antes que colocaran mesas y sillas. Quedó muy apropiado como salón de degustación al que se llevaba a todos los visitantes para que cataran los deliciosos vinos elaborados en *Bordeaux*. Allí podían descansar los posibles compradores, ante un vaso del vino de su

preferencia, en tanto que se les mostraba una proyección del proceso de elaboración.

Cada uno de sus momentos libres los destinaba a redactar folletos publicitarios y a requisitar formas de pedidos. Los envió a la imprenta y después los distribuyó en zonas propicias. Fue una labor agotadora que empezó a rendir frutos cuando llegaron numerosos pedidos para adquirir los diversos tipos de vinos.

—No me explico por qué nadie puso mayor empeño en la publicidad de este negocio —destacó Myrna Cawley cierta mañana cuando atendía los numerosos pedidos que llevó el correo de la mañana.

—El auge de los vinos de *Bordeaux* debe alegrar al señor Du Bois —subrayó Connie Hayward, guiñándole un ojo a Alison.

No respondió a esto pues se disponía a atender la correspondencia, pero en su interior dudó de que algo entusiasmara a Dirk. Entre las cartas había una tarjeta del doctor Samuels que decía:

«Es tiempo de que examine otra vez a Ferdie. Venga a visitarme el próximo viernes a las diez y media. Le dedicaré una hora».

Alison verificó las fechas en el calendario que tenía sobre su escritorio y exclamó asombrada:

—Viernes veintisiete… ¡Es mañana! —tendría que hablar con Dirk para que le concediera el día libre.

Esa noche, después de cenar, tomó el teléfono de su apartamento y se comunicó con la casa principal. Dirk contestó casi de inmediato con un seco y cortante:

—¿Sí?

—¿Puedo ir para tratar un asunto muy importante? Será muy breve.

—Estoy en mi estudio —le respondió y cortó la comunicación.

Si se encontraba de tan mal humor como le pareció, no podría abrigar muchas esperanzas de que le concediera el permiso.

Las noches eran todavía frías aunque ya se aproximaba la primavera por lo que se abrigó con una chaqueta y salió de su apartamento para recorrer la corta distancia que la separaba de la casa de Dirk. La luna lucía en todo su esplendor e iluminaba el camino, pero ella estaba tan preocupada que hizo caso omiso de la belleza nocturna. El frío la hizo temblar… ¿o serían sus nervios?

—¡Maldición! —murmuró y aceleró su marcha.

Dirk era su esposo legalmente, mas no podía considerarlo así después de cuatro años de separación. Ahora era su jefe, sin embargo, los dos tenían algo que los ligaba para siempre, lo quisieran o no: Ferdie, el niño que adoraba aun antes de nacer y era de Dirk…

Las palmas de sus manos estaban húmedas por su nerviosismo cuando entró en la casa y se dirigió hacia el estudio. La puerta se encontraba abierta y él levantó la vista en cuanto ella llegó. Sobre el escritorio estaba un documento que reconoció de inmediato como el proyecto de ventas que ella formuló esa tarde.

—¿Qué deseas?—le preguntó con brusquedad y le indicó con la mano una silla para que tomara asiento. En cuanto lo hizo, sintió que sus piernas temblaban y casi no la podían sostener.

—¿Puedo tomarme el día de mañana libre, por favor? —le preguntó también con el mismo tono que él empleó y sin informarle las causas que originaban esa petición.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Alison de mal humor por la hostilidad que le demostró, olvidando por completo todo lo que antes pensó explicarle, pero se controló en cuanto vio el gesto impaciente que había en aquel rostro adusto y agregó—: Quiero llevar a Ferdie para que lo vea el doctor Samuels en Ciudad del Cabo.

—¿Está enfermo?

—No —le aseguró en cuanto vio que su expresión cambió para denotar angustia—. Le prometí que se lo llevaría para que lo examinara después de tres meses y recibí hoy una tarjeta indicándome que me había asignado la cita para mañana a las diez y media.

—Ese médico, ¿es el mismo que te atendió cuando nació Ferdie?

—Sí.

Alison se sintió muy incómoda bajo la fría mirada con la que la estudió en silencio.

—Está bien, puedes tomarte el día.

La forma en que se lo dijo le dio a entender que la entrevista terminaba por lo que se puso de pie y se despidió.

—Alison… —la voz casi gutural la detuvo antes que llegara a la puerta.

Se volvió para ver a Dirk. Sostenía en una mano el informe que ella formuló en la tarde. Para ocultar su nerviosismo, hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta cuando él empezó a hablar:

—Tu trabajo ha requerido un gran esfuerzo y casi lograste duplicar las ventas del vino de *Bordeaux*.

Tal alabanza en labios de Dirk resultaba algo extraordinario; lo observó sin poder hablar durante unos instantes.

—La calidad de los vinos que elaboras garantiza el aumento en las ventas, no obstante, me da gusto y satisfacción que apruebes mi trabajo.

Temerosa de que a este halago pudiera seguirle cualquier acción mezquina o sarcástica, murmuró:

—¡Buenas noches! —y regresó a su apartamento.

La belleza de la luz de la luna volvió a pasar inadvertida porque marchaba absorta tratando de frenar la explosión de esperanza que inundaba su corazón.

Capítulo 7

La sala de espera del consultorio se encontraba casi llena cuando Alison se sentó en un amplio y cómodo sillón dejando espacio para que Ferdie se acomodara a su lado. Llegaron media hora antes de la cita y, en tanto que el niño tomó de la mesita una revista infantil, su madre pensó en los acontecimientos de esa mañana, antes de salir de *Bordeaux*.

Dirk se encontraba furioso. Pudo escucharlo en el almacén de embarques, insultando a uno de los trabajadores por una falla que para ella, a su modo de pensar, calificó de poca importancia.

Salomé estaba de pie junto al Renault y aunque no dijo ni una palabra, hubo en sus ojos una muda acusación cuando su mirada se cruzó con la de ella.

—¿Por mi causa está así, Salomé? —le preguntó sin darse cuenta de que ella hizo tal pregunta.

La sirvienta bajó la vista en actitud humilde, pero cuando contestó, sus frases, contradijeron su actitud.

—El día que usted se cambie para la casa principal, esta parte despertará a los ecos dormidos en el valle. Serán ecos de risa y felicidad. Ha mejorado desde que usted y *kleinbaas* Ferdie regresaron pero un hombre necesita a su mujer como los viñedos el sol y la lluvia. Digo esto con todo mi respeto, señora.

Se alejó, sin querer ni esperar una respuesta y Alison se marchó con Ferdie, hacia Ciudad del Cabo. Ahora, mientras esperaba al doctor Samuels, aquellas palabras de Salomé continuaron en su mente hasta que se convirtieron en una mezcla que no tenía sentido. ¿Un hombre necesita una mujer? ¿El valle se poblaría con el eco de risas? Era a Yvette a quien Dirk necesitaba de esa forma.

—¡Alison, querida, qué gusto volver a verla! —el doctor Samuels sonrió cuando, por fin, la joven entró en su consultorio y la besó en la mejilla como a una amiga a quien hace mucho tiempo no se ve; después retrocedió un poco y la examinó con ojos clínicos—. Ha perdido peso, si no me equivoco.

—Tengo que trabajar mucho.

La enfermera tomó a Ferdie y lo condujo al salón de exámenes

clínicos.

—Espero que su esposo la trate bien.

—Lo hace.

—¿Lleva buenas relaciones con Ferdie?

—Sí, mantienen magníficas relaciones.

—¡Qué bueno! —exclamó el médico y se puso de pie para llegar antes que Alison al salón de exámenes—. ¡Bueno! vamos a revisarte, jovencito —le sonrió al niño, quien yacía en la mesa de observación.

Lo auscultó con detenimiento durante varios minutos mientras que su madre observaba en silencio.

—¡Notable! —exclamó por fin con una amplia sonrisa. Guardó el estetoscopio y después dijo—: Hay una gran mejoría, Alison. Sus pulmones, se escuchan «desagradablemente sanos», si me perdona la expresión.

—Entonces, todo ha valido la pena —sus ojos brillaban por las lágrimas que pugnaban por brotar y solo hasta entonces comprendió lo ansiosa que había estado.

—Ayúdelo a vestir, señorita y distráigalo unos momentos —ordenó el doctor a la enfermera.

Rodeó el hombro de Alison con su brazo y la condujo fuera del salón de exámenes. Cerró la puerta intermedia y la hizo tomar asiento en un sillón del consultorio. Después le ofreció un pañuelo en cuanto vio que ella buscaba inútilmente uno en su bolso.

—Es tonto que llore, lo siento.

—Alison, ¿no hay forma de que se reconcilie con su marido?

—No, me temo que no haya ninguna.

—¿Ya no le importa su esposo?

—Es a Dirk a quien ya no le importo —confesó, dándose por vencida—. Está tan deseoso de vengarse que hay ocasiones en las que me aterra y, además, todavía me tengo que enfrentar al viejo problema por lo que no vislumbro ninguna solución.

—¿Todavía se encuentra Dirk ligado a aquella mujer?

—Sí —contestó haciendo un esfuerzo por controlarse y sus manos se extendieron en un movimiento de desconsuelo—. Dirk vive bajo un código de principios tan extraños que no puedo entenderlo y no tengo ni la menor oportunidad de entablar con él una sincera y franca conversación.

—La venganza puede resultar muy dulce al principio, pero a medida que avanza, se vuelve muy amarga. Tal vez cuando se dé cuenta de esto, sea más accesible.

—Eso espero, pero por el momento no veo ninguna posibilidad.

—¿Y usted ha sido siempre sincera con él?

—Dirk me acusó la otra noche, de ser muy suspicaz y celosa y no lo negué. Durante los meses que vivimos juntos, mis celos y sospechas se multiplicaron y la cólera fue mi única defensa contra aquellos sentimientos despreciables. Como consecuencia, nunca le hice comprender que yo no lo acusaba de tener una relación indebida con otra mujer solo deseaba saber qué ocurría entre ellos.

—Nunca le explicó a él esto mismo.

—Jamás pude hacerlo. Él se alejó de mí sentimentalmente, a tal grado, que se convirtió en algo inalcanzable y hubo que dejar las cosas en la situación en la que se encontraban, esperando ver si se resolvían por sí mismas.

—Usted tuvo tanta culpa como él.

—Sí, es cierto —tuvo que reconocerlo, un poco avergonzada—. Este análisis está muy bien, pero no explica la razón por lo que la casa y los brazos de mi esposo siempre están abiertos para dar la bienvenida a Yvette.

El doctor no pudo ofrecerle ninguna explicación satisfactoria a esta inquietante cuestión. Dirk era el único que podría hacerlo, pero Alison temía escuchar la verdad. En cierta ocasión, en un momento de cólera, su esposo estuvo a punto de darle algún indicio de sus verdaderos sentimientos hacia Yvette, pero no lo hizo.

Alison no tenía prisa por regresar a *Bordeaux*. Dispuso de algún tiempo para ir de compras en busca de algunas cosas personales y llevó a su hijo a almorzar en un restaurante de Sea Point, desde allí podía ver a algunos audaces nadadores que desafiaban las heladas, aunque tranquilas aguas del mar. Era un día claro y en ese momento tuvo que admitir que no lamentaba haber dejado de vivir en esta encantadora ciudad enclavada al pie de la majestuosa Table Mountain.

Casi eran ya las cuatro de la tarde cuando Alison llegó a la hacienda y descendió de su Renault. Mientras recogía los paquetes,

el camión de Dirk se detuvo detrás del coche de ella.

—¿Qué dijo el doctor? —preguntó al descender de su vehículo.

—Que estoy «desagradablemente sano» —se adelantó a comentarle Ferdie en un tono tan serio y formal que sus padres no pudieron menos que reír de buena gana.

Alison, al escuchar el sonido grave de la risa de Dirk, se sintió fascinada. Parecía muy joven y bien parecido; su corazón latió con fuerza.

Cuando su risa se extinguió, con ternura se inclinó hacia su hijo para preguntarle:

—¿Quieres venir conmigo a recorrer los viñedos?

—Sí, por favor —aceptó entusiasmado y, sin esperar más, abrió la puerta del camión y se instaló sin esperar la ayuda de nadie.

El rostro de Dirk volvió a ser una máscara inescrutable al inclinar su cabeza en dirección de su esposa. En seguida siguió a Ferdie, subió y cerró la puerta.

—Lo traeré cuando sea hora de que tome su baño —le dijo y la dejó sola y pensativa.

«Esta parte despertará a los ecos dormidos». Las palabras de Salomé danzaban en su mente al regresar al apartamento.

* * *

—¡Mamita! ¿Tendré un pastel para mi cumpleaños? —preguntó Ferdie, un viernes por la noche mientras se encontraba sentado en la cocina probando los pastelillos que Alison acababa de sacar del horno.

—Falta mucho tiempo, todavía.

—Ya lo sé, pero ¿habrá un pastel con sus velitas? —insistió tomando otro panecillo.

—Sí, desde luego.

Hablar de cumpleaños era un tema muy serio e importante para Ferdie y su madre tuvo que ocultar una sonrisa cuando retiraba otra serie del horno.

—¿Cuándo cumple años mi papá?

Su sonrisa se perdió y dio una rápida mirada al pequeño calendario fijado a una de las paredes de la cocina.

—El jueves de la semana próxima.

—¿Cuántos años tendrá?

—Treinta y seis —respondió después de un rápido cálculo mental.

—¡Ya es tan viejo!

—A esa edad, nadie es viejo.

—Quiero hacerle un regalo.

—No creo que debas…

—¡Oh, por favor, mamita! —le interrumpió con vehemencia la negativa que pensaba exponerle y, cuando vio sus ojos ansiosos y suplicantes, no tuvo el valor de insistir.

—Está bien. Iremos a la ciudad mañana temprano para que veamos qué le podemos comprar.

A la mañana siguiente, fueron a la ciudad como le prometió a Ferdie y pasaron más de una hora recorriendo una tienda de regalos porque ninguno le satisfacía a su hijo. La noche anterior pensó que tomó la decisión equivocada, pero ya entonces era demasiado tarde para arrepentirse.

En la tienda, no quiso ni desanimar ni entusiasmar a Ferdie en la elección del obsequio. Por fin, él escogió una pluma de oro con la seguridad de que a Dirk le gustaría.

—Si quieres darle una sorpresa, no deberás decirle a tu padre que le compraste un regalo. Simplemente, esperarás hasta entregárselo el día señalado —le advirtió cuando regresaban a la hacienda.

—No se lo diré —le prometió y ella sabía que sería capaz de mantener el secreto.

La primavera llegó al valle. La savia fluía en las tiernas hojas de las vides que renacían. El mes de agosto había traído lluvias benéficas que humedecieron el suelo como si lo prepararan para la nueva cosecha. La mañana del cumpleaños de Dirk, en el cálido mes de septiembre, el sol brillaba en todo su esplendor.

El rocío todavía decoraba las hojas de las plantas cuando el ruido de un vehículo que se aproximaba hizo que Ferdie saltara con prisa de la mesa en la que desayunaba.

—¡Allí está papito!—exclamó y salió de la cocina.

—¡Ferdie, espera! —le dijo Alison tratando de detenerlo, pero ya había cruzado la sala y salido por la puerta principal.

Nerviosa, pudo observar cómo tomaba la mano de su padre para conducirlo hacia el apartamento.

Alison volvió a sentirse impresionada ante la estatura de su esposo. Le sonreía a su hijo y le permitió que lo condujera hacia la casa. De improviso se dio cuenta de que ambos se encontraban ya en la sala. La indiferencia que aparentaba no reflejaba el remolino de emociones que la agitaban.

—Tengo un regalo para ti —le dijo Ferdie a su padre, lo sacó del interior de un cajón del escritorio y exclamó—: ¡Feliz cumpleaños, papito!

Ella contuvo el aliento en cuanto observó que Dirk dirigía su mirada hacia el regalo que Ferdie había envuelto en forma un tanto infantil.

—¡Muchas gracias, Ferdie!

—¿No lo vas a abrir para verlo?

Dirk rompió el papel, de vivos colores, que lo envolvía.

—Es exactamente lo que necesitaba —anunció extrayendo la pluma de su cajita para examinarla con calma. Después, frente a su hijo volvió a guardarla y le comentó—: La usaré todos los días.

Levantó a Ferdie en sus brazos y el niño rio alegre y abrazó a su padre por el cuello, pero por encima del pequeño sus ojos observaron con gran frialdad a Alison.

—No terminaste tu desayuno, *kleinbaas* Ferdie —anunció Salomé desde la puerta.

—No tengo hambre —replicó el niño.

—Si quieres salir conmigo en el camión, debes terminar tu desayuno —le anunció Dirk con severidad y lo bajó de sus brazos.

—Está bien —respondió con docilidad y Salomé lo llevó a la cocina.

La sala pareció achicarse ante la estatura y el volumen de Dirk.

—No uses a Ferdie para que las cosas sean más fáciles para ti —su voz era tranquila pero amenazante, acusándola de algo que ella ya temía.

—No entiendo de qué me hablas.

—Me refiero a esto —casi le clavó la pluma en la cara, en tanto que ella, en forma instintiva, retrocedió—. Fue idea tuya, ¿verdad?

Una violenta negativa iba a salir de sus labios pero se contuvo al recordar de inmediato las palabras del doctor Samuels. ¿Siempre ha

sido sincera con él? Una negativa brusca no serviría en esos momentos.

—Para Ferdie, un cumpleaños es algo muy importante. Me preguntó qué le daría para su cumpleaños en noviembre y me explicó lo que él quería. Esta conversación nos condujo a que él me cuestionara por el tuyo. Cuando le dije que sería hoy insistió en que te quería comprar algo. Reconozco que lo tuve que pagar, pero él lo escogió libremente. Supongo que debí hablar con él, pero no encontré razón alguna para que la situación que hay entre nosotros destruyera su alegría. Si quieres hacer algo en este sentido, no me opondré —terminó de hablarle con frialdad y salió de la sala.

No se detuvo sino hasta que llegó a su oficina, sonriente y calmada. Se sentó frente a su escritorio, agradecida por los minutos que se encontró sola antes que Myrna y Connie llegaran. Estudiaba algunos documentos cuando las empleadas entraron saludándola alegremente.

—Tendremos hoy un día muy agitado —les advirtió—. Llegarán dos autobuses con turistas esta mañana y por la tarde habrá otros dos. Me informaron que están dispuestos a gastar dinero, por lo tanto, deben tener suficientes formas de pedido a la mano.

Alison no volvió a ver a Dirk durante la mañana y tampoco a la hora del almuerzo. Esa tarde, se encontraba en el salón de degustación, proyectando la película mientras los visitantes cataban el vino y seguían atentos las explicaciones y no se dio cuenta de que la puerta se abrió a sus espaldas. Contuvo el aliento al sentir que una mano la oprimía por el hombro.

—Continúa tú, Connie —le ordenó Dirk a la joven a quien Alison escogió para que le ayudara durante la tarde—, tengo que hablar con mi esposa.

No tenía idea de lo que, tan importante en apariencia pudiera ser, para que la retirara de la labor que desempeñaba en ese momento.

—¿Hay algún problema? —le preguntó cerrando la puerta para que pudieran sentirse solos.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

La invitación fue tan intempestiva que, por unos momentos, se quedó boquiabierta.

—¿Tienes alguna cena para esta noche?

—Te invito a ir conmigo a la ciudad.

—¿Nosotros dos solos?

—¿Tienes miedo de salir conmigo?

Tenía sus pulgares en el cinturón y mientras ella lo contemplaba, trataba de explicarse el porqué de esta actitud.

—¿Tienes miedo? —volvió a preguntarle.

—Por supuesto que no —le mintió.

—Entonces… ¿qué?

La burla que reflejaban sus ojos se hizo más clara.

—Estarás lista a las siete —le ordenó y un segundo después pudo verlo salir de su oficina.

—¡Maldición! —murmuró ella en cuanto se quedó sola.

Solo entonces pudo comprender todas las implicaciones que traería esa cita. Había aceptado pasar la noche en compañía de Dirk y no tenía sentido negárselo a sí misma. Recordando la acusación que le hizo por la mañana, comprendió que no podía haberse negado aunque le aterraba la idea de encontrarse con él.

Regresó para reunirse con el grupo de turistas y relevar a Connie cuando todos salían ya del salón de degustación, pero sus pensamientos no estaban en su trabajo. Se dirigieron a las cavas y allí explicó el proceso de la elaboración de los vinos y respondió a las preguntas. Después de sus labores rutinarias, estaba demasiado nerviosa por lo que se dedicó a tomar un largo y reconfortante baño perfumado. Por desgracia, no pudo relajarse por completo. Se arregló con más cuidado y esmero que de costumbre y escogió un vestido de seda de color canela que era uno de sus favoritos. Las mangas llegaban hasta el codo y el escote discreto, pero la suavidad de la tela se amoldaba a las curvas de su cuerpo. Se analizó detenidamente frente al espejo, desde la cabeza hasta los pies, calzados con sandalias doradas.

Ferdie recorría el dormitorio mientras ella estaba sentada frente al tocador y la observaba maquillarse con extremo cuidado, lo mismo que cuando se puso un collar con un pequeño brillante que le obsequiaron sus padres adoptivos.

—¿Adónde vas? —le preguntó apoyando ambos codos sobre la mesita del tocador y hundiendo la barbilla en las manos.

—Ya te lo dije, ¿recuerdas? Voy a salir con tu padre.

—¿Puedo ir yo?

—No, no puedes —le sonrió y lo atrajo para abrazarlo y añadir —: Te vas a portar como un buen niño y te quedarás esta noche, aquí, con Salomé.

—Papito sí me llevará —aseguró confiado—. Se lo pediré cuando venga.

Se alejó de ella sin decir más y salió del dormitorio de su madre.

Dirk fue excesivamente puntual. Portaba un traje oscuro, la blancura de su camisa hacía marcado contraste con su piel muy bronceada por el sol. Alison trató de encontrar algún indicio que le permitiera adivinar qué sucedería esa noche, pero la máscara de indiferencia estaba tan firme como de costumbre.

—Quiero ir contigo, papito. ¡Por favor, llévame! —pidió Ferdie como dijo que lo haría.

—Tú te vas a quedar en casa y te dormirás temprano, como de costumbre —ordenó Dirk—. Ya estuviste conmigo casi todo el día y ahora quiero pasar esta noche a solas con tu madre.

—¡Oh! —exclamó su hijo aceptado la orden.

Quiero pasar esta noche a solas con tu madre. ¿Por qué de repente deseaba estar a solas con ella, después de tratarla como a una esclava durante los últimos meses?

A medida que transcurría el tiempo, se sentía más confusa e intrigada y su nerviosismo casi se tornó intolerable, cuando se encontró al lado de Dirk en su Jaguar.

Llevaba las manos tan rígidas sobre su regazo, que casi no pudo separarlas cuando llegaron al restaurante del hotel de Paarl en el que había reservado una mesa.

El salón principal se encontraba casi lleno y, un poco más allá de su mesa, algunas parejas bailaban al compás de una orquesta de la localidad. Dirk pidió el vino y para él ordenó carne y ella escogió atún y una ensalada, que juzgó suficiente para satisfacer su escaso apetito.

—Casi no has pronunciado palabra desde que salimos de *Bordeaux* —observó Dirk con su forma acostumbrada, mientras tomaba unos sorbos de vino. Ella también tomó un poco.

—No he podido pensar en nada que valga la pena comentar —argumentó en su defensa, llevándose la copa a los labios, con la esperanza de que otro sorbo de vino la tranquilizara.

—¿Por qué no te relajas un poco?

—Es lo que trato de hacer —le confesó—, mas no es fácil cuando me pregunto constantemente por qué me invitaste a cenar esta noche.

La frialdad burlona de sus ojos desapareció y Alison pensó que hasta la sonrisa era sincera.

—Tal vez sea mi forma de hacer que olvides mi pésima conducta de esta mañana.

—¿Quieres decir que es una manera de pedir disculpas?—le preguntó sorprendida.

—Puedes llamarlo así.

—No era necesario que te excusaras —le respondió después de una pausa—. Si la situación fuera a la inversa, también me hubiera mostrado suspicaz.

La sonrisa maliciosa se hizo más acentuada cuando le respondió.

—Es muy generoso de tu parte.

—La generosidad no tiene nada qué ver con esto. Solo quise ser sincera.

No le contestó y tomaron su vino en silencio durante cierto tiempo. Después señaló:

—Te veo muy bella esta noche.

—Gracias —se ruborizó al ver que la miraba de tal modo que parecía que la desnudaba con la mirada. Era tonto, se dijo a sí misma, sentirse tan perturbada ante un hombre que la había conocido tan íntimamente como él, pero no pudo evitar que el rubor aflorara a sus mejillas.

—Con ese peinado tu aspecto es elegante y refinado, pero debo admitir que prefiero tu cabello cuando está recogido atrás con una cinta.

Alison logró superar su confusión, quizás ayudada por el vino.

—Si no te conociera tan bien, diría que tratas de conquistarme.

—Parece que no soy el único receloso.

—No tienes por qué asombrarte. Hace algunas semanas me acusaste de ser muy suspicaz por naturaleza, ¿recuerdas?

—¿Vamos a pasar toda la noche discutiendo? —le preguntó esbozando una sonrisa.

—Lo siento —se disculpó pues recordó lo que celebraban ese día.

—¿Puedo llenar tu copa?

Asintió y en cuanto le sirvió, la levantó y exclamó:

—¡Feliz cumpleaños, Dirk!

—Empezaba a creer que nunca me lo dirías.

—Este es uno de los mejores vinos de *Bordeaux* —cambió el tema después de catarlo con deleite—. Eres un gran vinicultor. Lo eres *par excellence*, Dirk.

—¿Quién está coqueteando ahora?

—Lo dije como cortesía. Tus vinos son soberbios.

—Siempre busco la perfección, pero no siempre tengo éxito.

—Quieres la perfección en todo: Deseas una esposa perfecta que siempre esté sometida a ti y que confíe a ciegas en ti y cuando descubres que no es así, como en mi caso, la descartas de inmediato.

No tuvo intenciones de decirle todo esto, pero lo comprendió cuando ya era demasiado tarde para retractarse.

—Sugiero que cambiemos el tema —declaró con brusquedad, disipándose su cortesía y se hundió en el silencio.

Cuando les sirvieron los platillos que ordenaron, el apetito de Alison se había esfumado. El ambiente entre ellos cayó como por encanto y en esta ocasión tuvo que reconocer que la culpa fue nada más de ella.

Ambos intentaron establecer una charla cortés durante lo que les pareció una cena interminable y cuando les sirvieron el café, Alison decidió hacer algo para suavizar la tensión.

—Lo siento mucho, Dirk. No debí aceptar tu invitación.

Su mandíbula se tensó cuando él le preguntó:

—¿Por qué no?

—Esta noche ha sido especial para nosotros y debo admitir que me pareció fácil traer algunos hechos del pasado en vez de sentarme tranquilamente frente a ti —en seguida agregó—: Creo que Yvette tenía razón cuando me dijo que no servía para otra cosa.

Dirk no hizo comentario alguno, pero en su mirada brilló de inmediato un extraño fulgor que ella no pudo definir.

—Vamos a bailar —se puso de pie y le tomó la mano. Como se quiso negar, añadió—: Es una orden.

Dejó que la ayudara y la condujera hacia la pista y cuando la oprimió por la cintura su corazón latió acelerado. Sus pasos, al principio estuvieron fuera de ritmo cuando empezaron las notas

suaves y lentas de un vals. Los muslos de él se ajustaron demasiado a los de ella.

—Dirk…

—¡Cállate! —le ordenó al oído.

La música era soñadora, muy suave, para entonces, ya estaban acoplados al ritmo. A medida que la música continuaba, la tensión crecía. Por algunos momentos, ella olvidó todo, menos que estaba con él otra vez, y qué era la primera ocasión que bailaban en cuatro años.

Su satisfacción pronto desapareció en cuanto sintió que la tomaba por la nuca y que la barbilla de Dirk se apoyaba en su frente. Su proximidad la intoxicaba a tal grado que sentía que su sangre hervía en sus venas y el aroma de la colonia masculina le estimulaba todos sus sentidos. Se apoyó con mayor fuerza en el hombro de su esposo con la intención de hacer presión y alejarlo pero, por alguna razón inexplicable, cambió de opinión. Por voluntad propia, reclinó la cabeza en el pecho varonil y durante algunos minutos se imaginó que nada molesto había ocurrido entre ellos, pero la música terminó y su ensueño se desvaneció.

El brazo de Dirk se separó del cuerpo femenino con tanto disgusto, en apariencia por lo menos, que ella levantó la cabeza. Cuando se encontraron sus miradas, se estableció una corriente de sensualidad tan intensa, que se quedaron inmóviles y sin hablar.

Se reanudó la música, mas al tomarla para seguir bailando, ella lo alejó y le dijo:

—Creo que es hora de que nos vayamos a casa.

Capítulo 8

Sintió Alison como si la distancia hasta la hacienda se hubiera duplicado porque sus nervios se encontraban tensos. Recorrieron el trayecto en silencio que era consecuencia del deseo que brotó en ambos durante el baile. Alison nunca se había sentido tan vulnerable y debería mantenerse atenta para evitar la tormenta que estaba a punto de desatarse entre ellos.

Se tranquilizó un poco cuando las luces del automóvil iluminaron el largo y recto camino de *Bordeaux*. Tenía la intención de escapar de Dirk tan pronto como fuera posible, pero su nerviosismo aumentó en cuanto se detuvieron frente a la entrada. Él no tenía la intención de despedirse de ella con un cortés «buenas noches» según pudo comprobar al ver su aspecto y la forma como entró y cerró la puerta.

—Gracias, Salomé, te puedes retirar —le dijo a la sirvienta, quien hizo una reverencia de acatamiento y se marchó a su casa.

El pánico la invadió al saber que estaba sola con Dirk en su apartamento y solo mediante un agotador esfuerzo lograba aparentar calma exterior.

—Haré un poco de café para los dos.

—No deseo nada —la sujetó de un brazo y la aproximó así—. Lo que yo quiero no se bebe.

Tuvo la breve visión de unos ojos centelleantes de pasión que la devoraban. Quiso protestar, pero su protesta fue silenciada cuando los labios de él descendieron sobre los suyos y con experta habilidad la obligó a entreabrirlos. Ya esperaba algo de ese tipo, pero no con tal intensidad, Dirk había actuado con celeridad y ella no tuvo tiempo de pensar en tácticas defensivas. Con una mano le acarició el cabello y le quitó los pasadores, de modo que sus dedos pudieron recorrerlo libremente; con la otra la sostenía por la cintura con fuerza.

Sintió como si se ahogara en el borrascoso mar de sus emociones. Los labios de Dirk prepararon el camino y las manos le despertaban, a través de la tela del vestido, un cúmulo de sensaciones ya casi olvidadas. Comprendía que si claudicaba ahora,

lo haría como un acto de amor, pero en Dirk no podía haber amor; nunca lo hubo y nunca lo habría.

—¡No puedes hacerme eso! —exclamó y con sus manos rechazó débilmente a Dirk, pero su corazón latía con violencia.

Un instante más tarde se dio cuenta de que le bajaba el cierre y una corriente de aire frío le estremeció la espalda.

Sus labios cálidos y húmedos volvieron a aprisionar los de ella y comenzó a acariciar su piel, pronta a la respuesta. No pudo reprimir un suspiro de deseo cuando aquellas manos ansiosas recorrieron sus senos hasta causarle dolor.

—No te niegues —le ordenó con voz ronca y otra vez volvió a besarla. Alison supo que ya no era capaz de negarle nada.

Su cuerpo se sobrepuso a la razón y con los brazos le rodeó el cuello cuando él la levantó en brazos y así la llevó desde la sala hasta el dormitorio. Cerró la puerta, con el pie y cuando la colocó en la cama, ella permitió que le quitara el vestido y la ropa interior. Sus caricias la excitaron más allá de su capacidad de resistencia y sus besos fueron como una droga cuyo efecto invadía todo su ser. No supo ni cómo ni cuándo él se desvistió, mas el contacto de la piel de él la excitó todavía más.

Los labios y las manos de Dirk recorrieron sus curvas con una intimidad que en otra ocasión la aterrorizó, pero que ahora era bienhechora. Si no podía confesarle que lo amaba, por lo menos podía demostrárselo y, por primera ocasión, ella también lo acarició, desde los fuertes y musculosos hombros hasta los muslos. Lo escuchó gemir de deseo, lo cual le sorprendió un poco; después, con lo que le pareció un suspiro tomó posesión de ella. No hubo ternura en la fusión de sus cuerpos, solo una violenta pasión, la misma que ella ya conocía pero los años de abstinencia acrecentaron el deseo que la consumía y su cuerpo respondió con el mismo ardor. Los dos terminaron extenuados y satisfechos. Apoyó la cabeza en el pecho de Dirk y pudo escuchar el latir, fuerte y rápido de su corazón, con el mismo ritmo que el de ella.

No hablaron, pero sabía que en esos momentos, las palabras no se necesitaban, porque sus cuerpos decían mucho más. No protestó cuando más tarde, él se separó para vestirse. Se sentía inundada de una satisfacción embriagadora de la que no quería desprenderse. Se cubrió con las mantas y no quiso hacer ningún otro movimiento,

pero siguió los de Dirk con una mirada que no ocultaba la extraña y nueva ternura que la inundaba.

Dirk se puso la chaqueta, dobló y guardó la corbata en una de los bolsillos; se detuvo al pie de la cama, apoyándose en uno de los postes. Sus ojos se encontraron con los de ella y Alison se sintió intrigada por el extraño brillo que notó en los de él. ¿Sería cólera? ¡Por supuesto que no! La frase «Te amo» subió hasta sus labios sin pronunciarla después de esos momentos de intimidad que ambos compartieron y era ilógico que él no hubiera sentido algo que se pareciera, un poco al amor.

—¿Cuántos hombres te han tenido así?

Su brusca e inoportuna pregunta desgarró su estado de éxtasis a tal grado que la hizo levantarse en la cama y tirar de las mantas para cubrir su desnudez.

—¿De qué hablas?

—¡Maldición! Sabes bien a qué me refiero. ¿Con cuántos hombres has hecho el amor desde que te marchaste de aquí, hace casi cuatro años?

Alison se quedó anonadada por un momento, palideció a medida que comprendió el terrible significado de lo que le dijo.

—¿Te pagaron bien? —le preguntó mientras se apoyaba con ambas manos en la cama, de forma tan amenazadora que la joven se encogió por el temor y el horror que le causó.

Quería gritarle que nada de eso era cierto, pero parecía que las palabras se negaban a salir de sus labios. Quiso decirle que tales acusaciones estaban infundadas, pero tampoco pudo. Era como si su garganta se hubiera quedado rígida y sin poder balbucir siquiera una palabra en tanto él se levantaba para sacar del bolsillo de su chaqueta, la billetera.

—Bien, si no quieres responderme, supongo que esto será suficiente.

Le arrojó un fajo de billetes sobre la cama y, enferma de vergüenza y desolación, Alison los vio como si fueran una víbora venenosa. Así, él convirtió su acto de amor en algo vil y degradante; la herida sentimental que le ocasionó fue tan intensa y brutal que la hizo que saliera de su estupor.

—¡No! —gritó desesperadamente antes que él llegara a la puerta y cuando dejó la cama, tiró el dinero con un simple movimiento, de

modo que cayó en la alfombra.

Sus ojos brillaban al toparse con la fría y acusadora mirada de Dirk; después sintió que algo muy querido se rompía en el fondo de su ser y hundió su pálida faz en sus temblorosas manos, lanzando un gemido:

—¡Oh, Dios mío!

—¿Piensas que no lo pude comprobar? —su voz áspera era como un latigazo—. La forma como te entregaste esta noche fue suficiente para hacerme comprender que, desde que te marchaste, tu vida no ha sido exactamente la de una monja.

Él interpretó mal su acción. El dolor que le ocasionó este descubrimiento casi no lo podía soportar, pero logró controlarse lo suficiente para tomar su bata y cubrir su tembloroso cuerpo desnudo.

Bajo la mirada de Dirk, recogió los billetes dispersos y, con mano trémula, se los ofreció.

—Puedo entender que quieras castigarme por haberme marchado sin notificarte mi embarazo, pero sabe muy bien Dios que no merezco estos insultos.

Dirk apretó los dientes y su fría mirada iba de Alison a los billetes y regresaba. Había tomado venganza de la manera más cruel posible, pero no tenía ni un indicio de arrepentimiento.

—¡Guarda el dinero! —le vociferó airado, viéndola de tal forma que la hizo sentirse vil y vulgar—. ¡Todo valió hasta el último centavo!

Momentos más tarde se encontró sola y desolada, en su habitación, con los billetes todavía en la mano. No podía controlar los accesos de náuseas que la acometían y arrojando el dinero sobre el tocador, corrió al baño. La última vez que se sintió así, fue durante las primeras etapas de su embarazo, pero en esta ocasión, era otro el motivo. Se quedó allí, exhausta y débil. Después de mucho tiempo, pudo regresar a su cama. Buscó con angustia el consuelo del sueño, pero no lo pudo conciliar en casi toda la noche y, a la mañana siguiente, quedaron las huellas en violáceas ojeras.

Se bañó y vistió para hacer frente a sus rutinarias labores y se empeñó en lograrlo, hasta casi convencerse, de que los acontecimientos de la noche anterior fueron una horrible pesadilla. Cuando se sentó frente al espejo del tocador y vio los billetes

dispersos, recordó algo que hubiera preferido olvidar.

Alison se sentía incapaz de hacer frente a sus obligaciones y, Ferdie, como la mayoría de los niños, sintió que algo extraño le sucedía. Lo intentó aclarar, sobre todo, a la hora del desayuno. Alison reaccionó dándole algunos golpes fuertes, que le dolieron más a ella que a él. Después pensó que tal vez había actuado mal y que era culpa suya.

Dirk se marchó a Stellenbosch todo el día, según le informó Mike Petzer en la mañana. La humillación que sufrió a manos de él se había convertido en indignación lo que le ayudó a soportar el recuerdo de aquellas acusaciones.

Ferdie estuvo muy quieto y cauteloso a la hora de la cena y esto la hacía sentirse más culpable todavía. Solo cuando le tendió sus manos para hacerlo apoyar su cabeza contra su hombro, pudo desahogarse.

—Lo siento mami, me porté muy travieso y desobediente —le dijo con voz apagada, reclinado contra el hombro de su madre, quien lo abrazaba con ternura.

—Yo estaba irritada esta mañana —musitó tratando de ser sincera—. Ven te llevaré a acostar.

Ferdie la siguió sin la menor protesta y el alegre juego que ambos compartieron antes que lo acostara, compensó cualquier incidente que hubiera surgido entre ellos en la mañana. Pero continuó sufriendo, en el fondo de su ser, la misma angustia que la acosaba desde la noche anterior.

Se sentía física y mentalmente exhausta, después de esa noche de insomnio y de un día agotador y se disponía a ir a su dormitorio cuando alguien llamó a la puerta. Por instinto se previno, pensando que podría ser Dirk.

En efecto, él estaba allí; la luz que salía desde el interior marcaba su gesto adusto y, ante esa simple vista, sintió renacer su cólera y su indignación.

—¿Qué quieres? —le preguntó muy molesta.

—Hablar contigo —le respondió al tiempo que entraba y cerraba la puerta.

Durante unos momentos, solo la cólera le permitió a la chica sostenerle la mirada, antes que diera media vuelta y se alejara de él.

—Si es para asuntos de mi trabajo, no tengo ninguna objeción,

pero si se refiere a cualquier otro tema, no tenemos nada qué tratar.

—Escúchame.

—No —casi le gritó tratando de eludir la mano que alcanzó a detenerla por uno de sus hombros.

—¡Alison! —la obligó a volverse para que lo enfrentara, sosteniéndola por los hombros con fuerza para evitar que huyera—. Te debo una disculpa.

—Nada me debes —precisó; perdía el control y lágrimas de rabia se agolpaban en sus ojos—. Me pagaste por lo que obtuviste anoche y fue una cantidad suficiente.

—No digas eso —le ordenó ejerciendo mayor presión con sus manos—. Me equivoqué y lo admito.

Alison intentó contener su llanto y dibujó una sonrisa cínica.

—¿Qué te hizo llegar a tan asombrosa conclusión?

—Me pasé toda la noche sin dormir —la dejó libre y empezó a caminar hacia la chimenea—. Llegué a la conclusión de que solo buscaba la forma de herirte, pero por hacerlo yo me herí también.

—En tu código de moralidad eso ha de igualarnos, supongo.

No pasó inadvertido para Dirk su sarcasmo; se volvió hacia ella para añadir:

—Dar una disculpa no me resulta fácil y eso tú lo sabes bien.

Necesitó un momento para analizar estas palabras y su cólera y resentimiento se desvanecieron al reconocer la verdad de esta declaración. Pudo comprender el tremendo esfuerzo que debió hacer para superar su obstinado orgullo.

—Acepto tus disculpas.

—Muchas gracias.

—Hay algo que olvidabas —lo detuvo cuando se disponía a marcharse y, abriendo un cajón del escritorio, sacó un paquete que le entregó—. Esto es tuyo.

Dirk examinó el sobre y, por el aspecto que tomó su cara, Alison comprendió que no era necesario explicarle el contenido, pero su reacción le causó un sobresalto considerable. Lanzó el paquete al fuego que ardía en la chimenea y permaneció viendo cómo se consumía, haciendo que por unos momentos las llamas se avivaran. Ardió con rapidez, los papeles se retorcieron en extrañas formas antes de consumirse por completo y convertirse en cenizas y solo entonces se volvió.

—El hombre siempre debe pagar, ya sea de una forma u otra, por sus estupideces —dijo con tono sombrío; avanzó hacia la puerta y se perdió en la oscuridad.

Alison se quedó pensativa por un tiempo contemplando la puerta que él cerró al salir, después se volvió hacia la chimenea, en la que aquel paquete de billetes no era ya sino un simple cúmulo de cenizas irreconocibles. Lo que él hizo le sirvió para cicatrizar sus heridas.

Otra vez, las lágrimas le nublaron la vista y se sentó frente a la chimenea hasta que las últimas huellas de su cólera desaparecieron.

No volvió a verlo sino hasta el domingo por la mañana. Se había vestido con ropa informal y se encontraba sentada en la sala, ayudando a su hijo a armar un rompecabezas cuando algo la hizo levantar la cabeza. Dirk se encontraba en la puerta exterior. Su pulso empezó a temblar al verlo, pero Ferdie la distrajo al lanzarse a toda velocidad hacia su padre.

—¿Tienen algo importante que hacer hoy? —les preguntó levantando a su hijo para sostenerlo en sus brazos.

Aturdida por su presencia y por el alegre brillo de sus ojos procuró ocultar su nerviosismo.

—No tengo nada especial planeado.

—Avisa a Salomé que no estarás en casa para el almuerzo y vengan conmigo.

Fue dicho como una orden, no como una invitación y cuando los conducía hacia su automóvil, que se encontraba frente a la puerta, Alison se detuvo.

—Dirk, es que yo…

—Sube al coche y no discutas —sentó a Ferdie en el asiento posterior e impulsando gentil a Alison en el contiguo al de él.

—¿Adónde vamos a ir, papito?—preguntó ansioso su hijo en el momento en que cruzaban la entrada de la hacienda.

—Sí, Dirk, ¿adónde vamos?

—Pensé que sería agradable que pasáramos el día en las márgenes del río Berg —fue la inesperada respuesta.

—¡Un día de campo, vamos a disfrutar de un día de campo! —gritó Ferdie, saltando en el asiento.

Dirk se sintió satisfecho ante el entusiasmo de su hijo y volviéndose hacia su esposa, le cuestionó:

—¿No te gustó la idea?

—Sí, mucho —confesó—. No he estado en uno desde…

Habló sin pensar pero de inmediato se contuvo, pero como Dirk había adquirido el poco común hábito de leerle sus pensamientos, aunque ella hubiera preferido que no fuera así, él completó la frase:

—Desde antes de nuestro matrimonio, ¿verdad?

—Sí —admitió, esperando que él se burlara de ella con su estilo acostumbrado, pero no hizo comentario alguno.

Alison recordó entonces, otro día de campo en las márgenes del mismo río, durante las semanas anteriores a su matrimonio. Fue en un caluroso día de mediados de enero. Ivy Basson les preparó un abundante y sabroso almuerzo, aunque ella comió muy poco. Su amor por Dirk era frágil y creía, de forma equivocada, que él la amaba mucho también, pero la palabra «amor» no existía en su vocabulario y ella era demasiado joven para darse cuenta de ello. El deseo era lo único que él conocía y no había cambiado en ese sentido.

La amargura la invadió, pero logró sobreponerse cuando se aproximaban al sitio escogido, en las márgenes del río. No le pareció conveniente mostrarse triste cuando Dirk hacía un gran esfuerzo para ser complaciente.

Encontraron un lugar agradable, un tanto aislado donde extendieron un amplio mantel bajo la sombra de unos árboles. Dirk sacó una canasta con todo lo necesario, ante el entusiasmo de su hijo y, además, una pequeña pelota, y todo el equipo para jugar cricket. Alison se sentó frente al mantel, en tanto que su esposo se ajustó los protectores para las piernas y le dio a Ferdie una explicación de la forma como debía desarrollarse el juego.

El niño perdió las primeras pelotas, pero cuando por fin acertó, mostró un gran entusiasmo. Continuaron jugando hasta que Alison decidió intervenir también en el juego. Sus esfuerzos estuvieron muy alejados de los que desarrollaría un profesional, lo cual causó grandes risas y burlas de los hombres, pero sirvieron para unir más a la familia y para crear un ambiente agradable.

—¡Quedaste eliminado, Ferdie! —exclamó cuando, por fin, logró capturar la pelota en el aire.

—Y yo también —anunció Dirk, limpiando el abundante sudor que cubría su frente.

—¡Tengo hambre! —exclamó Ferdie.

—¿Puedo disponer ya el almuerzo? —preguntó Alison.

—Toma lo que quieras, que nosotros nos serviremos.

La canasta contenía una gran variedad de carnes frías rebanadas. Alison sirvió jugo de naranja en un vaso para Ferdie y ellos brindaron en actitud amistosa y en seguida dispusieron del magnífico surtido de alimentos. El desacostumbrado ejercicio estimuló el apetito de Alison y después de tomar otras dos copas de vino, se sintió eufórica. Dirk se encontraba de espaldas sobre la hierba y con un brazo cubriéndose los ojos, pero el niño no había agotado su energía y quería seguir jugando. Alison desechó los platos de cartón y guardó en la canasta todos los sobrantes antes de seguir el ejemplo de Dirk.

El incansable murmullo del agua y los trinos de los pájaros ocultos entre los árboles, solo eran perturbados por las risas lejanas de otros grupos paseantes.

No supo durante cuánto tiempo se quedó dormida, antes de despertar y darse cuenta de que alguien, junto a ella, le acariciaba el cuello. Cuando abrió los ojos se percató de que Dirk estaba inclinado sobre ella. Intentó ponerse de pie, pero una mano masculina se lo impidió y la mantuvo recostada contra la hierba. Su pulso se aceleró cuando los pulgares de su esposo le acariciaron los labios que sintió resecos. Después descendió las manos para acariciarle la piel en el escote de su blusa.

—Desde que llegaste a *Bordeaux* te veo más delgada —le dijo con calma.

—Es que he trabajado mucho, como lo sabes muy bien y tratar de romper los lazos del pasado, además, no ha sido fácil.

—¿Crees que estos últimos meses han sido fáciles para mí? —cuestionó él con el ceño fruncido.

—No, supongo que no lo han sido.

—He pensado en muchas cosas desde la otra noche.

Sus mejillas enrojecieron y procuró desviar su vista a lo lejos, pero Dirk la tomó por la barbilla y la obligó a que lo mirara y al hacerlo se estremeció.

—¿Estás dispuesta a cambiarte a mi casa y cumplir con tus

obligaciones de esposa?

Su respiración se agitó y una oleada de ternura la inundó cuando comprendió el significado de aquella pregunta. Le resultaría muy fácil aceptar su petición, pero no se atrevió a darle una respuesta intempestiva. Nada había cambiado y no se encontraba segura de que él pudiera olvidar los cuatro años transcurridos.

—No puedo resolverte de inmediato —le aseguró después de un largo momento—. Necesito pensarlo bien durante algún tiempo.

—¿Qué tanto?

—Unos cuantos días, por lo menos.

Dirk asintió, inclinó la cabeza hasta que sus labios besaron la suave concavidad del cuello de Alison. Un estremecimiento de placer la sacudió y estimuló sus emociones. Levantó los brazos y lo atrajo hacia ella. Se besaron intensamente, Alison empezaba a perder la noción de tiempo y lugar, pero una pequeña voz la atrajo bruscamente a la realidad y desvaneció sus impulsos.

—¿Qué están haciendo? —les preguntó con gran curiosidad.

—Beso a tu madre —le explicó Dirk con un guiño malicioso.

—¿Porqué?

—Porque cuando lo hago se sonroja y la veo muy bonita —le explicó a su hijo, ignorando los esfuerzos que hacía Alison para liberarse de sus brazos.

—¿Y por qué se sonroja? —continuó el niño su interrogatorio en tanto Alison, roja hasta la raíz de los cabellos, le ordenó:

—Deja de hacer tantas preguntas, Ferdie —por fin pudo eludir los brazos que la aprisionaban y retirar a Dirk. Se sentó y arregló sus cabellos—. ¿No es tiempo de regresarnos?

Dirk sonrió, le hizo una señal a Ferdie y entre ambos, llevaron la canasta de regreso al automóvil.

Se iniciaba el crepúsculo cuando llegaron a *Bordeaux*. En esta ocasión, fue Alison quien lo invitó para que tomara una cena ligera con ella y Ferdie. Se sentía, lo tuvo que reconocer, remisa a dejarlo marchar puesto que él se encontraba de tan buen humor. Era otra vez el mismo hombre por el que ella había estado tan perdidamente enamorada. A medida que empezó a caer la noche se sintió atrapada como la ocasión en la que se encontraron por primera vez.

Ferdie empezó a parpadear en cuanto terminó la cena y casi de inmediato se quedó dormido. Se había convertido en un niño fuerte,

alegre y travieso en los últimos meses y su aspecto era sano al grado de que era muy difícil creer que hasta hacía poco tiempo tuvo salud tan precaria.

—Ha sido un día encantador —le dijo con toda sinceridad a Dirk en tanto se sentaba en el sofá.

Se sentía tan contenta y cansada que no protestó cuando Dirk la atrajo a sus brazos y la recostó en su hombro.

—Estoy de acuerdo con eso —le contestó acariciándola en su cabello con inusitada ternura.

Era agradable permanecer así, olvidando temporalmente todos los problemas que causó la ruptura entre ellos. Deslizó sus brazos rodeándolo por la cintura y lo atrajo hacia ella de modo que podía escuchar los latidos de su corazón. Le murmuró algo que ella no logró escuchar bien, pero sus labios reclamaron los de Alison para que ese beso despertara otra vez, la inquietante necesidad que sentía por él. Él le desabotonó la blusa e hizo lo mismo con el sostén.

Su pasividad lo excitó más y sus caricias se intensificaron, pero en esta ocasión no lo hacía con brusquedad, la recostó en el sofá para mantenerla cautiva con su cuerpo. Esa ternura, que no le conocía, encendió una llama en ella. Lo abrazó con pasión por el cuello y cuando dejó de besarla en los labios, le pareció que fue ella quien lo guio para que sus besos descendieran hasta los senos.

Ya no pudo pensar, sino solo sentir las caricias que Dirk le prodigaba. Deseaba a Dirk en ese momento más de lo que lo hubiera hecho antes. Su respiración se aceleró al máximo cuando su lengua ávida y sensual, con gran deleite recorrió los pezones y la hizo gemir. Ambos se encontraban atrapados por un deseo del que ninguno deseaba escapar y, cuando los impacientes dedos de Dirk le desabotonaron los pantalones, varios golpecillos en la puerta principal, los volvieron a la realidad.

Los golpes en la puerta se repitieron con más fuerza y entonces ellos se separaron. Una maldición casi silenciosa se escapó de los labios de Dirk; sus ojos aún tenían destellos de deseos mientras Alison procuraba arreglar un poco su ropa.

No tenía idea de quién podría haber llamado a esa hora, pero ni en sus peores sueños esperaba encontrarse con Yvette.

—¿En dónde está Dirk? —le preguntó sin el menor intento de

cortesía. Sin poder contestar, Alison abrió más la puerta de modo que su visitante inesperada pudiera ver hacia el interior.

—¡Oh, querido! —exclamó y fue directamente, con los brazos abiertos hacia Dirk—. Necesito hablarte —le dijo y volviendo la vista hacia Alison, añadió—: En privado, si no te importa…

Alison permaneció inmóvil y en su mente el tiempo dio marcha atrás. Con todas las fuerzas de su ser deseó que en esta ocasión fuera diferente, pero el incidente se repitió. Dirk asintió y acompañó a Yvette fuera del apartamento, pero al pasar junto a Alison se volvió hacia ella.

—Excúsame —le dijo de la misma forma y en el mismo tono que se puede emplear para levantarse de la mesa durante la cena.

Alison se reclinó en la puerta en cuanto la cerró. Se sintió débil y desolada.

¡Cómo pudo ser! ¡Cómo se atrevió! Estas exclamaciones se agolpaban en su cerebro. ¿Cómo era posible que unos momentos antes estuviera a punto de poseerla y un minuto después salir tranquilamente con Yvette? ¿Cómo podía hacerle eso a ella, sin darle siquiera una explicación?

Sollozó al alejarse de la puerta y, casi corriendo, llegó a su dormitorio. Se lanzó sobre la cama, pero en esta ocasión, las lágrimas se negaron a brotar, tampoco pudo salir de sus labios ningún grito, sino solo sollozos desesperados. Su cuerpo insatisfecho, temblaba al recordar las caricias que poco antes recibiera. Bastó que llegara Yvette y, sin el menor esfuerzo Dirk disipó la pasión y le prodigó su atención a la chica.

—*¿Estás dispuesta a cambiarte a mi casa y cumplir con tus obligaciones de esposa?* —le preguntó Dirk hacía pocas horas y ella estuvo a punto de darle una respuesta afirmativa, pero lo que pensaba ahora era contestarle: ¡No, jamás!

Capítulo 9

Bordeaux tuvo un papel muy destacado en la reciente «Exhibición del Vino». Tres de los blancos estaban catalogados con la etiqueta de «Superior» y para celebrarlo, Dirk organizó una gran fiesta a la cual invitó a todo su personal, lo mismo que a algunos vecinos y amigos. En esta ocasión Alison tuvo el doble papel de anfitriona e invitada. La mayoría pidió que fuera un informal *braai* y con ese fin, se llevaron mesas y sillas al jardín y las colocaron en el prado, cerca del asador.

Las ensaladas las prepararon los trabajadores de la cocina antes que participaran también en la celebración sabatina. Por lo tanto Alison tuvo poca actividad, solo organizó a algunos voluntarios para que la ayudaran a llevar todo lo necesario al exterior. El fuego en el asador se prendió a las cinco y poco después llegaron Connie y Myrna con sus respectivos novios. Mike Petzer y su esposa, Erika, aparecieron cuando llevaban las ensaladas. El resto de los invitados llegó como en oleadas casi continuas durante la siguiente media hora, hasta sumar treinta. Reinaba la alegría y la jovialidad, acompañadas por el vino que se servía, en tanto que se esparcía el agradable olor de la carne puesta a asar estimulando el apetito.

Por supuesto Yvette se encontraba allí, ataviada con *jeans* y una blusa a cuadros. Su padre, Cedric Paulson, la acompañaba en esta ocasión y Alison se sintió atraída por la simpatía y el respeto que despertó en ella cuando charlaron unos momentos en el transcurso de la noche. El señor Paulson era tan agradable y sencillo, como su hija lo era detestable y despiadada.

Alison se mantuvo alejada de Dirk durante toda la noche, como lo había hecho en las últimas dos semanas. Yvette, sin embargo, no tuvo ningún escrúpulo para mantenerse constantemente cerca de Dirk. No se desprendía del brazo masculino para nada, con una familiaridad que enfermaba, sobre todo, por su aire de posesión absoluta.

—Le hacen falta unos buenos golpes a esa mujer —musitó Connie cuando se detuvo junto a Alison aunque sin dejar de observar a Yvette, quien en ese momento coqueteaba con Dirk—.

¡Nada más vea cómo se burlan esos hombres de su conducta provocativa y descarada!

Pero había un hombre que no reía. Era Cedric Paulson. Parecía triste e incómodo por alguna razón inexplicable. Alison sintió lástima por este hombre.

Más tarde, se dirigió a su apartamento para estar segura de que Salomé tuviera algo para cenar, pero cuando vio a Ferdie dormido, le dijo a la sirvienta:

—Salga y únase a su familia en esta fiesta.

—Al amo Dirk no le gustaría que el *kleinbass* Ferdie se quedara solo.

—Salomé —la guio hacia la puerta—, las dos sabemos que en cuanto mi hijo está dormido, prácticamente, nada lo hace despertar y quedará a salvo si cierro la puerta con llave. Yo vendré de vez en cuando para ver cómo se encuentra.

Alison regresó a la fiesta poco después. No tenía apetito, mas decidió tomar un poco de carne y de ensalada y se sentó al lado de Erika para observar a unas cuantas parejas bailando en el prado.

Era una agradable noche de primavera; el cielo estaba cubierto de estrellas después que durante tres días se mantuvo una lluvia constante. Todos se mostraban alegres y felices, a excepción hecha de Alison. Dirk bailaba con Yvette, sus cuerpos se encontraban muy juntos, la sonrisa provocativa de la joven, lo mismo que su mirada extasiaba, estaban fijas en él. Alison podría haber tolerado la situación si no estuviera tan consciente de las miradas que todos tenían puestas en ella.

Para tratar de ocultar su humillación huyó hacia la casa con el pretexto de preparar café. No se detuvo sino hasta que llegó a la cocina, pasó mucho tiempo para que pudiera controlarse lo suficiente.

Cuando llegó a la terraza con el café prometido, varias personas se apresuraron a ayudarle y de prisa regresó a la cocina para llevar las fuentes con los bocadillos que desde la tarde estaban preparados. Al disponerse a tomarlas, escuchó unos pasos que se acercaban, era Yvette. Su sonrisa era amistosa, pero fría y calculada. Su mirada traicionaba por completo esa sonrisa.

—Sé muy bien que nunca podremos ser amigas, sin embargo debo advertirte que no tomes muy en serio las acciones de Dirk.

Alison se había quedado rígida al ver a Yvette.

—Necesitas explicarte mejor.

—¡Oh, querida! —exclamó sarcástica—. No quisiera hacerlo, pero parece que tú necesitas que te lo digan todo muy claramente.

Alison sintió que se le helaba la sangre, mas logró mantener la calma exterior.

—Nunca he sido buena para descifrar insinuaciones veladas, por lo tanto, es mejor que me digas de una vez lo que tengas que decir.

Yvette tomó, con actitud estudiada un bocadillo para comerlo poco a poco. Así pues, la tensión de Alison llegó a su máximo, aunque no lo exteriorizó, y siguió en completo silencio, hasta que su rival, con la misma actitud fingida, se limpió los dedos.

—La actitud de Dirk hacia ti ha cambiado últimamente… y no me digas que no lo has notado.

—Sí, ha cambiado y he podido notarlo.

—La razón es muy sencilla, teme perder a Ferdie.

—¿Perder a Ferdie?

—Quiere al niño y se da perfecta cuenta de que Ferdie te necesita a ti y que no podrá ser feliz en la hacienda sin ti, de modo que…

A pesar de que dejó la frase inconclusa, el significado estaba muy claro, por lo que le contestó:

—No necesitas agregar nada.

—Sabía que entenderías.

—Sí —deseó arrojarle a la cara un tazón, pero se contuvo y agregó—: Debía hacerlo.

—¡Magnífico! —exclamó con brusquedad y, consciente del daño que había hecho, adoptó una actitud infantil y servicial que asombró a Alison—. Bien, ahora que descargué mi conciencia, ¿hay algo en lo que te pueda ayudar?

—Nada, gracias. Sugiero que te reincorpores a la fiesta cuanto antes.

—Nos veremos después.

Yvette salió de la cocina y Alison permaneció como petrificada. Quería odiar a Yvette y no podía. Tenía que enfrentar, contra su voluntad, la cruda realidad de su situación. Debía mostrarse agradecida, pero tampoco podía porque en su corazón no cabía nada, excepto una cruel amargura.

El baile se encontraba en su apogeo cuando regresó. Sus movimientos eran como de autómata cuando, depositó en cada una de las mesas una fuente con bocadillos y oraba en silencio para que nadie pudiera notar su estado de ánimo. Al regresar a la cocina se encontró frente a Mike y a Erika, en la terraza. Por la mirada que clavaron en ella, comprendió que se imaginaban que algo andaba mal y en cuanto quiso evadirlos, Mike se paró frente a ella.

—¿Estás enferma, Alison? —le preguntó impidiéndole que entrara en la casa.

—Me encuentro perfectamente, gracias —le aseguró. La luz de la entrada le iluminaba el rostro y éste era más expresivo que un discurso.

Erika se colocó junto a su esposo:

—Perdónanos por interferir en tu vida privada, Alison, pero estás tan pálida y lívida que pareces un espectro.

—Algo me alteró, eso es todo —tuvo que mentirles e intentó acercarse a la puerta. Mike no lo permitió.

—Cambia ese «algo» por «alguien» y puedo apostar que ese «alguien» es Yvette Paulson.

—¡Mike! —murmuró su esposa y le puso una mano en su brazo para advertirle que, según ella, había ido demasiado lejos. Alison no titubeó.

—No hay problema, Erika —le dijo forzando una sonrisa y se volvió para ver a Mike y decirle—: Había olvidado que antes te lo confié.

Él tuvo entonces una sensación de triunfo y cólera.

—Entonces tengo toda la razón al referirme a cierta mujer cuyo nombre no debo mencionar.

—Sí, estás en lo cierto —admitió y se estremeció al escuchar la alegre risa de Yvette que les llegaba desde el jardín.

—¿Qué te hizo en esta ocasión? —inquirió Mike.

—Se tomó la molestia de aclararme algunas cosas, pero nada me dijo que yo no supiera —su voz denotaba una gran amargura y su sonrisa estaba endurecida—. No obstante, resulta poco grato comprobar la verdad cuando proviene de alguien que, como ella, tiene una habilidad especial para herir donde duele más.

Mike endureció su mirada.

—¿No estarás pensando en marcharte otra vez, ¿verdad?

Alison no tenía pensando, aún, esa posibilidad, mas ahora le parecía, razonable por lo que le respondió:

—Tal vez tenga que hacerlo.

—¿Por qué?

—Mi situación aquí se ha vuelto intolerable y me niego a vivir el resto de mi vida a la sombra de otra mujer —le confesó sin que pudiera controlar sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —intervino Erika, asombrada, viendo alternadamente a su esposo y a Alison.

—Se los explicaré después.

Mike reprimió la pregunta que iba a hacer y, centró su atención en su amiga a quien le suplicó:

—No vayas a tomar decisiones apresuradas o equivocadas, Alison. No quisiera volver a vivir otra vez la misma situación que cuando abandonaste a Dirk. Todo el mundo estuvo atemorizado aquí en *Bordeaux*.

—¿No es una actitud melodramática, Mike? —le preguntó riendo con tristeza—. El bienestar del personal de la hacienda no depende de mi ausencia de aquí.

—Si supieras lo que ocurrió, no lo creerías —la tomó por un hombro como si quisiera confirmar mejor lo que le decía—. Durante estos meses te has convertido en parte esencial del mecanismo de la hacienda. Todos los trabajadores negros de *Bordeaux* tienen una gran simpatía y respeto hacia ti y todavía se acuerdan como si fuera ayer, del comportamiento de Dirk cuando te marchaste.

El demonio estuvo desenfrenado en Bordeaux… las palabras de Salomé regresaron a su mente y se sintió como pez atrapado en el anzuelo.

—Me presentas las cosas de modo que resultan más difíciles para mí, pero me imagino que lo comprendes.

—Tienes el derecho de actuar de acuerdo con tu criterio —apuntó Mike, desconsolado y retirando su mano del hombro de Alison—. Yo nada más ponía de manifiesto ciertos factores que me parece que debes considerar antes que actúes.

Para Alison fue como si una roca le oprimiera el pecho. Sabía que él le habló con claridad, no solo de su opinión sino de la del personal de la hacienda, pero en ese momento no podía encontrar alguna respuesta lógica. Aunque podría pensar en lo que le

conviniera a ella, se daba cuenta de que la trampa para mantenerla encerrada en *Bordeaux* estaba puesta y la retendría como prisionera allí. Desde el fondo de sus recuerdos surgió la idea de un carnero en las fauces de una terrible leona y, en ese momento, sentía las mismas angustias que debería sentir el pobre animal capturado.

—¡Gracias! —le dijo a Mike.

Se alejó un poco de él y entró en la casa en la que por breve tiempo, durante los primeros meses de su matrimonio fue ama y señora. Caminó casi a ciegas y temblaba sin cesar cuando llegó al refugio de la cocina. La fuente que llevaba estuvo a punto de caer de sus manos al intentar colocarla sobre la mesa, pero pudo evitarlo y para su desconsuelo, estalló en lágrimas.

Incapaz de controlarse y temerosa de que alguien la sorprendiera en ese estado, salió por la puerta de la cocina y corrió hacia su apartamento. Allí, en la intimidad de su dormitorio, dio rienda suelta a sus sollozos. Muchos minutos después pudo calmarse. Se lavó la cara con agua fría y se volvió a maquillar para borrar las huellas exteriores de sus sufrimientos. Solo cuando le satisfizo su aspecto, salió para reincorporarse a la fiesta y a medida que avanzó la noche adquirió el suficiente valor para conservar una amplia sonrisa que ocultaba la depresión que la agobiaba.

Hacia la media noche, Dirk le pidió que bailaran y no podía negarse. Su brazo la tomó con firmeza por la cintura y cuando sus cuerpos estuvieron fundidos, ese contacto fue como si todo el hielo que sentía en sus venas, se derritiera. Sin embargo, ni la agonía de su proximidad pudo eliminar por completo la frialdad que había en su corazón destrozado.

—Toda la noche me has eludido —le reprochó mientras se mecían al lento compás de la música—. Ahora que me pongo a pensar en esto, te puedo decir que no es nada más esta noche, sino durante las dos últimas semanas.

—Es que he estado muy ocupada.

—Ese pretexto lo esgrimes cada vez que he querido pasar la noche contigo. ¿No crees que ya está muy gastado?

Esa acusación fue el antídoto que necesitaba para superar el efecto que le causaba su presencia.

—¿Me acusas de mentir en cuanto a la cantidad de trabajo que he tenido hasta antes de esta noche?

—No te acuso de mentirme, pero creo con seguridad que inventas excusas para no verme.

—Me dijiste cuando vine aquí que las noches me pertenecían y que podía hacer lo que yo quisiera, a menos que necesitaras mis servicios. Escogí pasar las noches preparando lo necesario para esta fiesta y me sentía con libertad absoluta para hacerlo así.

—¡Maldición, Alison! —le murmuró al oído—. Después de aquel domingo, cuando fuimos al día de campo, supuse que habíamos llegado a una situación más amistosa.

—Después de aquel domingo me he dado cuenta de que nada ha cambiado —le corrigió con frialdad—. Las barreras que levantamos entre nosotros hace tanto tiempo, todavía se mantienen firmes y en su sitio en vez de derrumbarse.

—Tú no sabes lo que…

—¿Dirk? —una voz melosa y familiar interrumpió su respuesta y lo obligó a detenerse en medio del vals—. Me prometiste bailar conmigo la última pieza, ¿te acuerdas?

Aunque pareció por un momento como si Dirk fuera a ignorarla, cambió de idea y otra vez su rostro se cubrió con esa máscara inescrutable cuando dijo:

—Sí, lo prometí.

—¿Comprendes lo que quise decir?—le sonrió y se alejó para verlo que tomaba en sus brazos a Yvette. Dio media vuelta, abandonó la fiesta y fue a recluirse en el silencio y soledad de su apartamento.

Se acostó mas no pudo conciliar el sueño. Sus pensamientos eran como un agitado torbellino con solo dos temas que se suscitaban incansables en su mente. Uno era la frase que le mencionó esa noche, en la cocina, Yvette: «Quiere al niño y se da perfecta cuenta de que Ferdie te necesita para poder ser feliz». La otra frase que la atormentaba, era la que le dijo Mike: Todo el mundo se sentiría abatido aquí, en *Bordeaux*, si va a pasar por otra situación como cuando tú te alejaste de Dirk.

Estas dos posiciones la desorientaron, si bien se mantenían unidas. Una le producía el instintivo deseo de cortar con todo y huir, en tanto que la otra la mantenía sujeta a sus obligaciones, como si estuviera anclada con firmeza. Sus pensamientos iban de una a otra en forma incansable y solo cuando se sintió agotada por

completo, se pudo enfrentar a la solución obvia de su problema. Huir era un acto de cobardía y quedarse, requería una gran dosis de valor y esto era algo que nunca le había faltado.

Cuatro años antes se sintió infeliz y ya llevaba en su ser al hijo del hombre que la obligó a actuar así al ponerle un ultimátum. Huyó como una cobarde. Pero esta vez sería distinto, debía ser diferente.

Con esta decisión se durmió. Aunque ignoraba cuan pronto se pondría a prueba su decisión y su valor.

Cuando despertó el domingo por la mañana, el cielo estaba completamente cubierto de nubes y llovía. Era casi imposible de creerlo dado que por la noche, estuvo completamente despejado y las estrellas brillaban.

Ferdie, como la mayoría de los niños, se sintió muy molesto por tener que permanecer en el interior de la casa. La lluvia era fina y constante, tan fina que casi parecía rocío y, aunque no era una lluvia torrencial, no podía exponer a su hijo a que se enfermara. Sin otro atractivo, el niño se regresó a dormir después del almuerzo y Alison pensaba hacer lo mismo cuando por medio de Salomé recibió el mensaje de que Dirk quería verla en su estudio.

Un llamado de él no era algo que se podía ignorar.

Dirk se encontraba de pie frente a la ventana cuando Alison llegó al estudio. Le daba la espalda a la puerta y al parecer no se percató de su llegada hasta que dio unos golpecitos en la puerta para llamar su atención. Dio media vuelta. Vestía un pantalón oscuro y camisa abierta en el cuello, de color negro, parecía como si fuera el mismo demonio. Un cinto gris, de piel de víbora era la única nota de color en lo sombrío de su atuendo. Le hizo la señal de que entrara y cerrara la puerta. Así lo hizo, y se sintió un tanto alarmada al comprender que era como si se encerrara en la habitación con un Satanás negro que la observaba con ojos malignos.

—Te tomaste mucho tiempo para venir —le reprochó y con gran dificultad, procurando dominar su cólera, Alison le respondió:

—Vine en cuanto recibí el aviso.

Redujo la distancia que los separaba y su elevada estatura

resultaba una amenaza. Se preparó para hacer una rápida retirada si fuera necesario.

—Dos domingos atrás te hice una proposición y creo que ya es tiempo suficiente para que me contestes.

—Sí, supongo que te debo la respuesta.

—¿Y bien?

—Mi respuesta es «no» —le dijo con toda calma. La mandíbula de Dirk se endureció.

—¿Puedo saber por qué?

—No quiero caer en la misma situación de la que salí hace años —le respondió irritada—. Me niego a ser usada como objeto, Dirk. Ni siquiera en beneficio de la salud de Ferdie lo haré.

—¿De Ferdie? —dijo como un eco con mirada asombrada que la hubiera enloquecido si no fuera porque era consciente de la verdad.

—Sí, de Ferdie —le replicó con los ojos centelleantes de rabia y siguió—. Temes perderlo. Sabes que te necesita a ti tanto como a mí y por eso pensaste que sería la gran idea que estuviéramos juntos otra vez —hizo una pausa para sonreír irónica frente a su rostro que se quedó petrificado, antes de continuar—: ¡Oh, sí! Tus motivos son muy encomiables, pues tienes miedo de que me marche y me lleve a mi hijo conmigo.

Un silencio mortal siguió a su explosiva exposición, pero después estalló él con tal violencia que la hizo estremecer y retroceder un paso.

—Ferdie permanecerá aquí, que es donde pertenece y puedo ser padre y madre para él si es necesario por lo que no me importa ni un comino si tú te quedas o no.

Pese a que supo la verdad la noche anterior, y le resultó muy dolorosa, ahora le parecía insoportable viniendo de él y, en consecuencia, sintió que la invadía una palidez mortal.

—Ya veo que Yvette tenía razón, después de todo.

—¿Qué tiene que ver Yvette en esta discusión que es entre nosotros dos?—le preguntó furioso.

Solo entonces Alison comprendió que había hablado de más. Como si hubiera pensado en voz alta. Se vio obligada a continuar:

—Tiene mucho que ver en esto. Anoche me aclaró algunas cosas que, aunque ya las sabía, no quería pensar siquiera en ellas. Ella se mostró muy alegre y complacida para estrellármelas en la cara. Me

aseguró que el único motivo por el tú quieres reanudar nuestro matrimonio es el niño.

—Ya me doy cuenta —habló con exasperante calma.

—Me complace que te des cuenta y te agradecería que no intentaras negar lo que ella dijo, haciéndome quedar como una mentirosa —le dijo enfrentándosele con la verdad como ella la veía —. Nunca te he importado, cuando me fui hace cuatro años, tu orgullo fue lo único que sufrió un golpe, pero ahora está Ferdie y como dijiste hace un momento, no te importa ni un comino si me quedo o me marcho. Esto, Dirk, es prueba suficiente para mí.

—¡Alison! —gritó trémulo por la ira, acercándose hacia ella, quien se encontraba alterada.

—¡No me toques! —le gritó retrocediendo hacia la puerta—. Y nunca vuelvas a estar siquiera cerca de mí. ¡Nunca!

Hizo un ademán de impaciencia pero se mantuvo en esta distancia:

—¡Escúchame por un momento!

—¡No, ahora tú eres quien me va a escuchar, Dirk! —en sus frases estaba volcada toda la amargura y todos los sufrimientos que había soportado en esos cuatro años y que, en esta ocasión, se los lanzaba a la cara. Estaba pálida por la ira que tanto tiempo contuvo, pero continuó—: He tolerado todo lo que un ser humano puede resistir, pero si piensas que me voy a marchar y dejarte a mi hijo, entonces tendrás que volverlo a pensar. Seré tu esclava, me destrozaré las manos trabajando, si eso es lo que quieres, pero nunca vuelvas a esperar nada de mí de lo que puedas recibir de cualquier otro empleado en la hacienda.

—Alison…

—¡Te odio y ahora vas a escucharme! ¡Te odio! —le gritó con una vehemencia no acostumbrada.

Abrió la puerta y salió rápidamente, ahogada casi por los sollozos. Sin detenerse llegó corriendo hasta su apartamento y, cuando estuvo en el centro de la sala, comprendió que no podía quedarse allí sentada después de la escena anterior.

Las llaves de su automóvil estaban encima del escritorio, las tomó al pasar. Se metió en el coche y se dispuso a poner en marcha el motor. Necesitaba huir hacia cualquier parte; necesitaba huir de ella misma. Deseaba reflexionar y no podía hacerlo estando en

Bordeaux donde el pasado y el presente se habían unido con efectos torturadores y no podía soportar esa agonía.

Su Renault, lento al principio, tomó mayor velocidad cuando pasó frente a la casa principal. El camino hacia el arco de entrada le pareció interminable. No podía alejar de ella la horrible sensación de que en cualquier momento alguien saliera y le quisiera impedir que buscara el alivio de la lejanía. Por fortuna nadie se presentó y experimentó alivio al tomar la carretera hacia Stellenbosch. No tenía motivo especial para dirigirse a la ciudad, lo único que quería era huir. Conducir su automóvil le ayudaba a razonar y ordenar sus pensamientos.

La lluvia se había calmado, pero las llantas aún resbalaban en el pavimento mojado. Los vehículos que se cruzaban le salpicaban el parabrisas, obligándola a emplear los limpiadores. No se encontraban numerosos automóviles en la carretera por lo que imprimió mayor velocidad a su Renault. El campo estaba verde y húmedo por las lluvias y hacia donde volviera la vista encontraba viñedos que crecían y prosperaban. Alison no se fijó en nada de esto, solo se le representaba la cara de Dirk con su actitud colérica y fría. «Ferdie permanecerá aquí, que es donde pertenece y puedo ser padre y madre para él si es necesario, por lo que no me importa ni un comino si tú te quedas o no». Estas palabras le martilleaban en la cabeza constantemente.

«No me importa ni un comino si tú te quedas o no»… Esta frase resumía su situación. Irse o quedarse… irse o quedarse… Estas palabras la obstinaban. Era imprescindible tomar una decisión. Aunque resultara peor que el infierno, no podía irse otra vez. Tenía que quedarse por el bien de Ferdie; por el bien de todos y tal vez… tal vez en un futuro muy lejano, su destino fuera más benigno.

Sus pensamientos se encontraban a muchos kilómetros de distancia cuando un perro negro y sucio atravesó la carretera, exactamente frente a su coche. Reaccionó por instinto. Frenó con brusquedad y desvió su automóvil para no atropellar al animal, pero las llantas patinaron en el asfalto mojado. El perro huyó ileso, pero Alison no pudo controlar su automóvil. Tuvo la extraña sensación de que todo sucedió como en «cámara lenta»; en ese momento no sintió miedo. El Renault, siguió su recorrido, aunque por la orilla opuesta de la carretera. Por fin dejó el pavimento y dio

una vuelta.

Pareció que el mundo entero se le venía encima acompañado de ruidos de metal y cristales rotos. Milagrosamente el coche volvió a quedar sobre sus ruedas. Alison se mantuvo inmóvil durante algunos segundos. Astillas de cristal se encontraban dispersas por todas partes y se asombró de que ella estuviera bien. Momentos más tarde tuvo que entrar en acción porque las llamas empezaron a salir del capó. Trató de abrir las puertas, mas no lo consiguió porque quedaron obstruidas. Entonces comprendió que se encontraba atrapada sin escapatoria posible. Tampoco pudo abrir el cinturón de seguridad cuyo mecanismo se alteró. Las llamas continuaban elevándose y acercándose a ella; el pánico la invadió cuando empezó a sentir el calor del fuego en su rostro.

Intentó romper el cinturón de seguridad, sin conseguirlo. Pensaba que si pudiera librarse de esta atadura, podría escapar por la parte superior de cualquiera de las puertas, puesto que los cristales estaban destrozados. El calor de las llamas ya era insoportable y su desesperación aumentaba.

—¡Espere, voy a ayudarle! —escuchó que alguien le decía a su lado. Se volvió y se encontró con un hombre joven que se disponía a auxiliarla. El humo la asfixiaba casi por completo y no la dejaba hablar y el miedo también le impedía pronunciar palabra. Su salvador sacó una gran navaja y se dispuso a cortar el cinturón. Poco después, la ayudó a salir entre los pedazos de cristales rotos de la puerta del Renault. Una vez que estuvo de pie en la carretera, el desconocido le preguntó:

—¿Hay alguien más en el interior?

—No —le respondió tosiendo.

—¡Cuidado! —le gritó y sin perder tiempo corrió y la arrojó hacia el suelo alejándola del automóvil.

Una tremenda explosión hizo vibrar el suelo y el olor de la gasolina ardiendo, de hule que se quemaba, se esparció por todas partes.

Cuando por fin pudo levantarse pudo ver que su Renault era solo llamas y humo. Entonces pensó con horror en lo que le pudo suceder a ella. Comenzó a temblar a sabiendas de que si no hubiera sido por la oportuna llegada de ese desconocido que estaba a su lado habría muerto calcinada. Él la examinaba con la mirada y le

preguntó:

—¿Tiene alguna herida?

—No… me parece que no —le contestó haciendo un gran esfuerzo para controlarse.

—Tuvo usted mucha suerte en escapar de la muerte, ¿se da cuenta de esto?

—Sí —le respondió nerviosa—, y se lo tengo que agradecer a usted.

Siguió la mirada de él que se dirigió hacia el automóvil en llamas y en silencio volvió a repetirse lo que él le dijo; había escapado de la muerte. Debía considerarse afortunada.

—Desde luego, su coche quedó inservible —le dijo como si a él le afectara también la pérdida.

—Sí, me imagino que ya no tiene reparación —le contestó.

Voces extrañas llegaban de varias partes y, cuando se volvió pudo ver que varios automóviles se habían detenido en las cercanías. Ansiosa de alejarse de allí cuanto antes, aceptó la ayuda de su joven salvador mientras los curiosos continuaban observándolos a ambos.

—¿Me podría llevar hasta la hacienda *Solitaire*?

Solo entonces se percató de que se encontraba a corta distancia de los viñedos de *Solitaire* y le explicó:

—Es que allí tengo amistades.

El joven asintió y empezaron a alejarse de la gente que se había congregado y que les preguntaban los detalles del accidente. Se sintió agradecida de que ese día se hubiera puesto unos pantalones holgados cuando descubrió que su salvador no viajaba en automóvil, sino en una motocicleta.

—¿Nunca ha viajado en una de éstas? —le preguntó, interpretando su mirada curiosa y un tanto intrigada.

—No, nunca.

Se mostró atento y le ayudó a colocarse y ajustarse el casco adicional que llevaba. Le explicó en qué sitio debería apoyar los pies y en qué forma debía apoyarse en él.

—¿Me dijo la hacienda *Solitaire*? —inquirió mientras ponía en marcha el aparato.

—Sí —le respondió a gritos para que la pudiera escuchar a pesar del estruendo del motor—. Está a menos de un kilómetro de aquí.

Se alejaron con rapidez de la escena del accidente que pudo haber terminado con su vida.

Capítulo 10

Cuando Alison vio los tejados góticos de *Solitaire* entre los árboles, le parecieron la más agradable y esplendorosa bienvenida de su existencia. En esos, momentos empezaba a sentir los efectos posteriores de la experiencia que acababa de tener. Todo su cuerpo se estremecía, sentía ligeras escoriaciones en uno de los hombros y en el pecho, como consecuencia de los esfuerzos que hizo para liberarse del cinturón de seguridad. En su frente tenía una ligera cortadura.

El estruendo del motor de la motocicleta debió llamar la atención de Kate, porque la puerta de roble se abrió antes que Alison llamara.

—¡Alison! —exclamó preocupada—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha sucedido?

Su mirada inquisitiva iba de su amiga al joven que permanecía de pie junto a ella, pero fue ésta quien le explicó:

—Tuve un accidente con mi automóvil como a un kilómetro de aquí y este joven, muy bondadosamente me ayudó y me trajo.

De inmediato, Kate comprendió la situación, le tendió la mano al desconocido y los invitó a los dos:

—Pasen ustedes.

—Yo no podré hacerlo. Tengo cita con mi novia en Stellenbosch y ya estoy un poco demorado —declinó la invitación y alzando su mano en una especie de despedida, les dijo—: Encantado de haberle servido.

Alison trató de detenerlo, pero él dio media vuelta sin esperar más y partió sin que pudieran alcanzarlo.

—¡Oh, querida Kate! Ni siquiera pude preguntarle su nombre.

—Eso ya no importa ahora —murmuró su amiga tratando de consolarla y con afecto la tomó por un brazo—. Entra y descansa.

Hasta ese momento, Alison no podía pensar con cordura y la tranquilizó el que alguien se hiciera cargo de todo; en especial, alguien tan eficiente como Kate. La condujo al baño y allí le ayudó para que se aseara un poco. Se sintió mucho mejor en cuanto se quitó el polvo, pero su amiga no pensaba que eso fuera todo. Tomó

un botiquín de primeros auxilios y, en silencio, le desinfectó la pequeña herida de la frente y cuando terminó, la acompañó a la sala.

Casi como por arte de magia, apareció el humeante té que su amiga sirvió para las dos.

—Esto es lo que ordenó el doctor —le dijo con una sonrisa al ofrecerle su taza—. Tómalo y después me explicas todo lo ocurrido.

Obedeció en silencio y bebió la infusión bajo la mirada escrutadora de Kate. Todavía temblaba y comprendió entonces qué tan delgada es la línea que separa la vida de la muerte. Recordó cómo quedó atrapada en el interior del coche sin poder liberarse y escapar. En ese momento podría yacer fría y sin vida a un lado de la carretera, o quizá calcinada en el interior del automóvil en llamas.

—No hay mucho qué decir —le explicó a su amiga con voz apagada y temblorosa, cuando Kate tomó la taza vacía de sus manos inseguras—. En realidad, todo fue culpa mía. Viajaba demasiado rápido a pesar del pavimento mojado y un perro se cruzó en mi camino. Traté de eludirlo y mi coche patinó, me salí del camino y se volcó el auto.

Al recordarlo, le pareció que volvía a vivir aquellos horrorosos momentos e incluso creyó sentir el calor del fuego que se aproximaba.

—Tuviste mucha suerte en quedar viva después de ese accidente.

Esa misma frase que le dijo Kate, la obsesionó desde el momento en el que pudo salvarse.

—No tendría ahora esa fortuna, de no ser por el cinturón de seguridad que me sostuvo en el asiento y por el joven que me sacó del auto. De lo contrario, ahora lamentarían mi muerte.

Volvió a sentir el calor de las llamas que salían del capó. Procuró dominarse y siguió narrando los acontecimientos.

—El coche empezó a arder y por más que intentaba liberarme del cinturón, no podía lograrlo, porque el mecanismo se quedó trabado durante el accidente. Si no hubiera sido por el joven que me trajo aquí y que llegó oportunamente y cortó la banda del cinturón de seguridad yo…

Se detuvo bruscamente, incapaz de continuar y Kate, incrédula, le preguntó:

—No me digas que tu automóvil se incendio.

Alison asintió en silencio y después explicó:

—Estalló en llamas pocos segundos después de que pude salir.

La trágica escena impresionó a Kate, quien estaba tan pálida que solo sus ojos eran la nota de color en su rostro.

—¡Oh, Dios mío! Es mejor que le avise a Dirk para, que sepa que estás aquí y a salvo.

—¡Por favor, no! —la detuvo Alison—. Por lo menos, todavía no.

—Dirk debe estar preocupado cuando se entere de que no llegaste adonde ibas.

Lo negó con la cabeza. Sus manos crispadas estaban en su regazo.

—No iba a ninguna parte en especial y, además, creo… creo que ni siquiera sabe que salí de la hacienda… ni creo que se preocupe por esto.

—¿Por qué?

—¡Oh, Kate! Siempre he sido muy infeliz, pero ahora, ahora… —se detuvo en su explicación y después siguió—: Si no fuera por Ferdie, hubiera preferido morir en el incendio de mi automóvil.

—¡No digas eso!

—¿Qué otra razón puedo tener para vivir, si no es la de mi hijo? A Dirk no le importo… Así me lo aseguró…

—¿Y a ti te interesa todavía?

—Creo que nunca he dejado de amarlo —le confesó, pero sus recuerdos volvieron a centrarse en la conversación que sostuvo con Dirk—. Cuando le hice ver que él tenía miedo de perder a Ferdie, porque yo podía marcharme, me recalcó que el sitio de Ferdie estaba en *Bordeaux*, pero que no le importaba ni un comino si yo me quedaba o no.

Casi un dolor físico pudo notársele cuando pronunció esta frase y levantó su vista para mirar a Kate.

—¡Hola! ¿Qué sucede aquí? —la voz de Rhyno interrumpió el pesado silencio que reinó en la sala cuando él entró.

—Alison tuvo un accidente en su coche —le explicó con toda calma su esposa y una expresión de asombro sustituyó su anterior sonrisa.

—Entonces, ¿era tu auto el que vi arder como a un kilómetro de

aquí?

—Sí.

—Querido, quiero que te quedes aquí con Alison —le dijo a Rhyno con voz suave antes que éste pudiera agregar una palabra—. Creo que ya es tiempo de avisarle a Dirk por teléfono.

Aunque Alison no estaba muy de acuerdo con esa proposición, asintió y se quedó en la sala con Rhyno.

—¿Qué sucedió? —le preguntó sentándose en el lugar en el que antes estuvo su esposa.

Alison le narró con brevedad el percance y la forma como llegó a *Solitaire*. Entonces él sugirió.

—Creo que es indispensable que te examine el doctor. Puedes sufrir algunos golpes internos o algo similar.

—No es necesario, Rhyno. Muchas gracias, tengo ligeros golpes y contusiones, pero me siento bien.

Rhyno no quiso insistir y pocos instantes después Kate regresó con una expresión muy especial en su rostro.

—Hablé con Dirk y viene en camino —explicó sentándose en el brazo del sillón en el que estaba su esposo, a quien se dirigió—. Querido, quiero que en cuanto llegue, te marches y me dejes el resto a mí.

—¿Qué malicioso plan has elaborado, Kate?

—La realidad es que no tengo ningún plan hasta que llegue Dirk. Entonces veré qué hacer.

—¿Qué te dijo? —cuestionó Alison.

—Muy poco, pensó que perdiste la vida.

—¡Oh, no! —exclamó consternada.

—¡Por amor de Dios, Kate! ¿Qué le dijiste? —interrogó su esposo.

—No mucho, de verdad.

—Debiste mencionar algo que lo obligó a suponer esa atrocidad —insistió Rhyno.

—Le dije que Alison sufrió un accidente y que su coche se incendió pues se volcó —explicó con toda calma y a continuación agregó—: Antes que pudiera asegurarle que Alison se encontraba bien, formuló un sinfín de preguntas, sin darme la oportunidad de aclararle la situación.

—¿Qué te dijo? —inquirió Alison.

—Me preguntó dónde estabas y, por supuesto, le informé que aquí. Solo cuando insistió en que no te movieran de aquí antes que él llegara para verte, me di cuenta de que te daba por muerta.

—Y tú le dejaste que pensara lo peor —le reprochó Rhyno.

—No pude sacarlo de su error porque cortó la comunicación.

—¡Kate! —la exasperación de Rhyno tenía ya un ligero asomo de malicia cuando siguió hablando—: Las cosas que a veces haces me desconciertan.

—No quise atormentarlo, sin embargo es una forma de que Alison compruebe qué tanto le importa a él —argumentó Kate, convencida.

—Jugaste con fuego —le advirtió su esposo, mientras que en su interior, Alison sintió compasión por Dirk.

—Pero ese juego lo inició él al suponer equivocadamente que Alison estaba muerta y no me dio la oportunidad de aclararle la situación.

Con repentino temor, Alison intervino.

—Kate, pero…

—Cálmate —la interrumpió—. El destino quiso intervenir en tu ayuda y, si no me equivoco, pronto podrás conocer la verdad.

«¡La verdad!»… pensó sarcástica. «Ya la conocía y la única reacción que podía esperar de Dirk sería su actitud brusca y hostil que desde ahora la hacía estremecer».

—Estaré en el estudio, por si me necesitas —dijo Rhyno poniéndose de pie, pero cuando cruzó cerca de su esposa, ésta le tomó la mano y se la oprimió cariñosamente.

—¡Gracias, Rhyno!

—Creo que estás loca, pero todavía te amo.

Salió y dejó a Kate y a Alison en la sala. Ellas se veían una a la otra en silencio. Después Kate sonrió a su amiga para infundirle ánimos y le dijo:

—Lo que nos queda por hacer es esperar a que llegue.

Esperar… ¿Esperar qué?… se preguntaba Alison con tristeza.

Empezó a llover otra vez, con una lluvia fina que humedeció y empaño los cristales de las ventanas. Alison estaba tensa y nerviosa al continuar pensando en la terrible experiencia por la que acababa de pasar, pero Kate procuró sostener la conversación. El té todavía estaba caliente y sirvió sendas tazas para ellas.

El ruido de un automóvil que se aproximaba a gran velocidad pudo escucharse. Kate se puso de pie con rapidez y Alison sintió que una especie de terror la invadía.

—Debe ser Dirk —comentó la rubia, encaminándose a la ventana para observar. En cuanto pudo verlo, le confirmó—. Sí, es él.

—¡Kate!

Alison se puso de pie como impulsada por un resorte, pero la mano de su amiga la contuvo al instante y sin ceremonia alguna la obligó a sentarse.

—Pase lo que pase, sostén la calma.

¿Calma? ¿Cómo podría volver a tener calma alguna vez?

Su mirada siguió a Kate cuando salió de la sala y dejó la puerta ligeramente abierta de modo que pudiera escuchar, sin ser vista, lo que ocurriría en el vestíbulo.

—¿En dónde está? —cuestionó Dirk y los nervios de Alison casi se destrozaron en cuanto se dio cuenta de que abrían la puerta.

—Aquí está —dijo Kate.

Escuchó pasos fuertes y apresurados que se aproximaban a la sala y, de súbito ella se relajó. Apareció Dirk y la joven se preguntó si realmente era él.

Su palidez contrastaba con la negrura de su camisa y su cabello estaba revuelto y desordenado, como si se lo hubiera mesado en varias ocasiones. Sus ojos parecieron incendiarla en cuanto la vio.

—¡Alison! —su nombre salió de sus labios con un tono extraño en él y después se arrodilló junto a ella.

Sus manos, siempre enérgicas, ahora temblaban mientras la palpaban, como si quisiera cerciorarse de que estaba viva.

—¿Estás herida?

—Unas pocas escoriaciones y ligeros golpes pero no, no estoy herida —le contestó casi en un murmullo, incapaz de apartar sus ojos del hombre que tenía a sus pies.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Con la punta de sus dedos tocó ligeramente la lesión en la frente y, con gran ansiedad le cuestionó:

—¿Querías… Ibas a…?

—¿A suicidarme? —completó la pregunta que él no se atrevió a

formular—. No, no pensaba hacerlo.

El suspiro de alivio transformó su rostro haciéndole desaparecer la angustia.

—¡Alison…! —las manos de Dirk estrecharon las suyas, pero hubo una pregunta que la cautivó—: ¿Puedes regresar a casa conmigo?

Nunca lo había visto despojado de su actitud arrogante y autosuficiente. Casi le dolió verlo humillado e hincado a sus pies. Hubo una ocasión en la que quiso verlo así, pero ahora no.

—Iré a la casa contigo —le dijo con voz entrecortada y otra vez ese aspecto de alivio que observó en su rostro la conmovió.

La ayudó a ponerse de pie y la sostuvo por el codo para impulsarla a salir de la sala.

Kate había permanecido con discreción a un lado y cuando se dirigían hacia la salida, Dirk exclamó:

—¡Gracias por tu ayuda!

—Fue un placer.

El regreso a *Bordeaux* se hizo en silencio y cuando cruzaron los restos del coche incendiado, la única reacción de Dirk fue crispar sus manos en el volante de su Jaguar.

¿Se imaginaría cosas que no existían? ¿Podría interpretar la forma en la que él se comportó como una prueba de que sí le interesaba ella? ¿No tendría otra explicación?

El automóvil de Yvette se encontraba frente a la casa de Dirk cuando llegaron a *Bordeaux* por lo que Alison sintió que sus ilusiones se desvanecían y se convertían en cenizas. Le lanzó una mirada a Dirk, pero su expresión no le dio ningún indicio ni de sus pensamientos ni de su reacción. Dejaron el coche cercano a la entrada de la casa y él la ayudó a que descendiera. Caminaron en silencio hacia la casa y cuando entraron en ella, Yvette se levantó de uno de los sillones de la sala y corrió para arrojarse en los brazos de él.

—¡Querido, te he esperado durante siglos! ¿En dónde estuviste? —por encima del hombro alcanzó a ver a Alison que observaba y se mantenía en silencio. Al verla, su alegría se transformó en el más claro y venenoso gesto de envidia—. ¡Oh, has estado con ella!

Alison se mantuvo inmóvil, como petrificada, esperando que la escena a la que tantas veces tuvo que asistir, se repitiera, mas no

fue así. Dirk se apartó de los brazos de Yvette.

—Es mejor que te marches a tu casa, quiero estar a solas con mi esposa.

—¿Tu esposa? —cuestionó desdeñosa, lanzando miradas cargadas de veneno hacia Alison—. ¿Cómo puedes llamarla así después que te abandonó sin decirte siquiera que ya esperaba un hijo tuyo?

—Alison se fue de la casa en circunstancias adversas y yo estaba tan ciego que no me di cuenta de que era por culpa mía —le respondió con firmeza en tanto que Alison casi no podía creerlo—. Ahora, te sugiero que hagas las cosas como te digo, Yvette. Ve a tu casa y déjame solo con mi esposa.

—Tú sabes que no me puedes tratar de esa forma —le reclamó alterada—. No puedes tratarme de esa forma. ¡Ya lo sabes!

—Si quieres ser bienvenida a esta casa en el futuro, te aconsejo que me obedezcas —la advertencia de Dirk fue calmada pero firme y Alison se quedó asombrada al ver que la actitud histérica de Yvette desapareció de inmediato.

—Muy bien, ¡me iré! ¿No estás molesto conmigo?

—No, no estoy enfadado contigo.

Asintió en silencio y salió de la casa: pocos momentos después se pudo escuchar el estruendo de un motor que se alejaba de la hacienda.

Alison se sintió confusa y asombrada por lo que acababa de presenciar. Desde lo más profundo de su subconsciente, trataba de encontrar una explicación para la conducta de Yvette y en cuanto la encontró la desechó y pensó que era ridícula.

Dirk la condujo a un sillón y ella le envió una mirada curiosa.

—La despediste y ella se marchó… como si fuera una niña.

—Eso es ella, una niña —le confirmó, arreglándose un poco sus cabellos con las manos. Después preparó dos bebidas para ambos.

—Pero ya tiene… ¿Cuántos… veinticinco?

—Sí, ya cumplió veinticinco años, pero su forma de actuar y de pensar, a veces son infantiles. Sufre un ligero mal en el cerebro desde el nacimiento. Su capacidad para aprender, no resultó afectada, pero su conducta sí y actúa en ocasiones de forma infantil y compulsiva.

—Ya comprendo —murmuró, al tiempo que aceptaba la copa

que le ofreció Dirk.

Dirk permaneció de pie. Vació su copa de dos tragos y regresó a dejar su copa vacía para dedicarse a caminar por la sala, mientras le explicaba:

—Cuando mis padres murieron, dejaron a *Bordeaux* prácticamente en la ruina y el padre de Yvette me ayudó para salir del atolladero. Le debo a Cedric Paulson enorme gratitud. Nunca le podré devolver todo lo que hizo por mí y por eso decidí ayudar a Yvette en todo lo posible, aliviándole a su padre la pesada carga. Por alguna extraña razón, parece que ella tiene más confianza en mí que en él y por eso es que en cuanto tiene alguna dificultad viene presurosa conmigo. Soy el único que puede controlar su conducta y frenar sus caprichos infantiles y necesito continuar así hasta que haya quien me supla.

Lo que no le dijo, tal vez porque no estaba seguro, era que Yvette estaba enamorada de él, pero Alison pensó que no era el momento más adecuado para hacérselo comprender.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? —le preguntó con mucha tranquilidad, comprendiendo, por fin, la extraña relación que había entre su esposo y aquella mujer.

—Orgullo tonto y obstinado, sobre todo —reconoció—. Cuando confías en alguien no tienes por qué dudar de su conducta. Eso es lo que yo pensaba, pero me di cuenta de que estaba equivocado. La confianza es algo que nace y crece con el tiempo, gracias a la vida en común.

—También sucedió que yo era muy joven e inexperta… y un tanto alocada.

—Sí, tal vez… —aceptó, reanudando su incansable caminar de un lado al otro—. Pero yo soy mayor y debí tener mejor juicio. Debí reconocer que una esposa es una persona que no nada más debe aceptar todo lo que su esposo haga, como lo hizo mi madre.

¿Adónde conducía todo esto? ¿Qué significado tenía?

—¿Sabías que te busqué intensamente durante casi un año sin lograr encontrarte, hasta que me vi obligado a desistir? —la pregunta de Dirk fue como una intrusa en los pensamientos de Alison.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque pronto comprendí lo tonto que había sido y quise que

regresaras. Como no te pude encontrar, deseaba que tú, por voluntad propia quisieras volver a mí.

Ardía la llama de la esperanza a pesar de que ella intentaba apagarla.

—¿Pensabas que yo regresaría después del ultimátum que me pusiste de que si me marchaba, jamás intentara regresar?

—Ansiaba que comprendieras que aquella frase la dije sin pensar, cegado por la cólera.

Levantó la vista para mirarlo con duda:

—No te mostraste muy contento el día que me encontraste en *Solitaire*.

—Volver a verte me causó un impacto tremendo porque reviví la angustia que padecí en todos aquellos meses de inútil búsqueda. Además el descubrimiento de que yo tenía un hijo, hizo que todo mi poder de raciocinio se convirtiera en una tormenta casi incontrolable —le explicó con un gesto de abatimiento—. En ese momento, lo que salió a flote fue, nada más, mi gran deseo de venganza. Vengarme de todo lo que sufrí con tu ausencia, pero el deseo, la sed de venganza, es como el aguijón del escorpión, que se vuelve contra uno mismo.

Nunca ni siquiera durante su primer encuentro habían hablado ambos con tanta franqueza y Alison estaba resuelta a no desperdiciar esta oportunidad.

—¿Piensas que tú fuiste el único que sufrió?

—Pensar con cordura ha resultado imposible en estos últimos meses. Me encontraba convertido en hombre y bestia, una especie de «doctor Jekyll y señor Hyde». Te odiaba con todas mis fuerzas, pero al mismo tiempo te deseaba y necesitaba tenerte junto a mí. Por eso quise herirte y humillarte aunque cuando lo lograba, lo único que me sucedía era que todo lo que te hacía era como si me lo hiciera a mí mismo. ¡Dios mío, Alison!, nunca llegarás a comprender bien el infierno en el que me he debatido durante los meses que me dediqué a buscarte por cielo, mar y tierra. Recorrí todos los hospitales y depósitos de cadáveres de muchas ciudades cercanas.

Se contemplaron en silencio y Alison sintió el impulso de arrojarse a sus brazos, pero todavía quedaban muchas cosas por aclarar. Tomó otro gran sorbo de brandy e hizo un gesto de

repugnancia por la fuerza de su sabor. Ya no podría tomar ni una gota más. Dejó su copa, se puso de pie y se dedicó a observar a través de la ventana que la lluvia continuaba cayendo.

—Tenía muy poco dinero en mi poder cuando llegué a Ciudad del Cabo —empezó a narrar los recuerdos de aquellos trágicos días que vivió al marcharse de *Bordeaux*—. Apenas lo suficiente para pagar unas cuantas noches en una modesta casa de pensión. Por lo tanto, vendí mi automóvil al primero que me lo quiso comprar.

—También traté de encontrarte con los datos de tu auto, pero después de aquella casa de pensión y del comprador de tu automóvil, las huellas se perdieron misteriosamente y por completo.

—Era muy difícil para mí encontrar trabajo en aquel tiempo y ya me sentía desesperada —continuó explicándole, casi sin darse cuenta de que Dirk habló. Siguió narrando aquellos sufrimientos de esa etapa de su vida—. Por fin, el doctor Samuels se apiadó de mí y me consiguió trabajo en un hogar para madres solteras lo cual me resultó muy conveniente porque se incluía una habitación para mí como parte de mi salario. Allí nació Ferdie y fueron tan bondadosos conmigo que me permitieron continuar trabajando, hasta que por fin pude encontrar un empleo más apropiado en una empresa de ingeniería. Ya podía llevar a mi hijo a una guardería y, mientras yo progresaba, él pudo pasar después a un jardín de niños. Yo ascendí de simple mecanógrafa a la secretaría de uno de los directores de la compañía.

—Alison… —le habló detrás de ella, pero apenas pudo darse cuenta de esto a causa de la emoción que la embargaba al narrarle los sufrimientos, las angustias y miserias que tuvo que soportar.

—No es fácil vivir bajo el peso constante de un sentimiento de culpa —el llanto le nubló por unos momentos la visión—. Debí decirte que estaba embarazada, pero no lo pude hacer porque, cuando llegué a la casa en aquella ocasión, te encontré en el estudio con Yvette. Quise escribirte después que ya había nacido Ferdie, pero tuve mucho miedo de que me hicieras volver nada más por el bienestar de tu hijo y no pude hacerlo… Simplemente, no lo pude hacer.

—¡Alison…! —puso sus manos en los delicados hombros de su esposa y la hizo que volviera el rostro para que lo enfrentara. Sus ojos se clavaron en los de ella con ternura y exclamó—: ¡Te amo,

Alison!

Sintió que le fallaba la respiración.

—Eso… Eso… nunca me lo dijiste.

—Hay palabras y frases que difícilmente puede pronunciar un hombre que, como yo, se desarrolló en la creencia de que ese sentimiento no existe —sus manos acariciaron con ternura el rostro, femenino mientras que con los pulgares enjugaba las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Alison—. Ahora, creo que mis padres se odiaban mutuamente casi desde el mismo día en el que se casaron y así siguieron hasta que murieron. Con frecuencia me he preguntado cuál fue la causa por la que decidieron casarse, pero supongo que nunca encontraré la respuesta.

—¡Oh, Dirk! —suspiró con una mezcla de compasión y de una alegría indescriptible.

Los labios de Dirk encontraron los de ella, y ésta lo abrazó por la cintura. Ahora sabía que le pertenecía y un cálido efluvio de felicidad la invadió.

—Pequeña como eres, tienes una fuerza incalculable —le dijo con una sonrisa—. Hiciste pedazos todas mis creencias; todas mis ideas anteriores quedaron hechas añicos desde el día que te encontré desconsolada en la carretera, sin saber qué hacer con eso que con muy buena voluntad llamabas automóvil.

Alison movió la cabeza. Sus ojos brillaban iluminados por ese sentimiento incomparable que la inundaba por completo: la dicha.

—No puedo creerlo.

—Debes hacerlo, Alison. Mi gran amor por ti está aquí —tomó una de las manos de su esposa y la llevó a su pecho para que percibiera el latir de su corazón—. Siéntelo y aprende a conocerlo porque no te puedo asegurar que te lo diga con mucha frecuencia.

Latía con fuerza aquel corazón bajo su mano y, sin poderse contener, se lanzó otra vez entre sus brazos y buscó ansiosa su boca con un beso voraz que la estremeció hasta lo más profundo de su ser. En él había un gran deseo, súbitamente él se apartó y besó sus cabellos sedosos y fragantes.

—¡Oh, Dios mío! —la aprisionó entre sus brazos con tanta fuerza que ella se sobresaltó.

—¿Qué hay de malo?

—Creo que nunca podré explicarte con precisión cómo me sentí

cuando Kate me habló por teléfono para avisarme sobre tu accidente. Pensé que estabas muerta.

—Olvida ya todo eso —le pidió con voz suave, procurando también ella alejar de su mente todo lo sucedido. Al verle el rostro contraído por la angustia comprendió que solo había una forma de hacer que lo olvidara. Atrajo hacia ella su cabeza con gran ternura y lo besó suavemente.

Dirk la tomó en sus brazos sin dejar de besarla y la llevó al sofá. La depositó allí y la aprisionó con su cuerpo. Pasó un cierto tiempo antes que Alison pudiera pensar con coherencia.

—Oigo risas y canciones o ¿es que estoy demasiado impresionada todavía? —le preguntó con voz apagada porque sus labios se apoyaban contra su pecho. Dirk le levantó el rostro y le sonrió.

—La gente de color de aquí tiene, a veces, extraños poderes. Si quieres, puedes llamarle poderes extrasensoriales y creo que en esta ocasión presintieron que volverías a mí.

—*Y el valle tendrá ecos de risas*… —murmuró, repitiendo las palabras que en una ocasión le dijo Salomé.

—Es algo extraño e increíble.

—Sin embargo, es cierto —le comentó sonriente. Levantó sus manos para acariciarle el cabello—. De ahora en adelante, el valle tendrá siempre ecos de risas y de alegría y te juro que así será siempre.

Entreabrió sus labios por la presión sensual de los de él y las caricias que aquellas manos ávidas hacían en todo su cuerpo eran como una sinfonía incomparable.

—¿Qué están haciendo? —la voz de Ferdie interrumpió el éxtasis en el que Alison se hallaba.

—¡No, por Dios! —murmuró retirando sus labios de los de su esposo para volver la vista hacia su hijo.

—Estoy enamorando a tu madre —le informó Dirk con un cierto tono de burla—. Ahora, ¡márchate!

—Nada más preguntaba —replicó indignado, el niño. Dio media vuelta y antes de salir agregó:

—La gente grande hace a veces cosas extrañas.

—Hay tiempo y lugar para cada cosa —declaró Dirk con tono adusto, procurando calmar su deseo—, y ahora, ni es la ocasión ni

el sitio apropiados para que pueda demostrarle mi amor a mi esposa. Ya tendremos tiempo suficiente después, en cuanto te hayas repuesto de la tremenda impresión del accidente.

Alison se sonrojó por la mirada provocativa de Dirk. Se puso de pie y la ayudó a hacer lo mismo. Había una incitación para que ella le ofreciera, otra vez, sus labios entreabiertos y conteniendo la respiración, él la atrajo a sus brazos y la volvió a besar con gran pasión.

Pasaron varios minutos antes que salieran de la casa para ir en busca de Ferdie.

Yvette continuó sus visitas a *Bordeaux*, mas se hicieron menos frecuentes cuando comprendió que Alison había regresado a su hogar para quedarse en definitiva. También durante ese periodo Alison se convirtió en una verdadera compañera de Dirk.

Para el verano de ese año, Alison le confirmó las consecuencias maravillosas de su reunión: una vida nueva empezaba a desarrollarse dentro de ella. La alegría de Dirk fue toda una revelación que ella no podría olvidar jamás. Él muy pocas veces le decía con palabras sus sentimientos como en una ocasión le anticipó. Sin embargo, las palabras sobraban cuando los hechos eran elocuentes.

En ocasiones, por las noches, cuando Alison se encontraba entre los brazos protectores de Dirk, podía escuchar en la distancia el sonido alegre y cantarín de ecos de risas y melodías. Entonces, ella se acercaba más al corazón del hombre que ahora le brindaba una vida plena de felicidad.

Fin

[1] Afrikaans: dialecto derivado del holandés que se habla entre la gente del pueblo de Sudáfrica.